



DAD A
CCIÓN C

LECCIONES

COINET

EL GENIO
DE LAS
RELIGIONES

LECCIONES

LECCIONES

PQ2384

.Q6

G4

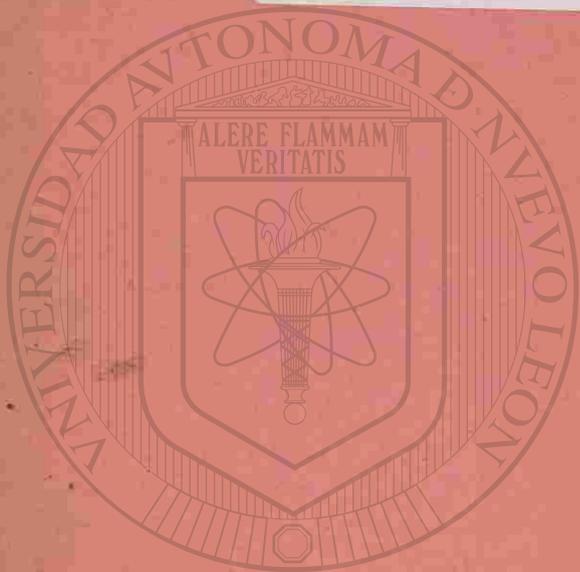
V.2

C.1

290



1080046828



UANL

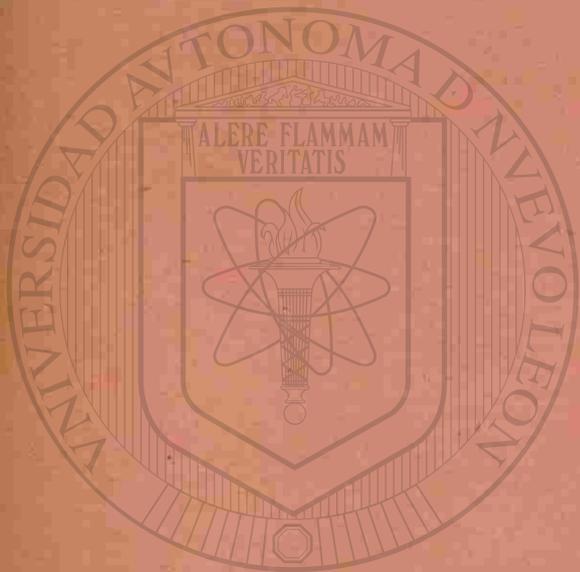
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

290

Ricardo Arenal



EL GENIO DE LAS RELIGIONES
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EDGAR QUINET

El genio de las religiones

Versión española de Rafael Urbano

TOMO SEGUNDO



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

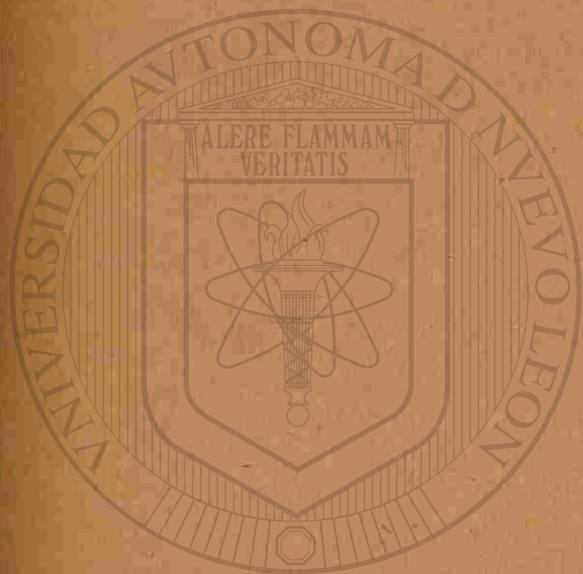
F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, núm. 10

VALENCIA

53635

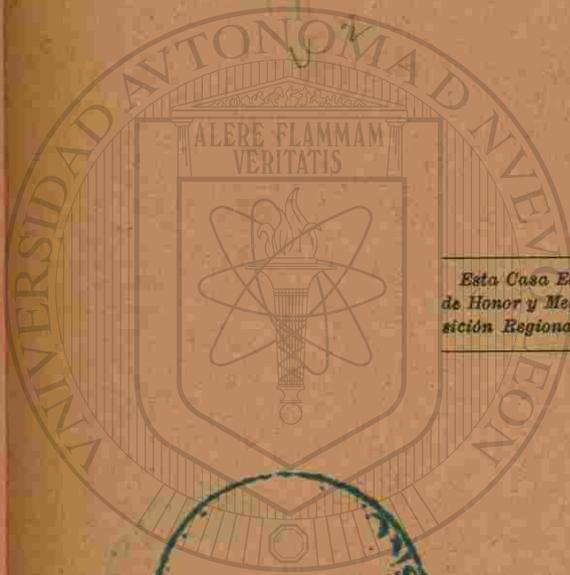
38607



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pa 2384
a. b.
54



Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909.



FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.º—VALENCIA

EL GENIO DE LAS RELIGIONES

LIBRO TERCERO

LAS RELIGIONES INDIAS

V

El drama indio en sus relaciones con la religión

El verdadero instante de la aparición del drama, para los pueblos como para los individuos, es aquél en que, discutiendo por vez primera sus creencias, luchan en el seno del Dios de sus padres entre la fe y la duda. Sólo al aceptar esta ruda batalla es cuando se convierte el hombre en un verdadero personaje trágico, pues mientras obedece pasivamente á aquellas inspiraciones, conserva aún su unidad, y con ella la paz interior, así como opuestamente, cuando la rebelión se ha consumado, cuando la incertidumbre es completa, cuando el escepticismo, en fin, triunfa de todo, el vacío producido entonces en el corazón no deja tampoco

espacio para el combate, y en medio de la indiferencia desaparece también el drama. El vigor y florecimiento de éste corresponde á aquella época intermedia en que el alma, medio rebelada aún en el seno de la fe, esforzándose á un mismo tiempo en abandonarla y en recobrarla, y dividida así entre estos dos contrarios impulsos, se interroga, se analiza y multiplica, dándose á sí misma en espectáculo y alimento. En tal instante el hombre se duplica verdaderamente; el abismo se abre bajo sus plantas; el himno se rompe en su boca, y de las querellas intestinas del corazón humano nacen los diálogos terribles de la escena. Explicanse de este modo sin dificultad dos fenómenos, aun no bien atendidos, á saber: que sólo los pueblos que poseen una filosofía son también los que poseen el drama, y que estas dos manifestaciones florecen siempre simultáneamente. Sófoeles es contemporáneo de Sócrates; Shakespeare de Bacon; Corneille de Descartes; Schiller de Kant. Esta ley, que prueba cómo la tragedia nace á la vez en el corazón y en la cabeza de los pueblos, es más palmaria que en parte alguna en el Oriente, donde el drama indio altera la religión hasta un punto inconcebible por las libertades reunidas del arte y la filosofía, viéndose en él el sacerdocio eclipsado por la monarquía, pintado el rey como el señor supremo á quien los sacerdotes cortesanos pagan el diezmo, y lo que constituye el rasgo más característico, reducidos casi siempre los brahmanes á desempeñar el papel

de bufón en la obra. ¡Cuán profunda revolución envuelta en esta sola palabra! Hay más distancia desde esta época á la época de los Vedas que del siglo de Luis XIV al de Gregorio VII.

Pero ante todo surge aquí la cuestión de determinar qué género de drama podía conciliarse con el panteísmo oriental, puesto que si en él era Dios cuanto los sentidos veían, tocaban ú oían, parece contradictorio suponer una querella, un diálogo de este Dios consigo mismo, siguiéndose de aquí á primera vista que el panteísmo, tomado al pie de la letra, excluye toda idea de drama. ¿Ni qué tragedia podía desarrollarse en el seno de aquel Dios dondequiera presente, en quien todo se mueve y respira y que constituye por sí solo el único personaje del mundo? Y aunque los dioses hayan querido encarnarse y revestirse de todas las pasiones y miserias de la humanidad, ¿cómo el hombre había de interesarse en las peripecias de un drama que se desenvuelve y desenlaza como un sueño? Sin duda que la consecuencia del sistema oriental parece ser en este punto un eterno monólogo del eterno Solitario. Pasan los siglos, decrece la corriente, la creación se desvanece y el drama queda terminado. El universo no es sino una decoración de teatro, un espectáculo imaginario que se da á sí mismo el Ser Supremo, en donde la Naturaleza aparece como una inmensa hechicera que evoca constantemente ante nuestros ojos imágenes sin realidad é impulsa y retira sucesivamente las estaciones, la luz y la

vida, única tragedia posible en semejante religión.

Las mismas formas de la escena india se derivan de este principio, porque no siendo mensurables ni el tiempo ni el espacio en el teatro del panteísmo, es evidente que aquélla no podía ser encerrada por límite alguno ni circunscrita por ningún horizonte. El universo entero constituye la unidad de lugar, y el tiempo infinito la unidad de tiempo, de modo que la comedia divina comenzada en la tierra habrá de terminarse en el cielo, y en una misma obra puede ofrecerse un doble drama entre hombres y entre dioses, cuyos personajes, por otra parte, más bien que representar caracteres vigorosos, de esos que en pos de sí dejan profunda huella, atravesarán la escena como fantasmas de poesía que apenas tocan con sus pies el suelo. La mansedumbre de la ley religiosa se extiende también al teatro, borrando de la escena toda huella sangrienta; no será permitido hacer en ella morir á los héroes, exigiéndose siempre un desenlace feliz. Cuando el drama parece hallarse más complicado en el enredo de sus personajes y más profundamente engolfado en la acción, lánzase aquéllos sobre el carro de los dioses, y arrastrados al seno de la eterna paz, escapan al dominio de la realidad y del dolor.

Basta esto para mostrar que ninguna analogía tiene el teatro indio con el de la antigüedad griega, al paso que presenta un sorprendente parecido de formas con el drama de Calderón y de Shakespeare.

Analogías tanto más dignas de admiración, cuanto que en uno y otro vemos igualmente amalgamado lo serio y lo cómico, la exaltada poesía con la ironía más sutil. Así, los reyes, que aun conservan el lenguaje heroico de la antigua epopeya, en donde el monarca indio aparece como el rey de la imaginación, del heroísmo y de la poesía, conversan con su bufón, que representa en cierto modo el rey del buen sentido, de la trivialidad y de la prosa. Hasta podría decirse que éste simboliza el genio anticipado del Occidente, según se da prisa á burlarse, como pudiera hoy hacerlo un escéptico, de la exaltación y el énfasis del genio oriental. En una pieza famosa (1) aparece el rey describiendo con rasgos magníficos, que recuerdan el *Cantar de los cantares*, á su muy amada. Entonces el bufón del rey, que representa el papel de la razón vulgar, interrumpele con este sarcasmo:

«Señor, el viento del mediodía viene ante vos con sumisión perfectamente cortesana.

»EL REY.—Él es, cuando juguetea con los botones perfumados de las plantas del madhavi y se balancea en torno de las flores del jazmín con el sosegado soplo y dulce enervamiento del amor, la imagen de cuanto en mi corazón está pasando.

»EL BUFÓN.—La única semejanza que entre vosotros puedo descubrir, es vuestra constancia, tan imperturbable en uno como en otro.»

(1) *Vicrama y Urvasi*.

Hay ocasiones (1) en que hasta los dioses mismos se ven heridos por un rasgo de punzante sátira, digna de Aristófanes:

«EL REY.—Salud á ti, astro nocturno, cuyos pálidos rayos coronan majestuosamente la diadema de Mahadeva.

»EL BUFÓN.—Basta, señor; vuestro abuelo, el Dios del cielo (sin el que nosotros los bracones no podríamos nada), os ordena sentaros, á fin de que Él mismo pueda también descansar.»

¿No es este, en efecto, el diálogo eterno entre la exaltación y el buen sentido, entre la poesía y la prosa, entre Sócrates y su discípulo en *Las Nubes*, entre don Quijote y su escudero? No ha vivido, pues, el Oriente eternamente embriagado de sí mismo en medio de la contemplación y el éxtasis, sino que también ha conocido la ironía, tal como los modernos creen haberla inventado, tal como la divinizó Aristófanes. Entre el perfume de aquella poesía, que se exhala como de una flor encantada, sentimos á veces la espina oculta entre el musgo y el rocío.

El teatro indio no nació, como el griego, de la oda: su acción no se ve interrumpida por ditirambos, y la inspiración lírica, en vez de hallarse exclusivamente relegada á los coros, se desborda por todo el drama, aunque más ordinariamente y con

(1) *Vicrama y Urvasi*.—Véase también el personaje de Metreya en el *Mritchchpkati*

mayor naturalidad hállese concentrada en algunos monólogos, verdaderos signos que por su pintoresca prodigalidad recuerdan los coros del Edipo en *Coloma*. En uno de los actos del *Sacuntala* abre la escena un joven sacerdote con esta descripción de las maravillas de una noche oriental:

«El braemán, vuelto de su peregrinación, me envía á observar las horas de la noche. Por una parte la luna se sepulta en su lecho otoñal, que inflama la púrpura de las flores de la noche; por otra, el sol comienza su carrera, sentado detrás de Aruna, conductor de su carro. Su brillo, ya se eleven ó descendan, es siempre igual, y el hombre como ellos debería permanecer también igual, en la prosperidad como en el infortunio. Ahora la luna ha desaparecido; la flor de las noches ha cesado de brillar; no deja tras de sí más que el recuerdo de su perfume; inclina su cabeza cual la joven desposada, que se siente traspasada de dolor por la ausencia de su esposo. Irradia la alborada, y con su púrpura tñe de rubio color las gotas del rocío sobre las ramas del jujubier. Sacude el pavo real sus alas, y se dirige hacia las cabañas de los solitarios, rodeadas del sagrado césped. He allí al antilope, que se lanza desde el lugar de las ofrendas y despliega sus graciosos miembros. ¡Cómo la luna, caída del cielo, lanza sus pálidos rayos! Ya toca con sus pies la frente de las montañas, y disipando la vil turba de las sombras, descende al palacio del Dios. Así los grandes de la tierra se elevan

tras inmensos esfuerzos hasta la cumbre de la ambición, y así en pocos instantes se ven en el abismo precipitados.»

Tales son los cantos que, como columnas de diamante, son las únicas cesuras del drama indio.

Por otra parte, este teatro no es más que una perpetua apoteosis del amor, única pasión que en aquella tierra del Asia vive, siendo digno de notar que el genio indio es también por este lado más afin con el nuestro que el teatro griego, en el que tal sentimiento es casi desconocido. No obstante, el panteísmo presta á las pasiones más íntimas un carácter completamente peculiar á la India, según el cual la Naturaleza viene á ser siempre el emblema é imagen de la persona amada, que se halla, por decirlo así, oculta bajo todas las formas del mundo, perpetuo mediador en las confidencias y las quejas de los héroes. He aquí cómo un joven se expresa en el apogeo de su desesperación (1):

«Yo veo la belleza de mi amiga en estos botones de las flores; encuentro sus ojos en los de la gacela; el bejuco balanceado por los vientos tiene su misma gracia. Ahora ha muerto, y todos sus encantos han sido dispersados en el desierto.»

De modo que así como en la Edad Media la Beatriz del poeta se confundía en el corazón del Dante con el ideal de la teología católica, así la Beatriz india acaba por confundirse con la eterna

(1) *Malati y Madhava.*

amante, la Naturaleza inmensa, Maya, la reina de las quimeras. La bruma que pasa es la túnica flotante de la amiga; la oleada, coronada de espuma, su frente virginal; las ondulaciones de las olas, su marcha incierta, y aquella locura del amante (1) que persigue, abraza y codicia el objeto de su pasión en el musgo amarillento del desierto, en la mirada del rayo solar, en la rápida oleada que oculta el fantasma adorado, es una fuente de patético que sólo á la poesía india puede pertenecer. Y no sólo el amor, así representado, es completamente distinto del amor griego ó romano, sino que además se manifiesta siempre esencialmente religioso, confundiendo la persona amada con el ideal del culto, ó más bien, con el infinito visible. En el seno de aquel grande abismo de amor, en que se halla el hombre como sumergido, no es dado á éste distinguir su propio ídolo del ídolo universal, y esto es lo que causa su vértigo, porque la Naturaleza entera, palpitante y amorosa, viene ella misma á alimentar y exaltar en él, por medio de todas sus criaturas, la pasión que le agita, siendo como la confidente y hermana mayor que escucha sus quejas y lleva sus mensajes sobre las nubes. Lluvias de flores caen desde lo alto de los cielos; las jóvenes Apsaras protegen desde la cima del Himalaya las almas enamoradas, y de tal modo todo cuanto

(1) Este es el asunto de las dos obras citadas más arriba: *Vicrama y Urvasi, Malati y Madhava.*

respira se halla asociado en esta misma acción, que no se diría sino que el destino de todos los seres flota suspendido en los labios de dos criaturas humanas.

Todavía existe en el drama indio otra fuente de patético nacida del mismo origen, y es la emoción producida por el amor del hombre, no para con sus semejantes, sino para con la naturaleza viviente. Esta rivalidad, estos celos mudos de las cosas que disputan al hombre su amor al hombre, constituye, si no precisamente el asunto, la gracia principal al menos del drama de *Sacuntala*. Prepárase la doncella á abandonar ya el asilo de su infancia, para unirse con su amante, que es el rey del país; las ninfas de los bosques preparan sus guiraldas para la celestial desposada; parte ésta por fin y se aleja de la selva natal. Prodúcese entonces una escena, que no sabemos cómo nombrar, en la que la naturaleza muerta juega uno de los papeles principales: escena que parece encerrar las más melodiosas brisas del golfo de Bengala.

«EL BRACMÁN.—¡Oh árboles populosos, sagradas selvas, en donde las divinidades habitan! Sacuntala os abandona para ir al palacio de su esposo; ella, que no despegabá sus labios hasta que vosotros os habíais abrevado; ella, que por amor á vosotros jamás arrancó uno solo de vuestros ramos para adornar sus cabellos; ella, que no tenía otra alegría que la de veros cargados de flores!

»CORO DE VOCES INVISIBLES.—¡Acompáñela la

dicha en su camino! ¡Lleven los aires hasta ella el polvo perfumado de las flores! ¡Refresquen sus pies límpidas fuentes sombreadas de lotos, y protéjanla contra los rayos del sol las ramas de los bosques!

»UNA COMPAÑERA DE SACUNTALA.—¿Qué voces son estas? ¿Son, por ventura, las de la tórtola, que desea un viaje feliz á Sacuntala? ¿Son acaso las ninfas de las aguas que, imitando su armonioso arrullo, cantan la vida de los piadosos habitantes de las selvas?

»SACUNTALA.—El pensamiento de tornar á ver á mi-esposo me arrastra y me encanta, y sin embargo, siento que mis fuerzas me abandonan en el instante de separarme de este bosque, asilo de mi juventud.

»UNA DONCELLA.—¡Escucha! ¡escucha! La selva gime al aproximarse la hora de la separación; la gacela rehusa la hierba cogida para ella; los pavos reales no aletean en las praderas; las plantas en los bosques dejan caer al suelo sus amarillentas hojas, consumidos ya su perfume y su belleza.

»SACUNTALA.—¡Oh, padre mío! Dejadme hablar todavía un momento con esta flor del madhavi, que yo llamaba mi hermana y cuyos pétalos rubios brillan como una llama en los bosques.

»EL BRACMÁN.—Hija mía, conozco bien tu amor á esta planta.

»SACUNTALA.—¡Oh tú, la más bella de las plantas, recibe mis abrazos, y ojalá que al enlazarme tus hiedras me vuelvan mis caricias! Desde este

día, y á pesar de la ausencia, mi alma estará siempre contigo! ¡Oh padre mio, cuida esta planta como cuidarías de mí misma!

»EL BRACMÁN.—Yo desposaré tu planta querida con su prometida el árbol del amra, que extiende sus perfumes en torno de ella. Ten valor, hija mía, y prosigue tu viaje.

»SACUNTALA.—¡Ah! ¿Quién ha cogido la falda de mi túnica, reteniéndome todavía?

»EL BRACMÁN.—Es el cabritillo, sobre cuyos labios tantas veces aplicaste el bálsamo sagrado cuando eran heridos por los agujones penetrantes del césped, á quien tantas veces alimentaste, dándole con tus propias manos granos de syamaka, y que no quiere abandonar las huellas de su bienhechora.

»SACUNTALA.—¿Por qué tú, dulce criatura, lloras por mí que voy á abandonar nuestro común asilo? Del mismo modo que yo he cuidado de ti (porque tú, apenas naciste, perdiste á tu madre) cuidará de ti ahora y te alimentará el que me ha servido de padre. Retírate, vete; es necesario separarnos. (*Abraza á su padre.*) ¿Y cómo podré yo ahora crecer en extranjero suelo, arrancada del seno de mi padre, como el joven árbol de tamala del suelo de los montes Himalaya?»

No; no es posible encontrar en parte alguna este grito de las cosas, este diálogo del hombre y la Naturaleza muda. En los dramas indios, aun imbuidos en el panteísmo de los Vedas, los bosques,

las flores, los senderos, no son sólo objetos inanimados; antes bien, poseen alma, voz, palabra, y en medio de ellos aparece Sacuntala como la reina de las flores. Algunos versos de Homero, algunos acentos de Filoctetes al abandonar su gruta, recuerdan entre los griegos un sentimiento parecido. Mas ¡cuán menos vivo, menos íntimo y arraigado! Para que el hombre llegue á ponerse hasta aquel extremo en inteligencia con la Naturaleza, es necesario que pase toda su vida en los mismos lugares, teniendo así tiempo de echar raíces en el punto mismo en que nació, y por eso el pueblo indio, que nunca abandonó sus valles, pudo alimentar más que otro alguno esta simpatía nativa por el suelo. Allí cada individuo vegeta inmóvil con su casta en el lugar en que ha comenzado á respirar, y la sociedad y la familia, siempre inmutables, son como una especie de vegetación moral, participando el hombre en cierto modo de los instintos de la planta. No hay, pues, que extrañar que, al ser arrancado del suelo nativo, resuenen dondequiera sus quejas en la poesía india. En los pueblos modernos, por el contrario, no hay hombre que no haya abandonado con harta frecuencia su asilo natal, para que los lazos de parentesco entre él y la Naturaleza hayan tenido tiempo de formarse. Su corazón ha vagado constantemente de objeto en objeto, sin poder arraigarse en parte alguna, y la Naturaleza no se queja ya bajo nuestros pasos cuando de ella nos separamos, pues todos nosotros,

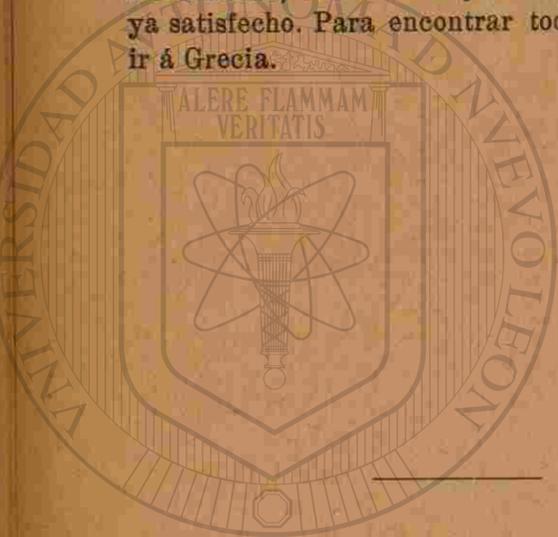
errantes, lejos del techo de nuestros padres, nos hemos hecho más ó menos cosmopolitas, sin que pueda ya retenernos la tierna hiedra que rodeó nuestros primeros pasos. Nuestra tumba debe ignorar casi siempre nuestra cuna.

Aunque el teatro indio cuenta con gran número de obras de diversos géneros, políticos, metafísicos, ó satíricos, es, no obstante, *Sacuntala* el que más fielmente y bajo las más nobles formas reproduce su carácter. El personaje principal, en efecto, del teatro indio, el que debía representar mejor el carácter del país, no pudo ser una especie de Agamemón, cargado ya con todo el fardo de la historia; ni un Hamlet, ni un Fausto, engolfados ambos en la melancolía tenebrosa de la Edad Media; ni tampoco un héroe, arrastrado á la conquista de otra Ilión; ni un doctor, en fin, meditando sobre los tiempos pasados y la vejez del mundo. Había de ser más bien una doncella olvidada en el fondo de una selva primitiva, y cuyos instintos no son otros que los de las flores que han perfumado su cuna. Los sacerdotes, en el fondo de las selvas vírgenes la instruyen en el culto de la Naturaleza; su morada es la choza de un brahmán; sus tareas consisten en regar el césped de los sacrificios; su dulzura y su gracia son las de las gacelas que con su mano alimenta; la sombra del tamala es su lecho, donde lánguidamente reposa, lejos de los ruidos del mundo. ¿No están resumidos aquí, una vez más, todo el carácter y la historia de la raza india? Añada-

mos que, á pesar de la poligamia que vive en el fondo de aquellas costumbres, los sentimientos que animan esta obra tienen una dulzura casi cristiana, de que ningún ejemplo nos ofrece el politeísmo griego ó romano, apareciendo más bien como engendrados en el espíritu mismo del evangelio, llevado por no sabemos qué aquilón misterioso hasta el fondo de las sábanas indias. Por eso *Sacuntala* parece como una hermana perdida de aquel gran coro de mujeres cristianas creado por los poetas: Francisca de Rimini, Julieta, Atala. Tiene sobre todo sorprendente parecido con Virginia, lo que no es tanto de extrañar, pues un mismo clima debió prestar á ambas el mismo aire. Imaginaos la prometida de Pablo abandonada poco después de su nacimiento, y que hubiese conservado siempre el sello del bautismo en la ermita de los brahmanes.

Sin embargo, preciso es confesar que el drama en Oriente apenas se halla más que esbozado. La tragedia no es aún verdaderamente seria, porque el hombre, fiel al Dios de sus mayores, no se ve todavía entregado del todo á las torturas del espíritu, y como únicamente goza aún de una apariencia de libertad, sólo una apariencia de lucha representa. Su corazón, lejos de estar verdaderamente dividido y enajenado de sí mismo, siéntese por el contrario completamente seguro en las manos de Dios, sin que pueda el huracán apoderarse de él, que juega con el dolor como *Sacuntala* con el aguijón de la amorosa abeja. La tierra, en paz con el

cielo, exhala por todas sus voces el himno, el cántico, la armonía, pero no la tragedia, que únicamente aparecerá en la inteligencia y en el corazón del hombre con el genio del examen, con la rebelión interior, con la duda y la curiosidad del amor ya satisfecho. Para encontrar todo esto es preciso ir á Grecia.



VI

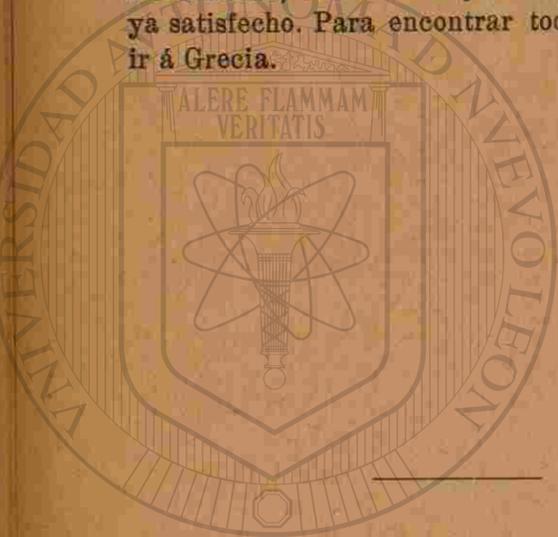
La filosofía en sus relaciones con la religión.—El budismo

Después de haber observado cómo la revelación de los Vedas fué transformada por la epopeya y ridiculizada por el drama, réstanos examinar brevemente las escuelas de metafísica en sus relaciones con el culto y la fe nacional. Pocas palabras bastarán para mostrar qué giro toma una filosofía para corregir, destruir y aun recomponer una religión.

La fe india, con todo el aparato de una ciencia metódica, acabó por helarse bajo sus propias interpretaciones, como el genio griego bajo la erudición de Alejandría. Sin embargo, la imaginación oriental iluminó todavía con vivísimo brillo los problemas en que se hallaba engolfada, hasta sus últimos instantes, que se prolongaron hasta muy entrada la Edad Media, pudiendo decirse que la poesía, huérfana de poetas, se precipitó en su hoguera.

No consiste la originalidad de la filosofía del Ganges en la invención del silogismo ó de las

cielo, exhala por todas sus voces el himno, el cántico, la armonía, pero no la tragedia, que únicamente aparecerá en la inteligencia y en el corazón del hombre con el genio del examen, con la rebelión interior, con la duda y la curiosidad del amor ya satisfecho. Para encontrar todo esto es preciso ir á Grecia.



VI

La filosofía en sus relaciones con la religión.—El budismo

Después de haber observado cómo la revelación de los Vedas fué transformada por la epopeya y ridiculizada por el drama, réstanos examinar brevemente las escuelas de metafísica en sus relaciones con el culto y la fe nacional. Pocas palabras bastarán para mostrar qué giro toma una filosofía para corregir, destruir y aun recomponer una religión.

La fe india, con todo el aparato de una ciencia metódica, acabó por helarse bajo sus propias interpretaciones, como el genio griego bajo la erudición de Alejandría. Sin embargo, la imaginación oriental iluminó todavía con vivísimo brillo los problemas en que se hallaba engolfada, hasta sus últimos instantes, que se prolongaron hasta muy entrada la Edad Media, pudiendo decirse que la poesía, huérfana de poetas, se precipitó en su hoguera.

No consiste la originalidad de la filosofía del Ganges en la invención del silogismo ó de las

categorías de Aristóteles (1). Para nosotros se halla resumida toda en esta cuestión, latente en el fondo de todos los sistemas: ¿Cómo puede el hombre llegar á convertirse en Dios? Exceso de ambición espiritual, unido á otro exceso de humildad, es lo que caracteriza el pensamiento indio. Porque al mismo tiempo que el hombre, despertado bajo el árbol de la ciencia, pretende, como en la Biblia, ser no sólo igual á Dios, sino Dios mismo, siente turbada esta arrogancia por un sentimiento contrario, y confiesa que le es necesario, para deificarse, renunciar primero á la conciencia de sí mismo, de suerte que no llega á adorarse sino después de haberse anulado, no consumándose su transfiguración en Dios sino cuando nada queda del hombre. Despojarse de todos los lazos de este universo, distinguirse de la Naturaleza (2) para librarse mejor de la metempsicosis, cerrarse la vuelta al mundo de las cosas finitas, lanzarse en el dominio de lo inmutable más allá de la región de los sentidos, y allí perderse, desvanecerse, extasiarse y abismarse para siempre en eterno quietismo; tal es el fin del sabio. Por la contemplación

(1) *Mémoire sur le Nyaya*, por M. Barthélemy Saint-Hilaire, pág. 286.

(2) «El alma debe ser conocida—dice un pasaje de los Vedas—, debe ser distinguida de la Naturaleza; de esta manera no vuelve á caer.» Celebrooke, *On the philosophy of the Indus*, pág. 237.—Abel Remusat, *Mélanges asiatiques*, IV, pág. 353.

pasiva del Ser llega á convertirse en Brahma; de donde se sigue que cuanto menos conciencia tiene de sus movimientos internos, más cerca está de su apoteosis, y que si el sueño (1) es la imagen fiel de la vida absoluta, sólo la muerte es su comienzo. El naciente orgullo de la filosofía oriental se oculta aquí bajo el exceso del desinterés y la santa indiferencia. El Asia es la que ha pronunciado antes que nadie la frase célebre de Catalina de Génova: *Nada de mí encuentro en mí; no hay más yo que Dios mismo*. Y es que la humanidad, para coronarse, comienza por renegar de sí misma, como el alma *deificada* (2) de los místicos de la Edad Media; lo contrario precisamente del panteísmo moderno, en el que la humanidad pretende manifiestamente absorber en sí y usurpar el puesto de la Divinidad infinita.

Claro es que siendo tal el espíritu general de la filosofía india, no en la antigüedad griega, sino en el mundo cristiano, es donde hemos de hallar algo parecido, además de que sólo en este mundo, como en el Ganges, ha vivido la razón humana sujeta á un cuerpo de sagradas escrituras. En estas dos civilizaciones el duelo entre la fe y la razón ha tenido bajo muchos aspectos las mismas alternativas. La filosofía india, en un principio, es orto-

(1) «Cuando el hombre duerme, posee el ser.» (*Sankhya*, pág. 182.)

(2) Teología Germánica, Fenelón, *Maximes des saints*, c. XXXV.

doxa, enemiga del razonamiento, no se apoya más que en la autoridad de la revelación de Brahma (1), no reconoce otras verdades que las contenidas en los Vedas interpretados por los santos, que pueden llamarse los Padres de la Iglesia india. Viene luego otra época, en que la filosofía, entrando en la edad de la escolástica, comienza á estimarse en algo. Todavía admite el fondo de los dogmas revelados, hasta pretende confirmarlos; pero la verdad es que los desnaturaliza explicándolos á su manera. Bien pronto todos aquellos dioses encarnados que poblaban el universo, aquellos dioses niños bautizados en océanos de leche y adornados de brazaletes y plumas de pavo real, aquellas vírgenes inmaculadas, madres de cristos profanos, que bajaban por pudor la cabeza en las epopeyas, se transforman, al soplo del Descartes indio, en abstracciones, en categorías, en facultades morales (2). La trinidad material y viva de Indra, el de las tres cabezas, y la trinidad más profunda de Brahma, fundada en la idea del Ser en sí, de su Verbo creador que pasea sobre las aguas y de la grande alma de las cosas, conviértense, sutilizando más aún (3), en pura abstracción metafísica, que sólo tiene valor en las escuelas. Llega por fin la última época. Ar-

(1) «Podemos conocer á Brahma por la tradición de la doctrina, no por el raciocinio.» (*Sankara*, pág. 106). — «Se conoce á Brahma por la autoridad de los santos libros.» (*Id.*, 109.)

(2) Le Sankhya.

(3) Colebrooke, *On the philosophy*, pág. 242.

mada la filosofía con todos los procedimientos de la duda, rebélase contra el dogma, pulveriza la tradición, puebla de estériles átomos el mundo, y empeñada en destruirlo todo, se devora á sí misma. La India entra entonces en su siglo XVIII; tiene sus Helvecios, sus enciclopedistas, y en el umbral de sus pagodas se funda la teoría de la nada absoluta.

¿Quién no creería, al llegar á este último término, que todo ha concluido para la sociedad india, y que el principio mismo de su vida ha sido agotado en su fuente? Nada de esto; llegamos, por el contrario, á un renacimiento, y aquí es donde más brilla el genio propio del Oriente. En el momento en que la duda parece haber llegado á su último límite, la fe renace de la muerte espiritual. Una religión nueva, oculta en las cenizas, surge de aquel mar de abstracciones, y el Oriente, que parecía agotado, encuéntrase aún tan lleno de Dios, que el escepticismo da por resultado engendrar el nuevo testamento de la India.

El pirronismo del Asia no es, en efecto, como el de Occidente. En medio de sus más terribles sacudimientos, el cielo permanece poblado; la duda misma tiene sus ídolos, el ateísmo sus dioses. El escéptico del Asia deja á éstos su plena omnipotencia sobre la Naturaleza y el tiempo; disputales sólo la eterna duración (1), y cuando la filosofía, de

(1) Colebrooke, pág. 252.

examen en examen, de duda en duda, descendiendo hasta la idea del vacío, este abismo en que el europeo se para desalentado, significa sólo para el oriental el tránsito á un sistema de creencias más depuradas. La nada, traspasada, por decirlo así, por la abstracción, se torna en una nada fecunda, que encerrando la negación de todo lo creado, esto es, es de toda vida, forma y límite particular, sólo deja subsistir lo absoluto emancipado de toda alianza con el tiempo y el espacio: dios del vacío que, fuera de la luz y de las tinieblas, mora más allá del mundo, sin ninguna relación con él, en los límites mismos del pensamiento, en esa región sutil en que el espíritu del hombre se desvanece, falto de aire que respirar. Nunca el cristianismo, ni en el corazón mismo de la Edad Media, lanzó contra la materia un anatema tan absoluto. El mundo visible es para el Oriental, no sólo frágil y enfermo, sino más aún, una impostura; por eso quiere arrancar al universo la máscara con que se cubre.

En esta época, que es la edad heroica de la filosofía, el espíritu humano combate verdaderamente desnudo, y para resistir mejor á la materia, comienza por colocarse victorioso en los últimos confines del ideal, en cuya extremidad, como en los antípodas á la vez de la Naturaleza y de la tradición, vuelve á encontrar una nueva fe, un nuevo cielo, un nuevo Dios, y de los últimos esfuerzos de la filosofía para arruinarlo todo, surge la revelación de Buda, que aun hoy cuenta más creyentes

que el cristianismo y el islamismo. Cansado el hombre un día de creer en todo, acaba por negarlo todo, y por este camino opuesto, pero recorrido hasta el fin, encuentra el mismo infinito del que no puede desembarazarse; sólo que, como había especulado sobre el ser, ahora, por odio á lo real, especula sobre la nada que hincha, engrandece, multiplica, extiende y ahonda, y en este colmo de la nada, en este fondo del vacío, descubre una nueva inmensidad: tan cierto es que negar es todavía creer. En la religión de Brahma, aspiraba á percibir, encarnar á su Dios en todas las cosas; en la de Buda aspira, por el contrario, á distinguirlo, á eliminarlo todo, enemigo de lo real, cansado de lo ideal y adorador de lo imposible.

Es evidente que el espiritualismo, así exaltado, no podía de ningún modo acomodarse con las creencias nativas del panteísmo popular de los Vedas, á pesar de la interpretación que los sacerdotes habían procurado darle. ¿Qué había de común entre aquel Indra patriarcal, tal como lo hemos descrito, ávido siempre del néctar divino, y Buda, este Dios sutil, tan insaciable de espiritualidad, de privaciones y sacrificios, que llega hasta sumergirse en el vacío para purificarse mejor de las manchas de la luz y de la vida? No podía menos de rechazar éste, como una profanación, la letra demasiado grosera de los libros canónicos, provocando contra él por esto mismo el odio reunido del pueblo y de los brahmanes. Su doctrina, fundada sobre la revelación de

la nada, se prestaba á la acusación del ateísmo, tanto más cuanto que la relación del brahmanismo al budismo es la de la afirmación absoluta á la negación absoluta, rechazándose mutuamente con la misma violencia que dos electricidades contrarias. En esta lucha, la doctrina que dejaba de apoyarse en la fe popular debía necesariamente ser vencida por la otra. Ni cómo el budismo, que renegaba del Antiguo Testamento de la India, había de permanecer en las orillas del Ganges, cuando el propio cristianismo, y eso que vino á confirmar la ley de Moisés, no pudo arraigar en la Judea?

Si los monumentos conocidos fuesen más numerosos, sería cosa de entregarnos aquí á la contemplación del espectáculo de una metafísica que, popularizándose, se convierte en una religión. Porque no se encuentra en la historia de los cultos un segundo y tan sorprendente ejemplo de la manera como un sistema filosófico desciende hasta la imaginación de los pueblos, para tomar allí cuerpo y figura, hasta que cambiando de nombre se llama leyenda. ¿Quién creería que imperios tan groseros ó tan vastos como una parte de la China, Ceilán, Java y el Tibet, descansan sobre aquella metafísica sutil, si no viese cómo este ser impersonal, este absoluto impalpable, este Buda, este gran Cristo del vacío, se encarna hasta en el seno de la virgen mogola, bajo su tienda abandonada en medio del vacío eterno de las estepas? Apenas nacido, este hijo de la nada se separa de su madre,

que llora desolada por no poder á lo menos tocarlo; sin pisar el suelo, huye; sale de la tienda, y sobre un elefante azul desaparece, toca y atraviesa los últimos límites del horizonte, y se lanza en las estepas celestes, donde nada existe. Desde allí, eternamente invisible é impasible, domina los cielos mogoles, que rigen por delegación suya dioses mortales con alas de aves de rapiña. Esperando una providencia, habitan todos entre montones de piedras, que agrupan misteriosamente en la extremidad de los desiertos los adivinos y peregrinos, y los cielos del Tibet, eternamente vacíos, pesan á lo lejos sobre imperios tan vacíos como su divinidad.

Investigando ahora las consecuencias sociales de este nuevo dogma, hallamos desde luego que el budismo es, bajo cierto aspecto, el opuesto del panteísmo, puesto que su Dios, lejos de estar mezclado con el universo, vive, por decirlo así, ausente de todo lo creado. En la trinidad de los brahmanes constituían las tres personas una especie de politeísmo, y tres dioses, ó más bien, tres religiones, de origen diverso y enemigas entre sí, eternizaban la idea de la diferencia esencial de las castas en el Estado. En la nueva religión, al contrario, sólo el primer miembro de la triada de Buda tiene valor real, lo que destruye al vivo la raíz misma del politeísmo, y esa unidad de Dios, así proclamada en el dogma, produce como consecuencia inmediata la idea de la unidad del género humano y de la

abolición de las castas, consecuencia que dedujo el budismo con audacia y lógica propias más bien del Occidente. El mismo cristianismo, con su caridad tan pura, no ha proclamado más irrevocablemente la igualdad de todos los hombres. El genio oriental hace tocar esta verdad con la mano. «La distinción de las razas—dice uno de estos *abolicionistas* del Alta Asia—se halla indicada por la de la organización; así, el pie del elefante es distinto del pie del caballo; el del tigre del del toro; pero nunca oí decir que el pie de un sudra difiriese del de un brahmán. Del mismo modo, si nos fijamos en las aves, se distinguen el águila, el alcón, la tórtola, el loro, por la pluma, el vuelo, el color y el pico; mas los sacerdotes, los guerreros, los trabajadores, los artesanos, son completamente semejantes por la carne, la piel, la figura y los huesos. Todos los hombres parecidos por dentro y por fuera, no son, en verdad, más que una sola casta.» Sin cambiar apenas las palabras, este mismo razonamiento pone Shakespeare en boca del judío de la Edad Media.

Tal es la teoría. ¿Pero qué podía salir en realidad de este espiritualismo nacido del último esfuerzo del hombre para dudar, si no es una moral negativa y una sociedad ocupada constantemente en destruirse á sí propia? Y en efecto, exigiendo el dogma la abolición de toda personalidad privada ó colectiva, esta creencia conduce, desde luego, á la reprobación de las ideas de nación, pueblo, Estado, gobierno, que deben desaparecer y sepultarse en

medio de las costumbres cenobíticas; por esto el monasterio es la verdadera ciudad del budismo. El creyente sincero no tiene más patria que el convento, y como todo lo que recuerda un derecho individual es contrario al espíritu de esta religión, síguese todavía que el budista no puede poseer propiedad alguna, perteneciendo, por su índole propia, á las órdenes mendicantes. Por otra parte, si toda alianza es falsa, excepto la hecha con lo invisible, se condena el matrimonio; de modo que en esta exageración del idealismo, en que las reformas traspasan su fin hasta el punto de hacerse imposibles, la poligamia se corrige por el celibato, la propiedad por la limosna, con el grave mal, empero, de que la consecuencia rigurosa del dogma se resuelve en la extinción absoluta de la humanidad y de la Naturaleza.

Maravilla también observar cómo un mismo temperamento espiritual, al través de todas las diferencias de tiempos y lugares, produce en el catolicismo de la Edad Media y en el budismo del Alta Asia instituciones, costumbres y detalles tan perfectamente semejantes, que no parece sino que el Oriente y el Occidente se han mutuamente plagiado. Las leyendas de los budistas de Ceilán, como las crónicas de los monasterios de Citeaux y de Saint-Gall, no contienen otra cosa que fundaciones de conventos de hombres y mujeres, misiones á pueblos extranjeros, peregrinaciones, bendiciones de reliquias, indulgencias, predicaciones y concii-

lios ecuménicos para convertir los cismas, extirpar las herejías y mantener la ortodoxia. Asimismo, el monumento arquitectónico más inspirado en la religión budista es como un relicario colosal, templo sin acceso, cerrado al mundo visible, arquitectura impenetrable, que amontona rocas, levanta y cierra pirámides para guardar y ocultar á todas las miradas un paño de la túnica ó una sortija de la cabellera del Dios encarnado, como San Juan de Letrán guarda en Roma los restos de la cruz del Calvario. ¿Añadiremos aún que en la cima de esta organización monástica se encuentra un verdadero papado, aunque con la notable diferencia de que el jefe jerárquico no es el vicario de Dios, sino Dios mismo, siempre presente y siempre encarnado en medio de su pueblo, cuya historia se convierte de este modo en un Evangelio eterno? El Cristo de los mogoles y de los tibetanos vive, muere y renace en una serie de encarnaciones proclamadas por el conclave asiático, y desde las elevadas mesetas del Tibet dirige el Alto Oriente, como desde el balcón de San Pedro dirige el Papa á Roma y al mundo. En Occidente la más alta ambición de un sacerdote consiste en poder llamarse un día Gregorio VII ó Sixto V, pero la ambición del sacerdote oriental tiene miras más elevadas, aspira á convertirse por medio de la santidad en Dios mismo (Buda), sentado silenciosamente en la cima de los montes sobre el trono espiritual del Asia.

Esto aparte, si la sociedad india ha vivido, es porque ha tenido la conciencia profunda del Ser, aun después de haber atravesado por el escepticismo. Pero esta idea, por grande que sea, substancia y principio de todas las demás, no le basta al hombre; la individualidad, la moral, la conciencia, la actividad, la libertad, ¿dónde las encontrará? No en el genio indio, puesto que, según el budismo como según el brahmanismo, la inacción, el sueño eterno en el seno de la eterna substancia: he aquí el bien, la puerta de salvación, la virtud suprema. Es necesario que el género humano escape á este prodigioso hechizamiento; es necesario que este primer sueño acabe, que el trabajo comience, que la humanidad, como Sacuntala, tenga el valor de abandonar el asilo de su infancia para marchar en busca del porvenir, su real prometida.

Las religiones de la China.—La revelación por la escritura

La civilización de los bracmanes, que lleva el genio del extremo Oriente á los últimos límites del ideal, tiene cerca de sí como contrapeso la civilización de los mandarines, que la ata y encadena á un puro realismo, de donde parece que el espiritualismo y el materialismo, repartidos por partes iguales entre la India y la China, mantienen entre sí perfecto equilibrio. Suspendida la balanza del Alta Asia entre esos dos mundos, queda perfectamente inmóvil.

El imperio del Centro tiene, como la India, sus libros sagrados, *tan inmutables como las estrellas fijas*; pero la revelación se manifiesta aquí en una forma extraordinaria, que indica desde luego que este pueblo debe vivir sin relación con el género humano. Mientras los profetas del resto del Asia espían desde la cima de los montes la primera aurora, Fo-hi, el revelador de los chinos, nace de una virgen que lo ha concebido caminando solitariamente sobre las huellas de Dios; su aureola es el

arco iris; desciende á las tierras bajas, primero á las orillas del río Amarillo. Allí encuentra, pegada al cieno del caos, una tortuga monstruosa, cuya concha, color de cielo, lleva los caracteres misteriosos impresos desde el principio del mundo por la Eterna Sabiduría. Esta tortuga inmóvil es el emblema del imperio del porvenir; los signos, los jeroglíficos vivos, son las tablas de la ley del pueblo chino, su decálogo escrito por la mano del Creador sobre el vestido de la primera criatura. El primer legislador compara con estas figuras las formas generales del universo, las grandes líneas trazadas en el libro de los cielos por las series de estrellas, en la tierra por las sinuosidades de los ríos y las asperezas de los montes, y según este modelo traza los primeros rudimentos de las letras. Esta concepción gigantesca de la escritura, formada á imagen y semejanza de la creación; este milagro de un arte que participa de la magia por su misma índole, pasó á ser el fundamento de la sociedad, puesto que es el prodigio que esa sociedad admira, despreciando todos los demás. El dios, en una palabra, que se revela á los indios por la luz; á los persas, por la luz y por la palabra; á los griegos, por la lira, revélase á los chinos por el prodigio de la escritura.

Sus trazos divinos se reducen en sus elementos á dos líneas, imágenes de los dos principios que constituyen el mundo. La primera, continua, — es la imagen del cielo, de la luz, de la eternidad,

de la afirmación, de lo infinito; la segunda, cortada, interrumpida, — — es la imagen de la tierra, del tiempo, de la contradicción, de las tinieblas, de lo finito, y de la combinación de estas dos líneas, como de la combinación del cielo y de la tierra, de la sombra y de la luz, nacen todos los demás signos, de los cuales los principales designan el agua sin límites, el éter, el viento, el fuego, la montaña, el trueno. Así el cielo y la tierra, el infinito y lo finito, figurados por líneas, vienen á ser el A, B, C del primer hombre, á quien ordinariamente se nos pinta ocupado en la invención de la escritura, representando los objetos más ínfimos, según que el azar se los va presentando, siendo realmente lo primero que trata de pintar lo inconmensurable. Dios conduce su mano, impidiéndole extraviarse sobre la página aun en blanco, y desde la primera lección que del institutor supremo recibe, copia ya el recién nacido la línea del firmamento y toma al universo todo por modelo de su alfabeto. Estas letras maravillosas, trazadas en presencia del maestro, son los tipos de una infinidad de relaciones, de verdades, que la meditación descubre, porque esta tabla revelada debe permanecer presente siempre en el pensamiento del sabio y servirle de texto. Cada signo es una parábola visible, que manifiesta su más profundo sentido á los que con recogimiento lo contemplan, y todos estos tipos reunidos constituyen la representación, el génesis figurado de cuantos hechos se producen en el orden físico y

espiritual: herencia de la sabiduría increada, sentencias y proverbios de los patriarcas, política del caos grabada en caracteres antediluvianos, substancia, en fin, del *Y-kinh*, el primer libro religioso, del que todos los demás emanan, que contiene el principio de las cosas visibles é invisibles. Aplicándose incesantemente los pueblos á comentar estas tablas del Dios, sacan de edad en edad nuevas significaciones, y la línea trazada por el Eterno es interpretada á través de las generaciones, primero por el rey de los patriarcas, después por los emperadores y doctores, hasta que, por fin, el doctor supremo, Confucio, viene á acabar por la filosofía los esfuerzos acumulados de la tradición. El fin del legislador consiste en construir todo el orden civil según el plan de esta geometría revelada, tanto más cuanto que los mismos signos son, como los números de Pitágoras, los arquetipos del mundo físico y del mundo inteligible, lo cual muestra que aquella sociedad ya se había elevado instintivamente en las lenguas hasta la idea de la unidad en el universo. Tal carácter, que representa el cielo descansando sobre el mar conmovido, significa al mismo tiempo la imagen del hombre valeroso que debe descansar sin conmoverse sobre las ruinas. La conjunción de las dos líneas, que figuran la armonía de la tierra y de las aguas, equivale á la imagen de la buena política, que está fundada en la unión de los dos imperios. La separación de la línea del cielo y la del lago indica, al contrario,

cuál debe ser la clasificación gradual en una sociedad bien ordenada, al paso que el signo del fuego en la cima del cielo representa á la vez una de las leyes de la Naturaleza y símbolo ofrecido, como ejemplo digno de imitarse, al príncipe que, con el brillo de sus virtudes, debe llenar todo el universo. Por donde se ve que la conciencia, según el espíritu de esta institución, es un libro interior, y el chino debe tener por regla la imitación del signo revelado, como el cristiano la imitación de la cruz. Sociedad y religión fundadas, no en la idolatría de la Naturaleza, sino en la superstición de la letra, porque no debemos olvidar que cada una de estas letras tiene una virtud y genio propios, siendo la una, por la disposición graduada de los trazos, imagen de la modestia; la otra, por la rigidez de las formas, símbolo de la perseverancia. Las artes de la industria han nacido igualmente de la imitación de las figuras sagradas, como la trama de la tela ó la malla de los hilos, por ejemplo, que fueron inventadas según el modelo del carácter *li*. Y no sólo se halla figurada en esta revelación geométrica toda la ciencia actual, sino que, combinando asimismo unos con otros estos emblemas según todas las permutaciones posibles, descubre el sabio la ciencia de todos los futuros contingentes. El profeta del río Amarillo es un nigromántico que lee el porvenir de los mundos en las líneas que por dondequiera se le ofrecen, ya en las fibras de las plantas sagradas, ó en las huellas de las aves, ó en

el lodo de las riberas, dado que el universo entero, mares, lagos, nubes y montañas, no es para él otra cosa que el gran libro de los destinos ingeniosamente escrito y pintado por el eterno escritor.

De esta extraña concepción de la revelación se desprende que la creación de la escritura cautivó mucho más al pueblo chino que el mismo génesis del mundo físico, y una vez admitida esta idea, si la figura de las letras ha sido, en efecto, señalada por el mismo Dios, cada rudimento tiene en sí autoridad absoluta, y entonces la sociedad entera no puede ni debe ser en sus ritos, códigos, ceremonias y combinaciones, más que la traducción ó aplicación viva de esa geometría eterna. Tal es el principio sobre el que se funda ese extraño Estado que parece colocado fuera de las leyes de la humanidad, pero que se explica por sí mismo, comparándolo con el dogma que lo creó. Lo que las cuerdas de la lira de Orfeo serán para los griegos, lo son para los chinos los caracteres de la escritura. Añadid una cuerda á la lira ó una letra al alfabeto, y tendréis una revolución en las creencias y en el Estado. Ahora bien; si la fuente primitiva de la autoridad vive latente en los repliegues de la escritura, el signo de la elección divina ha de manifestarse forzosamente por la mayor profundidad en comprender y explicar los misterios de los himnos; por virtud de este principio se forma en seguida una sociedad de escribas y letrados, donde la jerarquía civil se regula por el grado que cada uno

puede alcanzar en la interpretación de los tipos revelados, lo cual supone y engendra un gobierno fundado, no en la teocracia ni en la nobleza de la sangre, ni en los derechos de la propiedad ó de la riqueza, ni en la soberanía de la multitud, sino en la inteligencia tan sólo de la letra de los libros canónicos. La desigualdad de condiciones nace de la desigualdad de luces adquiridas; el poder político se mide por la ciencia, y he aquí un pueblo de eruditos que, de examen en examen, se distribuye en bachilleres, licenciados y doctores, como otros se dividen en proletarios, plebeyos y patricios. De aquí el que una de las recompensas prometidas por el cielo á los hombres virtuosos es la seguridad de que sus descendientes obtendrán el grado de doctores hasta la tercera generación; de aquí el respeto á todo carácter escrito en una sociedad que parece ocupada tan sólo en escribir, llegando á pensar algunos que el alma de los muertos sobrevive en sus escritos. El sabio escribe por la tarde el resumen de sus buenas acciones, y lo quema en su hogar para que llegue más seguramente á conocimiento de los cielos; el mártir escribe al morir con su misma sangre; los espíritus y los genios escriben eternamente, desde las alturas del éter, la crónica de los mundos. En la tierra el monarca escribe el prefacio de las obras principales, cuya tipografía corrigen los príncipes, y un escriba no se separa noche y día del soberano para apuntar cada una de sus acciones y palabras, porque

por una nueva consecuencia de la institución primitiva, la historia es, no una obra individual, sino una verdadera magistratura nacional, y los anales por excelencia se llaman *cuadrigas*, como si llevaran consigo toda la vida del imperio. Añadamos que la verdadera originalidad de la filosofía china consiste en la manera ingeniosa con que ha sabido subordinar á las formas geométricas de la revelación los movimientos más libres de la conciencia humana, de modo que así como Malebranche acomodaba su filosofía á los versículos del Evangelio, Confucio calcó la suya sobre las figuras de los caracteres sagrados.

Con todo esto es fácil concebir que la Naturaleza, en un pueblo en que la representación del universo cautiva más los espíritus que el universo mismo, había de descender á un rango secundario, siendo más bien que adorada, observada: el templo se transforma en observatorio. El hombre pone su obra en el lugar de la de Dios, y se aparta del universo, y no pudiendo penetrar en el arte, se extravía en el artificio. Aquella fuente de pensamientos religiosos, alimentada en la India por el espectáculo de la Naturaleza y la necesidad de resistirla, ciérrase forzosamente para la China, pueblo infante que, doblando prematuramente la cabeza ante la página en que deletrea el alfabeto soberano, llega á olvidar la bóveda celeste y aun el resto del género humano. Agotada súbitamente la vida y falta de un lazo con lo infinito que la

renueve, esta sociedad, fundada en el régimen de la familia patriarcal petrificada y estereotipada en cierto modo, es la más joven y la más vieja á la vez que podemos figurarnos: imagen de esos mamíferos antediluvianos cuya forma ha eternizado la Naturaleza en el momento en que les arrancaba la vida.

El rasgo distintivo de este pueblo en la historia consiste en haber representado desde la cuna el deísmo, ó mejor dicho, el racionalismo del Oriente. Su Dios, sin figura, sin voz, gran emperador de la nada, es el cielo supremo, mansión del vacío, pero de un vacío sin profundidad, sin amor, sin odio. Tiene unidad; pero si es cierto que esto basta según los principios antes sentados para producir como consecuencia la igualdad originaria de todos los hombres, y el chino, en efecto, no tiene castas, ni esclavitud, exceptuando el extranjero, ni hasta cierto punto poligamia en la familia, en cambio este Dios no tiene vida, ni personalidad, ni alma. En medio de tantos discursos, advertencias, consejos, como los libros canónicos ponen en boca de reyes, ministros y sabios, nunca él habla, ni obra, ni aparece; sin preferencia, sin inclinación por nadie, su imparcialidad es la de la muerte. Nada hay tan parecido al culto de los enciclopedistas, ó más bien, á la fiesta del Ser Supremo inaugurada por un pueblo erudito al salir del caos, como este cielo augusto, impasible, insondable, cuya comunicación con la tierra interrumpen los emperado-

res siempre que quieren; lugar común, ficción política colocada á la cabeza de la constitución social. Si queréis medir lo que puede hacer la tierra sin el cielo, la vida sin la inmortalidad, el hombre sin Dios, estudiad la China. Este Dios, tan extenuado desde su origen, no da materia para ninguna reforma, ni siquiera para la herejía: lo que era en el principio lo es al fin de los tiempos. Incapaz de progreso ni de decadencia, explica la sorprendente contradicción que se advierte en la historia de esta civilización, fecunda como ninguna en cambios de gobierno, pero estéril en esos cambios que producen en otras partes la creencia y la duda, porque la religión nunca se altera ni renueva, porque el mundo nunca pasa del escepticismo á la fe, y ambos se extinguen en una eterna indiferencia. Propiamente hablando, el corazón del Estado nunca se ha conmovido; sobre un Dios petrificado se ha modelado una sociedad petrificada. Con rapidez desusada vemos sucederse las familias reinantes, volcándose unas sobre otras hasta veintidós dinastías, sin que tales cambios en las personas influyan lo más mínimo en las cosas, condiciones ó costumbres.

Diríase que estas revoluciones, que se agitan sin ideas en la superficie de las cosas, se realizan en la nada, y como consecuencia de estas reflexiones se llega al extraño, pero incontestable resultado de que el pueblo que más frecuentemente ha cambiado de gobierno y de señores es el que

ha quedado más inmutable en su constitución primitiva.

¿Quién duda que si en el Occidente el principio religioso se extenuase por sí mismo veríamos á los pueblos agitarse, no indiferentemente, sino convulsivamente, en la desesperación, elevando y destruyendo príncipes, cambiando, renovando con cualquier pretexto el nombre de sus jefes, las formas de la autoridad, sin acertar á imprimir el menor movimiento, ninguna mejora eficaz al principio social, rueda de Ixión condenada á girar eternamente en el vacío?

Esto sentado, puesto que los cambios de dinastías no provienen de ningún cambio de principios, era natural que los chinos procurasen explicárselos por la magia, que en un pueblo infante no es más que la deificación del capricho. Cada dinastía reina por el poder de un elemento; unas por la virtud del fuego, otras por la del agua, la madera, la tierra ó el metal, y las revoluciones de estos elementos señalan las épocas de la Naturaleza y de la humanidad. Los gobiernos se elevan y se desploman según los augurios de la tortuga. Los adivinos calculan el horóscopo del imperio por las constelaciones del cielo ó por las fibras de los simples de la tierra, por aquel presentimiento de que la historia civil obedece á la misma ley que los globos celestes y la brizna de hierba; de este modo su filosofía de la historia es una gran nigromancia, en la que dinastías, emperadores, generaciones, pueblos, todo está

oficialmente exorcisado por el libro canónico de los destinos.

Por lo demás, la sociedad china ha cuidado de retratarse en un monumento más extraño que cuantos acabamos de citar. Más de seis siglos antes de la era cristiana dispusieron los emperadores que en todos sus dominios fuesen recogidos, á la manera de tributo, los cantos populares, con el objeto de aprehender al vivo el pensamiento del imperio en los labios de los hombres, antes que fuese modificado por la reflexión ó el arte. Sin duda en estos cantos sorprendidos en boca de los soldados, de los labradores, de los mercenarios, se encontrarán con toda ingenuidad las creencias nativas que faltan en las clases de los letrados, porque si se exceptúa alguna que otra frase dirigida casi furtivamente al espíritu ó genio que representa el patrono de la familia, se observa, no sin admiración, que el deísmo es en la China tan popular como la mitología del panteísmo en la antigüedad oriental. En vez del cielo poblado del Himalaya, figúrese, en la imaginación del pueblo, un cielo desolado por el viento de las estepas de la Mongolia; algún que otro genio inferior sostenido ó degradado por el emperador, que á voluntad los evoca ó destituye; unos cuantos grupos de djinns que se reúnen para partir en el momento en que caen las dinastías; tal cual exclamación al cielo azul, *cæli cærulei*, en instantes de melancolía y desaliento, muy pronto reprimida por una reflexión escéptica; una oración al vacío; el

afán de encontrar la flor del olvido, buscando elementos simples para el encantamiento de la tortuga; por otra parte, en medio de los más íntimos sentimientos, la ausencia de toda esperanza, de todo vestigio de un Dios que vea y sondee los corazones. El que sufre, quéjase solitario, sin que jamás se reúnan en un centro común estos cantos de tristeza, que se elevan de la muchedumbre de individuos de todas condiciones, desde el mendigo hasta el emperador. «Yo soy como la morera despojada de sus ramas, yo sufro; pero ¿quién se inquieta? ¿quién lo sabe?» *¿Quis novit?* Semejante confesión de la soledad interior se reproduce en todas formas, y bien puede decirse que ninguna poesía atestigüa como esta el aislamiento de la criatura privada de Dios. Parece sentirse cómo el hombre, demasiado encadenado á la tierra, se esfuerza por elevarse á los cielos. El artesano en su trabajo, el soldado en su torre, el eunuco en su palacio, el obrero al pie de la gran muralla, el labrador sembrando maíz, todos envidian á la cigüeña, á la grulla, á las bandas de ocas salvajes, que cruzan libremente el éter. «He aquí á los cuervos de las montañas, que hienden el aire con sus alas inmóviles; parece que descansan volando, y yo, yo soy roído por los cuidados. ¿Qué he hecho yo contra el cielo? ¿Qué crimen he cometido?» Así el hombre, cautivo de la sociedad, lanza aquí y allá su grito de angustia en medio del imperio, como el ave hambrienta que cruza el desierto de

Cobi; pero este grito, no encontrando eco en el cielo ni en la tierra, expira en sus labios sin elevarse hasta la plegaria, sin descender hasta la blasfemia. Otras veces es la voz de un desgraciado que se eleva, como un gemido fúnebre, no se sabe de dónde, contra un emperador ó una dinastía condenada, y esta voz que interroga á los cielos no tiene jamás respuesta. *Cælum augustum, ¡quantus est splendor tuis! ¡ecquid te nostri non capit miseratio!* Imagínense, si es posible, los salmos hebreos sin Jehová: quedaría en la desgracia un gemido, un sollozo; en la alegría una exclamación, un suspiro. Este es también el último esfuerzo de la poesía china que, privada de alas sagradas, cae al suelo así que intenta elevarse. El hombre llama; Dios calla; el silencio es eterno.

Conformidad, complicidad de la religión, la poesía y la filosofía, en el temor de traspasar la medianía en el ideal, el justo medio en lo infinito. Estos cantos de la muchedumbre, comentados por Confucio, forman parte de los libros litúrgicos, donde el instinto del artesano y la reflexión del pensador se ven maravillosamente acordados para dejar á Dios el menor espacio posible en los sentimientos, ideas y empresas del hombre. El Chi King es el ritual de un pueblo de espíritus fuertes.

Cuanto mayor era el vacío en la revelación de los chinos, menos podría evitarse que las creencias de pueblos extranjeros afluyesen allí tarde ó temprano. El culto de la razón provocaba por reacción

natural el misticismo, y el hombre, sediento de fe, no podía menos de llamar en su auxilio las más exaltadas doctrinas que en torno suyo se agitaban. Lao Tseu, por una parte, propaga á orillas del río Amarillo las teorías ascéticas del Ganges, y transformándose insensiblemente la filosofía en leyenda, el doctor, infante encarnado en el seno de la virgen azul, pasa á ser el Cristo del extremo Oriente; el budismo, por otra, expulsado por los brahmanes, encuentra refugio en la indiferencia de la China en materia de religión. Ninguno de estos cultos, sin embargo, dió á la sociedad china la forma que le es propia, pues cuando aparecieron, ya el Estado se hallaba para siempre modelado sobre el dogma de los letrados. El racionalismo, he aquí la religión oficial; la fe positiva, he aquí la herejía, y donde había un espíritu firme, allí estaba el pontífice.

Llegados á este punto, es ya fácil resolver todas las demás cuestiones que acerca de este pueblo se ofrecen. ¿Por qué los chinos han vivido aislados del resto de los pueblos? Porque no es la gran muralla la que les separa del mundo, sino la organización de su sociedad fuera de Dios, esto es, fuera de la alianza del género humano. Privados de una religión positiva, carecían del órgano esencial que puede ligar con un lazo espiritual á los pueblos entre sí, y era natural que fuesen los últimos á entrar en la gran comunión del mundo social. Todas las civilizaciones han comenzado á pene-

trarse y unirse por el cambio mutuo de sus creencias; cuanto más llena de Dios ha estado una sociedad, más ha servido de alimento á las demás; pero si suponemos un pueblo en el que la religión esté reducida á una sombra, tampoco será más que sombra el parentesco, la solidaridad, la asociación entre este Estado y la familia universal, y si llegásemos á admitir una sociedad visiblemente atea, pronto veríamos que sería absolutamente imposible hacerla entrar en comunión con las demás. El Asia, en sus dos extremidades, tiene por satélites la Judea y la China, dos pueblos igualmente aislados, ó mejor dicho, salidos fuera de la órbita del género humano. Pero bajo estas analogías aparentes, ¡cuántas diferencias efectivas! La sociedad de los hebreos está llena de Jehová, Dios de vida, que desde las cumbres del Líbano abraza las riberas del mundo habitado: Grecia, Italia, las Galias, España, que un día han de confundirse en la alianza de Abraham. Al contrario, el estéril Chang-ti de la China, vuelta la espalda al porvenir, contempla los mares estériles de la Oceanía, é impotente para asociar nada, apenas ve surgir á lo lejos, de en medio de las olas, algunas islas esparcidas, como la concha de la tortuga marina sobre la cual inscribe sus enigmas.

Perdida así en la extremidad del universo, un día se descubre más allá del Océano una sociedad cuyo principio es la igualdad de todos sus miembros, con la única preeminencia del saber y la sola

aristocracia del mérito personal. Todo en ella está exactamente medido, calculado y pesado según las leyes de la Naturaleza humana, y el buen sentido es su único idolo. Pero en el momento mismo en que la admiración del Occidente iba á estallar para sus antipodas bajo la fe de tales maravillas, examinado más de cerca el fenómeno, se halla que aquella obra maestra no puede moverse, ni respirar, ni vivir, que aquel exceso de sabiduría sirve sólo para crear un sublime autómeta. ¿Cómo esto? Porque el hombre está privado de un ideal superior á sí mismo. La sociedad hebraica ha gravitado hacia Jehová; la sociedad griega hacia Júpiter; el mundo cristiano hacia Cristo, y este esfuerzo de la tierra hacia el cielo es precisamente el que encierra todo el secreto de la vida social. Pero el hombre en la sociedad china, teniendo sólo por fin el hombre mismo, encuentra su fin en su punto de partida, y queda ahogado en los límites de la humanidad. Por demasiado cómoda, hace la virtud imposible; no hallándose hecho para los términos medios, tiende cada vez á descender más; pierde la tierra, al renunciar al cielo; se queda en el vacío, al negar la vida absoluta. En esta sociedad enana todo se halla truncado. Á la moral le falta heroísmo; al rey, la musa regia; á los versos, la poesía; á la filosofía, la metafísica; á la vida, la inmortalidad, porque Dios no está en la cumbre del todo. Se carece del peligro, careciendo de grandeza; el escepticismo se evita, evitando la creen-

cia; por no tener un Queronea, se renuncia á un Salamina. ¡Gentes, diréis, dignas de eterna envidia, con cinco mil años de vida! Cierto; pero dudamos que durante esos millares de años hayan realmente vivido un solo día.

De este modo la extrema Asia, bajo el hechizamiento de sus mágicos, hase detenido desde sus primeros pasos en el recinto de la sociedad civil, rechazando el porvenir lejos de sí como un don funesto. La humanidad, deslumbrada ante el esplendor de la creación, cierra los ojos y se aísla del mundo real. Apenas ha vislumbrado el universo, se apresura á abandonarlo. Los hombres se hallan hartos del tiempo, y sin embargo, apenas pueden recordar otra cosa que su antiguo sueño en el seno del Eterno.

Cristos precursores, Buda, Fo-hi, Lao-tseo, nacen de vírgenes desconocidas en los Belenes del Alta Asia. La Naturaleza, madre inmaculada, los alimenta con su leche, los mece en el seno de los sosegados océanos, y el murmullo de las selvas impenetrables es el cántico de la Madona de este cristianismo primitivo.

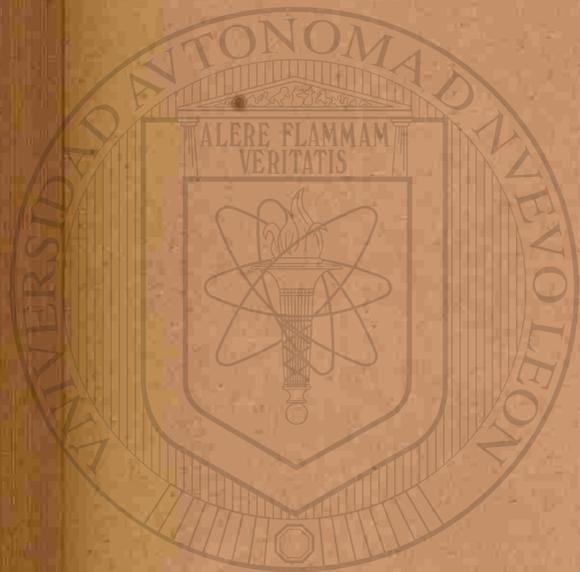
No se sabe qué escribas divinos escriben sobre la corteza de los bambús los evangelios del caos. Á la revelación de las cosas sucede la revelación de los libros; los pueblos se reparten sus páginas, las deletrean, y el Asia en sus dos extremidades proclama el mismo dogma. Los mares de la Océania balbucean la palabra que más tarde resonará

en el lago de Tiberiades; la flor de la Judea tiene sus raíces en los edenes del Alto Oriente; todo se encuentra en germen en la profecía pagana, excepto la cruz del Gólgota.

¿Dónde buscaros, edén, paraíso, edad de oro, si no estáis en nosotros mismos? Voces secretas nos llaman, unas hacia el pasado, otras hacia el porvenir. ¿Á cuáles seguir? Hemos logrado contemplar nuestra cuna, aun conmovida por el eco de los himnos de los primeros hombres. ¿Pretendéis que volvamos á ella?

Si este lamento fuese un día escuchado, si el alma pudiese, en efecto, volver á su punto de partida, ¡cuán cambiada encontraría su antigua morada! Pisaría las flores del Edén y no sentiría sus perfumes; se recostaría en las sombras y no hallaría frescura; inclinariase hacia las fuentes y no se reconocería; probaría el fruto de la vida y no se vería satisfecha. Todo le parecería vacío, porque ausente el huésped celestial que entonces le servía de compañero, faltaría el milagro latente en cada cosa. ¿Qué le enseñarían las voces de los océanos, ocupado como está en atender á sus rumores interiores? El sol de los patriarcas no disiparía las sombras de su noche y sobre la cima de los montes contemplaría en vano elevarse el sol más brillante. El tedio, el disgusto roedor y la desesperación se apoderarían de ella, en vez de las esperadas felicidades, pues no habría para ella más horrible suplicio que el buscarse á sí misma en los senderos

del paraíso y no poder encontrarse. En medio entonces de la Naturaleza muda, llegaría á exclamar: «Partamos de aquí cuanto antes. No; nunca estos tristes lugares, estas estepas desiertas, estas riberas taciturnas, pudieron ser el Edén en que se me apareció el Dios de los primeros días.»



LIBRO CUARTO

Las religiones del Asia occidental y del Egipto.—Revelación por la palabra y por la vida orgánica.

I

La religión de los persas

Los viajeros modernos han encontrado, por fin, aquellas maravillosas ruinas de Persépolis, aquellas mil columnas (1) que *los espíritus levantaron* en medio del desierto, y en cuyos despojos, peristilos y mágicos pórticos se ve mezclada la gravedad egipcia con un arte precursor del genio griego. Una parte estaba cubierta de inscripciones en forma de conos ó picos de lanza, y como su clave se había perdido, os habrían parecido fórmulas de evocación para hacer surgir todos los días estas maravillas en el país de la magia. Lo que realza todo esto no es tanto la grandeza, la majestad colosal de la arquitectura, como las esculturas talladas en la roca viva de las montañas, porque en

(1) Chardin, *Voyage en Perse*, t. II, págs. 140-190.

estos bajorrelieves se encuentra, con el cuadro de las ceremonias religiosas de los persas, el de sus instituciones civiles y políticas; allí se ve á todo el pueblo, distribuido según las provincias del imperio, desfilar ante su primer maestro, Djemschid, que descansa sobre el trono y la peana de que nos habla la Escritura. Magos, labradores, arqueros, artesanos, llevan en sus manos las insignias de su condición; el carro de las emigraciones se mueve sobre sus ruedas, sin faltar la campanilla, que ya no suena, en el cuello de los camellos del Irán. No se encuentra aquí aquella inmovilidad de los reinos de Brahma y de Buda, eternamente sentados en las esculturas del Ganges; al contrario, todo se agita, el pueblo está de pie, la sociedad se ha levantado y marcha; he aquí la primera *procesión* del género humano delante del nuevo dios. Ni debemos echar en olvido los animales emblemáticos que, dispersos en un vasto horizonte, han aparecido tantas veces en las visiones de los profetas de la cautividad, y que allí, en lo alto de los monumentos ó bajo los pórticos, en la entrada del desierto, se agitan, embisten, baten sus alas en torno de aquel imperio naciente, como invitándole á partir; caballos caparazonados que hieren con su casco el capitel de las columnas; centauros de luenga barba; esfinges con cabezas de patriarcas; unicornios, carneros de la Escritura, que aun hoy señalan con su cabeza el Occidente, el Mediodía, *el aquilón y el país de la gloria*; toros cargados de diademas; querubines de

los medos; leopardos con fauces de águila; dragones sentados sobre el trono, de vuelo rápido, voz de trueno, chasquidos de alas, *parecidos al ruido de un combate*. Todos estos monstruos mitrados parecen reinar por derecho divino sobre la naturaleza viviente.

En estas esculturas revive la figura del imperio de los medos y de los persas; ayuntamiento de dos sociedades, constitución refinada y bárbara, la cabeza de un mago sobre el cuerpo de un toro. Cuanto más inmóvil parece el extremo Oriente, tanto más se agitan en su cuna estos pueblos zendos, con los cuales comienza verdaderamente el movimiento de la historia, lanzándose la humanidad á esa inquietud que nunca ha de acabar. Un vago instinto les impulsa á conquistar cuanto les rodea; sienten necesidad de imponer su fe, sus símbolos, sus dioses; quieren ser los apóstoles del mundo. Descendidos de las alturas de la Bactriana, estos pueblos se precipitan, baja la cabeza, como arriesgados caballeros, contra la raza de Sem, contra Babilonia, la Caldea, el imperio de Asiria, que entregados á la industria, pronto serán su presa. El imperio persa no descansará ínterin no lo haya subyugado todo, desde el Indo hasta el Halys. Un poco más tarde, Cambises le agregará el Egipto, pero el Asia es ya muy estrecha para la misión de estos creyentes; una vez sometido el Oriente, les es preciso apoderarse de Europa, no por una invasión furtiva ó por una colonia que va á ocultar su

origen en cualquier ribera desierta, sino por una verdadera emigración del Oriente al Occidente. Sin duda Grecia no espera más que la llegada del gran rey para encorvarse bajo sus pasos; la educación de la Europa se verificará bajo el yugo del Asia; así lo han prometido los magos. Después de haber azotado el Helesponto, sólo nos queda oír su quejido en Salamina.

¡Así aparece en la historia esta raza de hombres! Lánzase y salta en el pasado, como los leones coronados contra el unicornio de los bajorrelieves de Tchelminar. Los griegos nos han dado á conocer sus acciones; pero y sus pensamientos, ¿quién los explica? ¿dónde los encontraremos? ¿Qué doctrinas llevaban aquellos apóstoles á Maratón, Salamina, Platea y Mycala? ¿Quién nos dice si nos hemos de regocijar ó apesadumbrar por sus victorias? ¿Qué corazones palpitan bajo sus corazas? ¿qué tradición les alimenta? ¿qué Dios les guía?

Si á los monumentos de Persépolis juntamos el libro sagrado que les sirve de comentario, el *Zend-Avesta*, hallaremos desde luego las mismas doctrinas que en los más antiguos Vedas. Los Asvins, Soma, Mithra, Aryaman, todos los genios de la aurora que hemos visto aparecer con la revelación de los patriarcas indios, reaparecen aquí con más precisión, iluminados, acabados por el día en su plena carrera. Los espíritus de la aurora han llegado á su mediodía, á cuya nueva luz cambian de forma y de naturaleza, sin cambiar de nombre.

Basta el más ligero paralelo entre estos dos pueblos gemelos, los indios y los persas, para reconocer que han balbuceado durante mucho tiempo la misma lengua en la misma cuna, sólo que los segundos han permanecido más fieles á la tradición ingenua del primer culto, sin transformarlo por el arte ni por la filosofía; más bien eternizándolo, por decirlo así, en un idioma lapidario, el zendo, especie de esbozo, lengua de ciclopes, que el tiempo no ha podido ni pulir ni corromper. Por eso el *Zend-Avesta* no es otra cosa que la revelación de los patriarcas del alto Oriente reducida por los magos á un sistema de liturgia; por eso Persia, como Judea, carece de poesía y de metafísica; sólo posee una religión.

Su génesis es el de un pueblo nómada, cuyos territorios nacen, por decirlo así, bajo sus plantas á medida que va emigrando. Salido de sitios elevadísimos, en que el invierno dura diez meses, desciende á regiones más cálidas con su conductor Djemschid á la cabeza, y pronuncia en medio del mundo todavía mudo la palabra santa, á cuyo eco germina la hierba bajo la roca y los animales encuentran sustento. Ayudado de ángeles persas, de los izeds, prepara la tierra para morada del hombre, y rey de una raza guerrera, traza anticipadamente en el globo los límites de los imperios con la punta de un puñal de oro. Tal es la primera jornada de los pueblos zendos.

Lo que Moisés es á Abraham, Zoroastro lo es á

Djemschid. El pueblo ha abandonado las rudas cumbres del Alta Asia, donde tuvo con los indios su primer morada, pero todavía no ha llegado al país en que ha de fijarse. Pues bien; en las cimas de la Bactriana, antes de descender á Persépolis, recibe su enseñanza, como el pueblo hebreo en el desierto antes de pisar el país de Canaán. En los últimos confines del horizonte elévase la montaña santa, el Sináí del *Zend-Avesta*; sobre su cima, que de siglo en siglo se acrece, habitan los astros; con el alba salen radiantes del fondo de los antros; en sus flancos de oro germina el árbol de la vida; óyese mugir á su sombra al eterno toro de los pueblos pastores; de lo alto de las rocas se precipita, como un caballo jadeante, Arduisur, fuente de la inmortalidad, y la revelación misma parece brotar, como el agua de la roca, con impetuosidad de las profundidades de la montaña, cuando en medio de aquella naturaleza profética llega Zo-roastro, el profeta, á pedir la enseñanza, la fe y la ley. El rayo no estalla sobre este Oreb, antes bien, todo allí respira familiaridad. Un diálogo que tiene por único testigo la fuente, madre de los océanos, comienza entre Dios y el profeta: éste pregunta, Dios responde, y esta celestial amistad entre el Creador y su criatura, esta confidencia hecha al hombre por su autor, constituye uno de los primeros caracteres de la revelación persa.

El segundo carácter consiste en la vehemente necesidad de alabar y celebrar la creación entera.

En estos himnos, que no son otra cosa sino evocaciones, llama el hombre, unos en pos de otros, todos los objetos de la Naturaleza, para que rueguen en su nombre; quiere mezclar su voz á la del universo; celebra sobre todo á los recién nacidos, festeja la juventud de las cosas, compañera de la pureza. «Invoco—dice—al primero de los cielos, á la primera de las fuentes, al primero de los rayos, de los días, de las olas, al primogénito de los espíritus.» Si pregunta cuál es la poesía más pura, una voz desde lo alto le responde: «Es la que se refiere al origen de las cosas.» Los recién nacidos, en una palabra, son sus santos é intercesores, lo que demuestra más y más que aquel culto es, en todos sus detalles, la fiesta y el aniversario de la creación. Cercano aún al comienzo de las cosas, respeta el hombre la naturaleza material, que ninguna mancha ha profanado todavía; rey recientemente llegado, no se atreve aún á envanecerse con su soberanía, no sabiendo si este mundo será su señor ó su esclavo. El sentimiento de la dignidad de aquellos elementos apenas salidos de las manos de su autor, la faz inmaculada, la castidad virginal del universo viviente, todo se le impone por la imagen de un esplendor primitivo, por la huella que el Creador ha dejado en su obra; por esto, en su humildad, proclama á la Naturaleza más noble, bella y santa que él, cree que le espanta con su propia impureza cuando ve, al acercarse, temblar el agua, el árbol, el fuego del hogar. De ahí aquellas ex-

traordinarias prohibiciones de turbar los ríos con el ruido de las ramas, de bañarse en sus riberas, de aproximar su aliento á la llama: complacencia, amor del conquistador, antes de hollar bajo su carro esta tierra candorosa.

«¿Qué había en un principio?», se pregunta el profeta inclinado sobre la fuente del Bordj. «Había la luz y la palabra increadas», responde la voz de lo alto. De modo que en este génesis, el *Fiat lux* no ha tenido comienzo, la creación perezosa ha brotado cuando el día diligente lucía ya en su mediodía; en una palabra, el Dios de los pastores indios se nos ofrece distinto del universo, más matinal que el universo, revelándose eternamente en la primera aurora. Su culto es ya refinado, porque no se contenta con la llama de los bosques entregados al sacrificio; quiere alimentarse de los perfumes y de las maderas del sándalo, purificadas por los magos. Y por lo que hace á la palabra, ningún pueblo ha sentido mejor, ha exaltado más este prodigio. ¿No habéis admirado nunca este poder que, como un ser real, extiende fuera de vosotros el amor, el odio, la vida? Tan veloz como la luz, brota del hogar interior, sin que nadie pueda detenerla ni recogerla cuando ha lanzado su rayo; pero descendiendo hasta las tinieblas del corazón, ilumina el alma de un pueblo, como la aurora un continente, y hasta después del incendio, las palabras extinguidas guardan la chispa oculta en la ceniza, y para hacerla arder, basta el

soplo de un espíritu que llegue hasta ella, volviéndose á encender sobre los labios del profeta los carbones de los serafines (1).

La palabra es la luz de la humanidad, como la luz es la palabra de la Naturaleza; y siendo así, ¿por qué admirarnos de que los pueblos las hayan identificado, de que á la vista del doble milagro que en su seno (2) llevaban se convirtieran en sus adoradores? No sólo debió parecerles la palabra el prodigio del mundo moral, sino también del mundo físico. ¡Pues qué! ¿no presta la tierra, noche y día, atento oído al lenguaje de los cielos? ¿No escucha la Naturaleza entera una voz oculta? ¿No parece recoger desde la aurora un discurso divino que va creciendo durante el día y cuya última palabra expira entre los interrumpidos silencios de la tarde? ¿No responden los sonoros montes con la voz del eco, gritando, gimiendo, balbuceando en el fondo de los antros, como el hombre en el fondo de su pecho? Sólo el desierto es mudo, el silencio eterno es su principal atributo; por esto es el imperio del que *habita en la muerte*, mientras todas las criaturas vivientes repiten, cada una en su lenguaje, en su ritmo particular, la palabra luminosa que existía antes de todas las cosas. Habla la selva con el gemido de sus ramas, habla la fuente con sus ondas

(1) *Isaias*, VI, 6-7.

(2) Los vocablos *luz* y *palabra* tienen la misma raíz en griego y en sánscrito. (*Yagna*, pág. 214.)

murmurantes, habla el fuego con las purpúreas lenguas de su llama, respondiendo de este modo, en la liturgia, á las oraciones de los magos: «Sed felices y para siempre satisfechos. ¡Que los rebafios de bueyes se multipliquen! ¡que los jóvenes se reunan en muchedumbre! ¡que vuestros deseos se cumplan! Esto es lo que pido para vosotros en cambio de las secas ramas que me traéis piadosamente.» Si el universo es un verbo, un hosana pronunciado por el órgano de las cosas, ¿no se sigue que la palabra es el principio, el alma de la creación? Desde la eternidad Dios llama en alta voz todos los días, todas las horas, á todas las cosas, á la vez que conjura la noche, la sombra, la muerte. Recibir un nombre es recibir el ser, y el mundo surgió por el poder de la evocación. Pronunciada por el Altísimo esta palabra de vida, que es al mismo tiempo luz y claridad, brota, circula á través del infinito, y de esfera en esfera, de boca en boca, de eco en eco, es repetida por todos los arcángeles del cielo y de la tierra, Amschapands, Izeds, Ferners, y en el grado más ínfimo de la jerarquía de los seres la repiten aún á media voz los espíritus de las flores, los de los sordos metales, los de las piedras preciosas. Sostén y esencia del mundo, si dejara de pronunciarse se quebraría la creación entera. Por esto el pueblo persa, asociándose á la Naturaleza, repite incesantemente en su liturgia el verbo sagrado por boca del sacerdote; llama los seres á media noche; los despierta, cual

centinela, para que no se duerman en la muerte y todas las mañanas los saluda de nuevo, los alimenta, los invoca nuevamente con alguna palabra para el trabajo del día. Esto explica también por qué el *Zend-Avesta* se compone en gran parte de fórmulas de evocación, ecos de aquellas que rompieron el silencio de la nada, y no sólo el hombre debe unir su voz á la aclamación de los mundos, sino gustar también la palabra sagrada haciéndola su alimento y su bebida, comulgar con el universo entero bebiendo el jugo místico del árbol de la vida en el vaso de Djemschid, que figura la copa del mundo, y comiendo la carne divina, el pan de Ormuzd, en las mesas litúrgicas. He aquí el principio de la Cena y Eucaristía paganas en el fondo de todo el ritual persa.

Si á este dogma se mezcla el genio de un pueblo guerrero, resultará un Dios con la espada en la mano. El reino de la palabra y de la luz increadas tendrá entonces por señor al que rige el orden de los cielos, al maestro de toda sabiduría, al artista de toda belleza, á Ormuzd. Pero á la luz se opondrá un ejército de mudas tinieblas, que tendrán por rey á Ahrimán, envuelto en el crimen, y el universo será el espectáculo de un eterno combate. Todo es lucha, conjuración, exorcismo, porque las criaturas, divididas entre los dos imperios, sostienen, cada una á su modo, la causa de su Dios. Hasta el estío lucha contra el invierno. Al Dios bueno y radiante pertenecen el unicornio, el

águila, que combaten por Él; al Dios malo obedecen las manadas de lobos y chacales, las sordas legiones de serpientes, escorpiones y bestias impuras. El gavilán, de vista penetrante, eleva su vuelo al apuntar el alba y aguza su pico para el combate de Echem; el caballo blanco se yergue y hiere con su pie al Impuro. En el cielo mismo las estrellas se ordenan como en dos hordas enemigas, y en la cima del firmamento el ave soberana, de pico y garras de oro, *más veloz que el que sólo hace bien*, y cuyo pecho descansa sobre los astros propicios, cubre con sus alas el imperio de Irán, é inclinando aquí y allá su cabeza, deja caer sobre los reinos los gérmes de la vida. El perro sagrado del pastor vigila de noche en las extremidades del universo en el umbral de la creación, y guarda los mundos como guardaria un rebaño, aterrando con sus gruñidos formidables al eterno enemigo. En una palabra, la luz asedia por todas partes con sus rayos el imperio de las sombras. En el fondo del desierto de Cobi viven las manadas de dragones, de centauros con cuerpos de toro, de culebras de dos pies, que soplan el simón y llevan el combate hasta más allá del universo habitado. La misma lucha encarnizada se desencadena en el corazón del hombre y se extiende más allá de los límites que el ojo mortal puede alcanzar, porque cada objeto de la Naturaleza tiene su ángel custodio. Un alma luminosa fulgura en las venas de los metales y diamantes; la más insignificante flor tiene su es-

piritu que por ella vela; hasta el puñal tiene el suyo; en una palabra, el ideal de cada ser es una persona que flota por encima del mundo real, criaturas completamente espirituales, que como los ángeles de los hebreos, armados de espadas y corazas, se persiguen, se chocan y se exorcisan en el mundo invisible. Los deus, con su cuerpo de bronce, los darwands con repliegues de serpiente, combaten en aquellas regiones supremas contra los blancos feruers, los izeds, los amschapands con cuatro alas de oro, resonando el choque de sus armaduras en el mundo de las ideas.

En esta batalla, ¿por qué causa debe el hombre decidirse? Sin duda por la luz. He aquí el fundamento del derecho público, de la moral, de la industria de los persas. Ved cómo de este dogma va á nacer toda su historia. El fin del Estado, de la ciudad, del régimen político, es hacer triunfar el reino de la luz sobre el de las tinieblas; de donde resulta que el ascetismo de la India es reemplazado por el espíritu de conquista. ¿No es fácil explicarnos ahora el origen de aquel encarnizamiento del imperio medo-persa contra el África? ¿No eran aquellos tristes pueblos atezados de la tierra de Egipto, aquella raza negra que los persas, verdaderos puritanos del paganismo, encontraron en la Etiopía, los hijos favoritos de las tinieblas, la generación impura de Ahrimán? Tampoco reconocen otra causa las expediciones de Jerjes y Darío, verdaderas cruzadas paganas contra el Occidente, en

donde las frías tierras, las heladas riberas del Danubio y la Tracia, privada de los rayos del sol de Oriente, representaban una región entregada por completo al enemigo de la luz, y contra el cual era preciso tomar la defensa del puro y brillante Ormuzd, medio vencido allí por el rey de la noche. De aquí la necesidad religiosa de apoderarse de la Europa y el odio inveterado de Persia contra Grecia, reina del Occidente. Leed en Herodoto la narración de aquella gran cruzada, y no encontraréis ningún fundamento serio para ella; pero consultad el dogma religioso, y veréis surgir de él toda su historia.

Un lazo más visible existía aún entre el dogma y el Estado, hasta el punto de que tanto el gobierno de la tierra como las costumbres públicas se hallaban establecidos según el plano de la institución de los cielos. Había en éstos siete arcángeles Amschápands alrededor del rey de la luz, y había también en la tierra siete sátrapas alrededor del monarca, siete castas en la nación y siete murallas alrededor de la ciudad santa. Lo que se echa de menos en la *Ciropedia* de Jenofonte es precisamente el no haber visto que la educación del príncipe se regulaba conforme al ideal de Dios: el menor de sus súbditos debía preparar, como él, en su corazón la salida, el reino de Ormuzd. Todo persa era un soldado del buen Dios, vigilante siempre consigo mismo en las tentaciones del enemigo interior, pues era indispensable que su vida apareciese

inmaculada como la llama del hogar, siendo su porvenir, su esperanza, llegar á convertirse en luz. Vivir bien, ¿qué otra cosa era que purificarse? Y este principio de la moral privada, extendiéndose á la administración de la Naturaleza, establecía las más severas obligaciones hacia las cosas como hacia las personas, lo que hace entrar también el comercio y la industria en el recinto del dogma. Cultivar la vid, esa hija del sol; extirpar las plantas venenosas ó parásitas; volver al redil el animal extraviado; ayudar á la tierra á engendrar todo género de formas y mantenerse en su pureza nativa; librar los ríos de los obstáculos que embarazan su curso; proteger las fuentes contra la impureza de las bestias salvajes; reanimar por el cultivo los campos esterilizados al soplo de Ahrimán; abrir á las ondas del mar puertos en que puedan abrigarse contra los golpes del eterno enemigo: todas estas ocupaciones no eran simplemente mercenarias, sino verdaderas obras piadosas que ocupaban un lugar en la liturgia universal, porque sirviendo para adornar el templo de la creación, el trabajo era el primero de los ritos. Para combatir la cizaña sembrada por los Dyvs, había el labrador heredado el puñal sagrado de Djemschid. Sin decir una palabra más, puede advertirse cómo sobre aquella base se establecía el acuerdo tan deseado en nuestros días entre la religión y la industria.

¿Creéis, por otra parte, que el fondo de estas ideas no haya adquirido valor duradero, que naci-

das al azar cerca de las fuentes de nafta de Bactriana, sólo pertenezcan á Persia y hayan de morir con ella? Parécenos, al contrario, que no tenemos hoy ningunas tan vivas y eficaces en la tradición del género humano. En efecto, conozco un libro que empieza con estas palabras: «En el principio la palabra existía sólo en Dios, la vida sólo en la palabra, y la luz era la vida.» ¿Quién habla así? ¿Es por ventura el *Zend-Avesta* de Zoroastro? No; es el Evangelio de San Juan, y por cierto que, sin investigar en qué fuente haya el apóstol recogido el dogma fundamental del Oriente, nos basta hoy saber que las visiones de los antiguos pueblos reaparecieron purificadas y divinizadas en el nuevo culto. Y si aun seguimos examinando el asunto, veremos que los oscuros presentimientos del paganismo fueron confirmados por el Evangelio. Esta luz del Irán es sólo tinieblas, esta palabra de vida pronunciada por el antiguo mundo es sólo un balbuceo, pero una y otra se convertirán mañana en la doctrina y la predicación del cristianismo.

La lucha, en efecto, entre las dos divinidades es flagrante, pero ¿será eterna? ¿á nadie pertenecerá la victoria? ¿siempre estará la balanza suspendida entre lo puro y lo impuro, entre la luz y la sombra? No; vendrá el mediador, por fin, nombre que conviene á Mithra, la tercera persona de la trinidad persa, que investido de una doble naturaleza, acabará por iluminar este Dios místico, hermafrodita, al Dios de las tinieblas con su

esplendor interno, convirtiéndolo á la luz, y Ahrimán, purificado y arrepentido, se reconciliará al fin con Ormuzd, uniéndose con él para hacer en común una ofrenda al eterno. El infierno ya redimido canta el *Avesta*; la resurrección de los muertos y el renacimiento del universo cierran esta gran batalla; la muchedumbre de las almas que pasaron el puente Tchinevad, guardado por el perro sagrado, son al fin revestidas de oro. El mal era sólo una sombra que flotaba en la superficie de las cosas, y acaba por ceder el campo al dominio absoluto del bien, consistiendo principalmente la originalidad de tales creencias, por una parte, en que el Satanás persa es también redimido de su caída, y por otra, en que la resurrección de la materia domina aún la del espíritu. Lejos de aparecer maldita, abandona la tierra su mortaja, renovándose y purificándose con Ahrimán en la copa del mundo, en que se agitan, hirviendo, los metales encendidos, dejando allí la muerte, la vejez y la impureza, y surgiendo de aquel crisol más pura y virginal que en su primitiva cuna. Un océano de luz la rodea, y cual isla sagrada, bñase en los esplendores de la luz inteligible. Este Dios Mithra, el de los ojos de oro, el *cultivador del desierto*, el hijo de la palabra, el que pone término á la escena de las revoluciones religiosas de la Persia y cierra un Antiguo Testamento, aparece como el purificador de la Naturaleza y redentor de la creación, y siendo el último de los dioses del Oriente,

es también el más grande, el más lleno de espiritualismo, el más próximo á la tradición cristiana. Y esto explica suficientemente por qué el mundo permanece durante algún tiempo incierto y vacilante entre su culto y el de Jesús. Uno y otro tenían los mismos nombres y poseían iguales atributos: sol de verdad y de inteligencia, nuevo sol. Celebrábanse sus fiestas en el mismo día; la natividad del uno en el pesebre correspondía á la salida del otro del antro obscuro del monte sagrado, y ambos venían á cumplir el Antiguo Testamento del Asia. Mithra transfiguraba la ley de Zoroastro; Cristo la de Moisés. Nunca se vió sobre la tierra mayor incertidumbre ni rivalidad mejor sostenida hasta el fin. El mundo se decidió, por último, en contra de Persia. Dos veces había ésta intentado ser el apóstol del mundo: en Oriente se encontró con el Dios de la Biblia; en Occidente con el Dios del Evangelio.

Pero aunque vencida, ha dejado por todas partes sus huellas en el culto triunfante: su Ormuzd, que flota como Elohim sobre la Naturaleza entera sin estar en ella encarnado; su arcángeles armados con lanzas de oro, y que con sus escudos cubren al mundo; su Ahrimán, que excepto la eternidad del castigo, presenta todos los caracteres de Satanás; la resurrección de la materia, la imagen del árbol de la vida en el paraíso del mundo naciente, el bautismo en el agua sagrada, ¡cuántos rasgos comunes á la Biblia y al *Zend-Avesta*! ¿Y no son también los dragones convertidos del desierto se-

mejantes á los querubines en presencia del toro, los animales coronados de Persépolis, parecidos á los animales simbólicos de los evangelistas que los han reducido y domado por el milagro del cristianismo? ¿Y no representan, en fin, los reyes magos, que perciben á lo lejos la estrella del Evangelio y van á prosternarse ante el Dios recién nacido, no figuran de la manera más ingenua aquel instinto, aquel presentimiento cristiano y latente en cada uno de los símbolos del paganismo del Irán? La mirra y el incienso que llevaban humeantes del hogar de Agni, de Indra y de Ormuzd, se queman hoy todavía en el hogar del Dios de Belén.

Divinizar el principio del combate basta para conquistar al mundo, pero es demasiado poco para convertirlo. Faltábale á esta doctrina la unidad que la tierra esperaba, pues aunque sobre el combate de Ormuzd y de Ahrimán existía el ser en sí, *Aquerene*, el Eterno, oculto entre las nubes del dogma, invisible, impasible é incomunicable, esta idea, esta unidad misteriosa, desaparecía, por decirlo así, entre el tumulto del universo en lucha consigo mismo. Hacían demasiado ruido las criaturas para que el Creador pudiese hacer llegar su voz hasta ellas, y por eso, mientras el combate dura, aquel Dios soberano, espectador solitario retirado en las alturas del dogma, como Jerjes sobre la montaña en Salamina, había de desaparecer necesariamente de las cosas y de los espíritus. Persia debía también perecer por virtud de la lucha

misma que había instituido, porque aquellos dos eternos combatientes, Ormuzd y Ahrimán, se destruirán mutuamente antes de que sus innumerables defensores puedan parar sus golpes. Las bestias salvajes son los únicos que quedan entre sus adoradores; el día de la reconciliación no ha amanecido; la Naturaleza, lejos de haber sido restaurada, ha sido desfigurada por la cólera del hombre. El mudo desierto ha extendido el silencio de los muertos hasta las mismas ciudades santas donde antes resonaba la palabra. ¿Qué se ha hecho del ideal que sobre todas las cosas flotaba? Mithra, solo, eternamente solo, sin mensajero y desposeído, recorre los cielos del Irán sin poder reanimar nuevamente el imperio de las almas, y Alejandro, los partos y los mahometanos han arrojado al viento, unos en pos de otros, los restos de las cenizas del fuego sagrado. Así es como acabaron las promesas hechas á los magos, quienes, aunque dispersos y arrojados de su propio país, han llevado hasta la India el culto de sus mayores y señalan aún en el siglo XIX las horas con las mismas oraciones que Ciro dirigía al sol levante á la cabeza del imperio de los persas. La aurora naciente llega todos los días con las manos vacías, y lejos de desesperar ellos del redentor, ofrecen constantemente al Oriente el mismo milagro que los judíos al Occidente. Y he aquí en los dos polos del mundo, expulsados del género humano, á los medos y á los hebreos, los señores y los cautivos de Babilonia, los que reían

y los que lloraban bajo los sauces, los magos y los profetas, los convidados y los flagelados de Baltasar, igualmente inmortales, igualmente miserables, igualmente obstinados en resistir, los unos á Cristo, los otros á Mahoma, sin que la enemistad de toda la tierra sea poderosa á reunir dos causas tan formalmente semejantes, que sólo difieren en Dios.

¡Cuánta pena causa el ver desaparecer una religión! Es porque ella constituye en rigor la parte inmortal de los imperios, el alma de las civilizaciones, que les sobrevive en una idea, en un dogma ó menos aún quizás, en un rito ó una imagen que se añade á la profesión de fe del género humano. Causa maravilla el observar hasta qué punto el *Zend-Avesta* de la Bactriana se encuentra mezclado en la poesía mahometana del Ispahan. El Oriente en la Edad Media sutaliza con su pasado, como el Occidente con el suyo. Citaremos un ejemplo tomado de uno de los líricos persas del siglo XVII de la hégira, poeta que se halla separado de Zoroastro por muchos millares de años y por dos religiones que nada absolutamente han dejado en pie de las creencias anteriores, pero en el cual, á pesar de todo, no podemos menos de reconocer desde las primeras palabras el culto antiguo de la luz depurado por el misticismo del Islam:

«Mientras el sol no ha dejado ver su cabeza luminosa, una sola de sus miradas basta para entreabrir el seno del tulipán. Su espada radiante extiende por todas partes la sangre de la aurora.

¡Oh amigo! eleva tus miradas hacia el cielo, y apaga tu sed en el vaso rebosante de la inmortalidad.» Yo exclamé con los ojos apagado por el sueño terrestre: «Aun es de noche. Mientras dura el crepúsculo no se sabe si el día declina ó si el día adelanta. Contemplemos, pues, anticipadamente el sol inmutable de las almas, cuyo brillo resplandece en la figura del sabio.»

El poeta no busca ya en la Naturaleza la fuente increada de la vida y de la palabra, porque en sí mismo la encuentra. Ahora bien; ¿no es esta precisamente la diferencia esencial existente entre el Oriente moderno, entre el *Zend-Avesta* y el *Corán*

II

**La religión del Egipto.—La revelación
por la vida orgánica**

Hay pueblos que nunca, al parecer, han tenido infancia, y de los cuales se creería que fueron formados ya adultos y maduros. Otros son ya viejos al nacer. Lo cierto es que todos ellos tienen siempre la misma edad que sus creencias. Así, al través del Oriente se ven avanzar de civilización en civilización, como por otros tantos grados marcados por el hierofanta, procesiones de dioses cada vez menos nativos y más reflexivos, más sabios, tristes, según que de sus cunas se van alejando, caracteres que comunican á las edades en que viven y á los pueblos en que son adoptados. De este modo llegan por fin á la sociedad egipcia, y allí se detienen inmóviles, como llegados al término de la iniciación oriental. Hijos de la aurora, después de haber cruzado por el espíritu del hombre, acaban por inclinarse á las tinieblas y rodearse del misterio. Un paso más, y tocarán en los límites del sofisma.

Pero ¿qué es lo que puede significar la civiliza-

¡Oh amigo! eleva tus miradas hacia el cielo, y apaga tu sed en el vaso rebosante de la inmortalidad.» Yo exclamé con los ojos apagado por el sueño terrestre: «Aun es de noche. Mientras dura el crepúsculo no se sabe si el día declina ó si el día adelanta. Contemplemos, pues, anticipadamente el sol inmutable de las almas, cuyo brillo resplandece en la figura del sabio.»

El poeta no busca ya en la Naturaleza la fuente increada de la vida y de la palabra, porque en sí mismo la encuentra. Ahora bien; ¿no es esta precisamente la diferencia esencial existente entre el Oriente moderno, entre el *Zend-Avesta* y el *Corán*

II

La religión del Egipto.—La revelación por la vida orgánica

Hay pueblos que nunca, al parecer, han tenido infancia, y de los cuales se creería que fueron formados ya adultos y maduros. Otros son ya viejos al nacer. Lo cierto es que todos ellos tienen siempre la misma edad que sus creencias. Así, al través del Oriente se ven avanzar de civilización en civilización, como por otros tantos grados marcados por el hierofanta, procesiones de dioses cada vez menos nativos y más reflexivos, más sabios, tristes, según que de sus cunas se van alejando, caracteres que comunican á las edades en que viven y á los pueblos en que son adoptados. De este modo llegan por fin á la sociedad egipcia, y allí se detienen inmóviles, como llegados al término de la iniciación oriental. Hijos de la aurora, después de haber cruzado por el espíritu del hombre, acaban por inclinarse á las tinieblas y rodearse del misterio. Un paso más, y tocarán en los límites del sofisma.

Pero ¿qué es lo que puede significar la civiliza-

ción de Egipto, sino una mezcla del genio del África y del Asia, un istmo levantado en el mundo civil entre dos continentes? Como su esfinge, posee doble naturaleza, con la cabeza pensativa del extremo Oriente y el cuerpo poderoso de los leones de la Libia, pues bebe incesantemente en el corazón de la Abisinia y de la Etiopía la vida y los ritos de los trópicos. Allí se encuentra, con el más antiguo templo, el primer vestigio primitivo de aquella sociedad que sale, como el Nilo, de los montes desconocidos del África, despertándose al ruido de las cataratas. Una casta sacerdotal lleva en sus arenas el principio de la vida moral, y de este primer establecimiento en Moroe arrancan ya colonias de sacerdotes y peregrinaciones sagradas, que, siguiendo el curso del río, descienden primero á Tebas, después á Memfis y últimamente al Delta, en cada uno de cuyos sitios elevan santuarios que se convierten en lugares de asilo, comenzando toda ciudad por un templo. En torno de estos santuarios reúnen las tribus del desierto. Estas poblaciones acrecen, como otros tantos afluentes, la ola de las generaciones indígenas: nubios, abisinos, etiopes, árabes, nómadas, todos de origen y color diversos, rojos, blancos, negros, cobrizos y atezados. Esto explica, desde luego, la permanencia de las castas en todas las épocas de esta historia. Durante mucho tiempo las ciudades sin lazos recíprocos forman otros tantos oasis sociales á la entrada del desierto. En este momento de debilidad

es cuando el Egipto se ve sorprendido por la invasión de los pueblos pastores, que amenazan rechazarle hasta la Tebaida; mas estos conquistadores son domados. Constitúyese su unidad nacional con la de un Dios común, sobre el cual se regula su genio, y acaban por tomar insensiblemente las costumbres y por aceptar los destinos y el alma misma del gran río, hasta el punto de sentir deslizarse su vida con el agua desde la Etiopía hasta el mar. Siempre de acuerdo con él, como él una vez llega á desbordarse sobre el mundo en tiempo de Sesostris; pero muy presto vuelve de nuevo á su cauce para nunca más abandonarle. Ocho siglos antes de Jesucristo habíase ya secado.

Aunque no haya sido posible descubrir los himnos de los sacerdotes ni los poemas de Isis, es lo cierto que el velo que encubría el genio del Egipto se ha descubierto en nuestros días, al mismo tiempo que el de la India y la Persia. Mas la Biblia de los Faraones no fué nunca escrita en hojas de palmera, y no parece sino que el continente del África, no representado en el mundo por ningún idioma consagrado y verdaderamente mudo comparado con los otros, no pueda elevarse en parte alguna al milagro de la tradición por la palabra. ¿Quién oyó jamás hablar de una Iliada africana? Es lo cierto que después de haber producido dos civilizaciones, como la egipcia y la cartaginesa, ni un solo monumento perenne dejó en parte alguna de una lengua articulada. El silencio, como si le hu-

biese sido negado el poder de desarrollar libremente la palabra humana, es allí el fundamento de la religión. Á sus dioses cinocéfalos les falta el órgano del lenguaje; su Biblia está formada de piedras, y los caracteres del Antiguo Testamento del África no son otra cosa que obeliscos, pirámides, necrópolis, hipogeos y templos revestidos de letras de granito que, como el libro de Hermes, de cabeza de gavilán, se extienden desde la Nubia hasta el Delta.

Penetremos en uno de estos templos, pues que allí es donde existe el espíritu que ha dado vida á aquel pueblo. Largas avenidas de esfinges con la frente de carnero preceden á la muchedumbre divina; dos obeliscos contienen la dedicatoria y marcan con su sombra el camino del sol Osiris. Salvemos el peristilo, en donde se halla tallada la gran puerta que se abre sobre un corredor adornado de pilares, contra los cuales se apoyan algunos colosos. Los capiteles de las columnas están formados con hojas de palmera sobre la arena humedecida por las lágrimas de Isis; los acres perfumes del desierto se exhalan de aquellos cálices de piedra; vense algunas flores de nenúfar, cuyo germen está oculto en el río sagrado. Más allá de esta vegetación de granito elévase un nuevo peristilo y un nuevo pilar, que conduce á un recinto semejante al primero. Después, en fin, de estas moradas en que se encuentran marcados los progresos de la iniciación, apercíbese ya el santuario. Separado

de la ciudad por calles infranqueables, todo nos dice que esta es la habitación de una casta que nada tiene de común con el resto de la nación más que sus dioses. La luz apenas penetra allí por raras aberturas, y á su dudosa claridad se ve grabada la leyenda del Dios, para cuyas magníficas palabras parece formada esta arquitectura. «Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido y todo lo que será; no ha habido mortal que haya sabido levantar el velo que me cubre. El fruto que llevo es el sol.» Estas inscripciones prestan otras veces voz al monumento mismo gritando las piedras en sus diálogos. He aquí lo que dice al Faraón de Tebas la conductriz del mundo: «Te hemos dado el Egipto, la tierra nutriz.» Y el Dios responde: «Nosotros deseamos que estas piedras sean tan duraderas como el firmamento.» ¿Qué encontramos después de esto, cuando llegamos al fondo del santuario y tocamos el pensamiento mismo del edificio? Colosos sentados, con cabezas de leones, de gavilanes y carneros, y acá y allá momias de cuadrúpedos, de aves y de serpientes. ¿Qué significa, pues, semejante santuario, tan perfectamente acabado, sino el antro en que la Naturaleza misma esboza, conserva y fabrica eternamente los tipos de toda la creación animal?

Y en efecto, lo que distingue al Egipto del Asia es el haber buscado sobre todo la revelación en el milagro de la vida orgánica. El culto del animal: he aquí el signo de la raza de Cam, el rito del

África. Ni la luz ni la palabra podían enseñarle su creencia; una y otra son demasiado sutiles para ella, y su genio inferior tenía que ir á buscar sus rasgos divinos, no en un prodigio social, sino en el corazón del león y el gavilán; ¡liturgia de la inteligencia esclava! ¡primera sanción del *Código negro!* Postrándose el hombre ante el animal, consagra su servidumbre, y en lo que está de su parte hace del África la tierra madre de la esclavitud, porque además de estos simulacros, existían en el recinto de los templos verdaderos dioses vivos, cocodrilos adornados con pendientes en las orejas y con brazaletes de oro; leones cubiertos de bordados tapices y ante los cuales humeaba el incienso; perros que aullaban en las procesiones; serpientes alimentadas en los santuarios. ¿Y no vemos en nuestros mismos días á los africanos, desde la Libia hasta el Senegal, adorar los principales animales de sus desiertos? Hijas de esta raza, las tribus que insensiblemente formaron las castas inferiores del Egipto llevaron consigo unas en pos de otras á sus dioses, que aullaban, rugían, graznaban y á los que habían conocido en la soledad; y cuando estuvieron reunidas, el sacerdocio, que las constituyó en sociedad regular, adoptó todas aquellas divinidades de origen africano. Más tarde este culto fué elevado por la civilización que, sin renegar del instinto popular, lo levantó hasta el ideal de donde nació la esfinge. Al formarle, el Asia puso la corona de la inteligencia sobre la frente del África.

Amor, terror, adoración de la vida en todas las cosas, ardor, potencia, embriaguez de la bestia salvaje, en aquel instante mismo en que la naturaleza de los trópicos rugía en torno de la sociedad naciente, en que el alma carnal del África penetraba toda en la civilización de los Faraones, en que el fermento de los desiertos desconocidos hervía en el corazón de las ciudades y en que el eco de la patria de los monstruos estallaba por la voz de Osiris! Sería necesario, para explicar el principio de estos ritos, descubrir el cuadro de la vida orgánica en la época en que comenzaron, porque hoy estamos más bien acostumbrados á hollar con nuestros pies la raza de los animales; hoy están domados, subyugados, encadenados, cuando entonces eran los señores, que no habían sentido ni el freno ni el aguijón, que poseían aún su libertad, su fuerza y su fiereza pristinas.

¡Qué maravilla para el hombre nuevo! La vida germina y hormiguea bajo sus pasos. En el seno de una naturaleza violenta, que engendra y crea con furor, hállase sumergido, por decirlo así, en un prodigio perpetuo, y no puede dar un paso sin tropezar con un milagro. Todo se agita, murmura y fermenta, desde la flor acuática, que germina en el misterio, hasta el escarabajo, que parece una flor viviente. Dondequiera que vuelve sus ojos, descubre mil seres sin padres conocidos ni predecesores; polvo sagrado que se fecunda á sí mismo. Pero al fin encuentra en la soledad un ser más

poderoso que él, una inteligencia que prevé y conoce lo que él ignora, una serpiente, un águila, un gavián, que reinan sin rivales en una gran porción del desierto y cuyos movimientos y costumbres son tan regulares como los de los astros mismos. Son además mudos, lo cual aumenta el misterio, porque no puede preguntáries. Piensa que poseen una ciencia secreta, porque presienten el cambio de las estaciones, y siguen con toda seguridad en sus emigraciones caminos nunca trazados. Ya rugen, y como si su voz fuese la de la Naturaleza misma, todo calla en torno de ellos; ya quedan inmóviles como los jeroglíficos vivientes de la creación, cuyos secretos sólo ellos poseen. ¡Cuántas profecías pendientes de sus pasos! El más infimo sabe por lo regular tanto como el más grande. ¿Y acaso el humilde escarabajo, al vestirse con su túnica de oro, no indica la vuelta de la estación fecunda? ¿No marcha el ibis como un hierofante delante de las ondas del Nilo mostrándoles el camino? ¿No es el terrible cinocéfalo, imitador del hombre, errante lejos de las ciudades y cuya cabellera semeja la de las momias, el primogénito de la primera noche? Por otra parte, cuando el hombre llega á la tierra desnudo, hállala ya ocupada por soberanos legítimos, que le disputan el trono del mundo, pues de generación en generación el león ha venido siendo el rey del desierto, el cocodrilo de los ríos, el águila del cielo. ¿Qué viene á hacer este pretendiente de la vispera, dónde tiene sus títulos? Sin duda que

el esclavo encorvado bajo su trabajo envidió más de una vez las alas del pájaro (1) ó los pies del caballo del desierto, para sustraerse á su servidumbre hereditaria, y cuando al levantar su cabeza hacia las pirámides, obra de sus manos, veía al gavián de la Nubia descender cual soberano sobre su cima como á su natural morada, no estaría lejos de mirarle como el mensajero viviente de la inteligencia alada que flotaba sobre su cabeza. Olvidemos por un instante nuestra civilización y el cristianismo, y podremos adivinar hasta qué punto el prodigio permanente de la naturaleza viva en medio de la naturaleza muerta debió sorprender, maravillar y transportar al hombre *desnudo aun de cuerpo y espíritu*, ante la presencia de ciertos animales, que él juzgaba dioses ó reyes de los demás. Y aun en medio mismo del último siglo, ¿no encontramos un gran hombre, Buffón, que por la fuerza del genio supo hallar en el fondo de su ser algo de estas impresiones del hombre naciente? ¿No ha prestado por ventura cierta majestad sorprendente, una especie de realeza, en sus descripciones del león, del águila, del elefante, á estos grandes representantes de la naturaleza animal? ¿No se ve el hombre frecuentemente sobrepujado y como destronado en estas pinturas por aquellos reyes de la soledad, que parecen los únicos libres

(1) Es el mismo sentimiento que hemos visto expresado tantas veces en los cantos populares de China.

é independientes en medio del servilismo de la sociedad civil?

Figurémonos, no al hombre de genio auxiliado con la experiencia de todo el pasado, sino al hombre perdido en el desierto de la Naturaleza, en el origen mismo de la creación, y advertiremos que no puede contentarse tan sólo con el lenguaje poético, sino que tiene necesidad de atribuir un no sé qué de sagrado á aquellos soberanos de la creación animal. La serpiente misteriosa se deslizará, como el río sagrado, al través del gran valle, ó replegándose sobre sí misma, formará el anillo eterno; el carnero de Júpiter Ammón guiará el rebaño de las criaturas, y tendrá consagradas en el cielo como en la tierra constelaciones vivientes; las ciudades del león, del chacal, del cocodrilo, se extenderán hasta los umbrales de la Nubia, y todo el genio de la indómita África fermentará y mugirá en el seno de su Isis. Porque comprendemos que el hombre haya podido adorar al animal, pero no nos parece tan claro que haya nunca adorado al hombre: ídolo por ídolo, cuando quiso rebajarse prefirió divinizar al carnero ó al escarabajo, mejor que al gran rey de Persia, del Egipto ó de la India.

Tal es el elemento indígena del culto del Egipto: ritual del esclavo, por el que aquella sociedad lleva el estigma del África. Pero el sacerdocio egipcio, que construía los templos y emancipaba este continente, no podía contentarse con aquellas liturgias del desierto, y añadióles un sentido pro-

fundo, coronando con un sistema dogmático aquellas creencias populares. La génesis egipcia, tantas veces comparada con la hebraica, difiere de ésta sobre todo en que cada jornada responde á una encarnación particular, constituyendo así tantas dinastías divinas como épocas en la creación. Júpiter Ammón, el ser no revelado y eternamente insondable, el carnero azul de color de cielo, aparece el primero; después viene su esposa misteriosa, Athor, la *Señora de la Nubia*, que teje eternamente su velo de tinieblas, la madre que tiene en su regazo, que alimenta con su leche al Dios infante, manifestado, revelado, encarnado en la figura del mundo naciente, y con el que se completa la familia eterna. Esta primitiva trinidad, encarnándose una y otra vez bajo diversos nombres en el universo real, se muestra en todo el valle del Nilo, habitando todos sus templos y constituyendo así el principio común del dogma egipcio en medio de todas las variedades de las creencias locales. Como en una monstruosa Belén, hállase en todos los santuarios esta misma familia: el padre bajo los nombres diversos de Ammón, Osiris, Knef; la esposa, la nutriz, la madre, con los de Mouth, Isis, Neith, y el Dios naciente, el Verbo encarnado de esta teología africana, con los de Orus, Khons, Malouli, el niño sagrado que aun tiene el dedo en la boca. En torno de la monstruosa familia gira siempre su enemigo Tifón, el Satanás egipcio, el espíritu de la muerte, aquel cuyo soplo emponzoñado obscure-

ce la luz y envenena las aguas santas. Añádese á esto que el dogma común á todo el Oriente es vaciado aquí en el molde del valle de Egipto, pues era natural que el Dios encarnase para los egipcios bajo la doble figura del sol y del río, en cuyas aguas se mira, aguas misteriosas que traen y retiran la vida; Mesías esperado todos los años en el Antiguo Testamento de este mundo conmovido. Llega, y su esposa la tierra se cubre de flores y de frutos; se retira, y todo muere. ¿De dónde salen sus ondas luminosas? Nadie lo sabe; nadie ha visto la misteriosa fuente, y quizá broten de los mismos pechos de la tenebrosa Athor. Pero su vuelta está fijada por periodos inmutables, y no es preciso más para atribuirle en este sentido una sabiduría, una bondad y una virtud soberanas. Y si el salvaje de América cree oír la voz del gran Espíritu en la voz de las cataratas del Niágara, ¿cómo no había de creer también oírlo el pueblo egipcio en la de aquel río que se desliza al través de la sombra de las columnas y de los eternos obeliscos sembrados como otras tantas plantas sagradas á lo largo de sus riberas? Teología y poesía nacidas junto á las ondas, el sol y el río, el cielo y el agua, el firmamento y la tierra, parecen mirarse en ellas y confundirse en todos y cada uno de sus emblemas. El cielo aparece como un río luminoso, como un Nilo etéreo, que desliza sus ondas en las cataratas del firmamento; los astros navegan en barquillas de oro remolcadas por los genios de la Nubia; Hermes-

Piloto sondea el abismo y guía el timón del bajel del universo, dirigiéndole al través de los escollos, mientras las almas de los reyes corren á su encuentro desde las dos pendientes del abismo.

Naturalmente, el Dios ha de reproducir en su vida todas las vicisitudes del sol y del río, de modo que cada año renace, crece rápidamente y acaba por estallar y desbordar en los espíritus hasta el momento en que, después de haberse manifestado en todo su poder, comienza á ocultarse bajo la arena. Pero es el caso que al paso que el río se retira, palidece también el sol, y hasta la Naturaleza entera, por misterioso dolor herida, se cubre de duelo, apareciendo tanto más desolada en su corto invierno cuanto más espléndida se muestra en aquellos climas del Mediodía. Todo huye ó muere; desaparece el ave sagrada; el escarabajo mismo se hace invisible. Y es que el Dios está herido, se muere en todas las cosas, dejando su sangre de circular en las venas de las plantas secas y marchitas. Desaparecen los murmullos, los enjambres y el movimiento de la vida; desaparece aquella embriaguez sagrada que momentos antes penetraba en toda la tierra. ¿Ni cómo dejar de reconocer en esta languidez, sobre la faz del mundo extendida, la palidez del Dios moribundo? Sin duda Tifón, el Dios del mal, ha secado con su soplo la fuente viva de la luz, y como todo se hallaba fundado en el prodigio permanente de la vida orgánica, la fe misma estaba amenazada cuando este milagro, esta

revelación, disminuía y desaparecía. Inmensa y furiosa queja elevábase del seno de aquel pueblo privado por un momento de su fiesta favorita, y el Egipto entero, á imitación de su Dios, postrábase en su valle como en su tumba. Golpeábanse el pecho los sacerdotes; lastimosas peregrinaciones iban de ciudad en ciudad; por todas partes no se oían sino voces que gritaban: «¡El Dios ha muerto!» ¿Y qué significa todo esto, sino que el hombre, adorador exclusivo de la Naturaleza, llenábase de terror al verla estremecerse y morir? Sentía que su ídolo se le escapaba, y no sabía á quién quejarse, quedándole sólo celebrar la agonía y pasión de aquella divinidad expirante que convertía el universo entero en un Gólgota, y esto es lo que mejor muestra la profundidad de las creencias egipcias. Esta sociedad había celebrado, como todas, el aniversario de la creación, pero mejor y más claramente que ninguna había visto deslizarse como agua corriente la figura de aquel mundo brotado de la urna de Osiris. Por eso también elegía como los monumentos más propios para representarle los monumentos de la muerte, pues las pirámides, además de estar hechas verdaderamente para el desierto, conformes en un todo con él, desnudas como él y como él vacías, sin salidas, sin esculturas, sin inscripciones y sin imágenes de vida, no podían haber sido otra cosa en su origen sino sepulcros de los dioses.

Finalmente, de esta misma inestabilidad del Dios sacó el Egipto en parte su grandeza y originalidad,

pues el hombre supo aprovecharse de ella para reconocer su valor y su puesto en el sol: comenzó á estimarse en algo en esos momentos de sorpresa, en esos desfallecimientos del Eterno. Así, en vez de dejarse absorber como en la India por su ídolo, trató frecuentemente de rivalizar con él, y la virtud del Egipto consiste precisamente en haber sabido acomodar el sentimiento naciente de la personalidad con el panteísmo del resto del Oriente. Hasta en la arquitectura se manifiesta semejante alianza. Así, los Faraones elevan ante los templos sus colosos y se sientan tranquilamente para toda la eternidad en medio de la trinidad oculta en el santuario, inscribiendo sus nombres, sin temer que fuesen eclipsados en el árbol sagrado del palacio del sol. Así también, los recuerdos de la vida política, las batallas y los triunfos del hombre tienen lugar propio en la casa de los dioses, como si por la primera vez se ensayasen en realizar su apoteosis; á todo lo cual debe añadirse la idea de la religión de los muertos, que es la confirmación evidente de aquella apoteosis. ¡Cuántos esfuerzos para prolongar la duración del ser hechos por aquellas naciones embalsamadas! Apenas llegaban al trono los Faraones comenzaban á hacerse tallar anticipadamente su sepulcro por las manos de todo un pueblo, de modo que el reinado de aquellos grandes sepultureros puede medirse exactamente por la profundidad de sus tumbas. Esto que hacían los reyes era á su vez imitado hasta por los más ínfimos

artesanos. Pero ¿por qué esta manía de tantas generaciones? ¿Cómo explicar aquel afán de grabar, esculpir y pintar en colores inmortales alrededor de la momia todos los detalles de los recuerdos domésticos, sino viendo en esta ocupación un esfuerzo inmenso para salvar y aislar la vida privada en medio de la vida universal? Los demás pueblos, quemando sus despojos ó entregándolos á la voracidad de los vientos ó á las aves de rapina, dejaban exhalar y confundirse en el gran todo el espíritu de sus individuos, pero el egipcio quería conservar á toda costa su cuerpo, mansión de su alma, como un vestigio de la individualidad en el reino de la muerte, que debía renacer con sus dioses. Él lo sabía, y por eso anticipadamente construía para la eternidad. Si el templo se arruina, vuelve á levantarle sobre la misma área y según idéntico modelo para abrigar á las generaciones resucitadas, pues que todas las momias, tanto de hombre como de serpiente, león ó ibis, han de reunirse un día en el Josafat del paganismo. El Dios Atmou pesa individualmente, contra una pluma en un platillo de bronce, todas las almas, para evitar mejor la confusión. Si son muy ligeras son arrojadas á los antros infernales, cuyas huellas, primera forma de las visiones del Dante y Miguel Ángel, han conservado las esculturas de Tebas; pero si su peso es justo, son enviadas á bañarse en el Nilo celeste y á coger los frutos del árbol de la vida, é imitando con sus misteriosas emigraciones las del sol durante las

tinieblas, atraviesan guiadas por Hermes al laberinto de las formas, hasta venir á resucitar con el sol eterno en la inmaculada aurora de Ammón.

Si no es posible hallar en estas religiones ni la metafísica de la India ni la magnificencia de la Persia, es lo cierto que el Egipto aventaja á estos dos pueblos por el instinto precoz de la individualidad, que constituye su capital progreso sobre el resto del Asia y que hace de él con la Judea, bajo el punto de vista moral, el Occidente del Oriente. Este principio de fe en la personalidad humana es el que le conservó siempre igual y aun superior á sus conquistadores, ninguno de los cuales pudo variar en lo más mínimo su culto, siendo él, al contrario, quien les impuso sus dogmas. Sólo al cristianismo cedieron éstos, sólo esta religión pudo descomponer aquella civilización de granito, porque el sentimiento profundo de la inestabilidad del mundo visible, el culto de la muerte, la pasión de Osiris sobre el calvario africano, las leyendas escritas por Hermes en el árbol de la vida habían preparado á aquel pueblo, más que á otro alguno del mundo, á recibir la nueva de la vida espiritual y de la inmortalidad cristiana. Ya desde su origen celebraba el Egipto todos los años la pasión de la naturaleza encerrada en el sepulcro del desierto, luego también su natividad y su resurrección en las pascuas paganas. Ni ¿cómo no habría tenido un eco la voz del ángel de la resurrección en aquel inmenso reino de la muerte, en que tantas genera-

ciones indestructibles habían sido depositadas en expectativa del más leve signo para renacer? ¿Cómo aquella trinidad palpitante, que cada templo encerraba, no había de conmoverse y convertirse muy pronto en la trinidad invisible del nuevo culto? Así á la primera nueva de Cristo, la negra madona de Tebas, detestando su horrible criatura, tiende sus pechos al niño de Belén; el gavilán del templo de Nubia con sus alas desplegadas, símbolo carnívoro del Espíritu Santo del África, se transforma en la paloma de Judea, y el sacerdocio egipcio, que hasta entonces se había conservado incólume contra los demás cultos, cede ahora sin defenderse, se retira y desaparece de tal suerte, que hoy es casi imposible hallar el menor rastro de sus últimos instantes. En su lugar surgen súbitamente los solitarios cristianos de la Tebaida; las tumbas de las dinastías tebanas, las necrópolis, las arruinadas ciudades de Rhamsés, se pueblan de ermitaños, anacoretas, cenobitas, que con sus pensamientos purifican el valle de los ídolos, convierten los lobos, las ibis, las serpientes, y abren la ciega pupila de los leoncillos. Antonio del desierto, Pablo de Tebas, Atanasio, aparecen en el umbral de los templos, como si al acercarse ellos toda una civilización se hubiera desvanecido. ¿Y hemos de maravillarnos si en aquella morada los espíritus de estos hombres son asaltados de terribles visiones, si conversan con los centauros, si atroces combates se libran en sus grandes almas, cuando en torno

suyo surgen aún en los bajorrelieves de los templos desposeídos los dioses con cara de lobos y de leones, y en todo el valle encuentran sus miradas las insignias vivas, los mensajeros, los triunfos de la naturaleza enervante de los trópicos? En estas luchas interiores es donde acaba de morir la religión egipcia. Pasan algunos años, y pronto no quedan más que los santuarios perdidos en los océanos de arena; los centauros aterrados muestran, al desaparecer, con su mano (1) el camino de sus grutas abandonadas á unos hombres saludados con el nombre de santos, porque, despreciando los símbolos de la materia domada, conquistaron para siempre la corona del espíritu. El Egipto antiguo ha muerto; el Egipto moderno comienza. Al templo ha sucedido el monasterio.

Se acusa á estos solitarios de haber dado la señal de la disolución social al apartarse del mundo; yo advierto, por el contrario, que nada estaba menos tranquilo ni más poblado que su soledad, pues que tenían en todas partes por compañero al infinito. La idea que les llevaba á los lugares más salvajes no era un espíritu de destrucción, sino más bien el deseo de volver á encontrar, en lugar de una sociedad muerta, el tipo de toda sociedad viva, de toda alianza, en una comunión renovada con Dios. Reanudaban con él el contrato social

(1) Véase esta bella leyenda referida por San Jerónimo. (Edit. Collombet, t. VI, pág. 12.)

que acababa de romperse. Mientras la ciudad humana se desplomaba, recibían ellos en la contemplación de la ciudad eterna el espíritu de las leyes que debía reedificar las abatidas murallas; hasta puede decirse con exactitud que en aquel tiempo el genio del aislamiento estaba en la plaza pública y el principio de la sociedad en la ermita. El alma del mundo civil soplabá desde el fondo de las soledades, lo que me inclina á pensar que el comienzo de toda sociedad se señala siempre por un recogimiento parecido del hombre, que va á buscar su ley en el libro del desierto. Moisés en el Sinaí, Zoroastro sobre el Bordj, Manú en la orilla del Ganges, Orfeo en la Tracia, ¿son por ventura otra cosa que los anacoretas del mundo naciente, como Antonio, Pablo, Atanasio, son los anacoretas del mundo renovado?

III

El principio religioso en Babilonia y en Fenicia.—El sentimiento de lo infinito en el amor pagano.

Desde la primera aurora que los pastores del Alta Asia invocaban en sus himnos del *Rig-Veda*, todo, hasta los mismos cielos, ha cambiado, y sin embargo, aquel mismo culto aparece ahora en medio de la Caldea, sin otras diferencias que las propias de un pueblo ya civil y educado por la experiencia. Babilonia ha heredado la religión de los pastores del Alta Asia. En este intervalo, lo que era inspiración ha pasado á ser ciencia, observación, cálculo. Ya no se atrae á los astros naciéntes con la promesa de una ofrenda de leche, pero se les levantan grandes templos en medio de ciudades construídas según el plan de la ciudad celeste. En la cima de estos templos, formados de torres superpuestas, dispónese para el sueño de los sacerdotes, en vez de toscas esteras, un lecho de oro, y durante las evocaciones van á terminar allí, sobre la púrpura, sus sueños en las constelaciones. Los astros caprichosos, que se elevaban y descendían

que acababa de romperse. Mientras la ciudad humana se desplomaba, recibían ellos en la contemplación de la ciudad eterna el espíritu de las leyes que debía reedificar las abatidas murallas; hasta puede decirse con exactitud que en aquel tiempo el genio del aislamiento estaba en la plaza pública y el principio de la sociedad en la ermita. El alma del mundo civil soplabá desde el fondo de las soledades, lo que me inclina á pensar que el comienzo de toda sociedad se señala siempre por un recogimiento parecido del hombre, que va á buscar su ley en el libro del desierto. Moisés en el Sinaí, Zoroastro sobre el Bordj, Manú en la orilla del Ganges, Orfeo en la Tracia, ¿son por ventura otra cosa que los anacoretas del mundo naciente, como Antonio, Pablo, Atanasio, son los anacoretas del mundo renovado?

III

El principio religioso en Babilonia y en Fenicia.—El sentimiento de lo infinito en el amor pagano.

Desde la primera aurora que los pastores del Alta Asia invocaban en sus himnos del *Rig-Veda*, todo, hasta los mismos cielos, ha cambiado, y sin embargo, aquel mismo culto aparece ahora en medio de la Caldea, sin otras diferencias que las propias de un pueblo ya civil y educado por la experiencia. Babilonia ha heredado la religión de los pastores del Alta Asia. En este intervalo, lo que era inspiración ha pasado á ser ciencia, observación, cálculo. Ya no se atrae á los astros naciéntes con la promesa de una ofrenda de leche, pero se les levantan grandes templos en medio de ciudades construídas según el plan de la ciudad celeste. En la cima de estos templos, formados de torres superpuestas, dispónese para el sueño de los sacerdotes, en vez de toscas esteras, un lecho de oro, y durante las evocaciones van á terminar allí, sobre la púrpura, sus sueños en las constelaciones. Los astros caprichosos, que se elevaban y descendían

en sus carros al compás de los himnos, quedan sujetos en adelante á una marcha regular. Su rumbo está señalado, y en vez de vivir solitarios, forman ya una sociedad brillante que tiene su jerarquía, sus sátrapas, su déspota. Combinaseles, se les apareja entre sí, formando constelaciones vivientes, idolos luminosos, que derraman el bien y el mal en la tierra. Á medida que el hombre, cansado de emigraciones, se ha fijado en un domicilio, ha hecho entrar también las estrellas en sus moradas sagradas. Las doce casas del Zodiaco se abren para recibir los doce dioses, y á sus umbrales van á beber en las fuentes de la Via Láctea los animales celestes. La serpiente, el pez, el perro, el escorpión, hallan su primer asilo en el puro cielo del Asia. Intérpretes de la luz invisible, los planetas errantes muestran el porvenir, mientras que debajo de ellos están las treinta estrellas *consejeras*, cada una de las cuales tiene su color, su voluntad, su genio. Más allá de los astros de los vivos habitan los astros fríos, que únicamente los muertos pueden contemplar, y para regir este reino celeste surge de nuevo, con el nombre de Bel, el sol Indra-Aries, conductor de rebaños. El hombre no pide ya sólo á los astros indulgentes la hierba de cada día para la vaca ó el caballo; otros cuidados le asedian; el día de mañana empieza á inquietarle; deja el cántico por la astrología.

Vemos por todos estos rasgos que el culto de Babilonia no es más que un rito particular del

culto de la luz primitiva; sólo que, representándola encarnada en la figura de los astros, encerrándola en la órbita de los cuerpos visibles, consagraba la adoración de las imágenes en los templos, lo cual formaba un contraste notable con el genio tan espiritual del *Zend-Avesta*, verdadero protestantismo en el seno de la gran iglesia pagana, de donde nacieron las guerras de religión entre la Asiria y la Persia. Á esto debe añadirse que en el espíritu de los patriarcas de la India y del Asia, los dioses nutridos con leche no tenían sino pensamientos infantiles. Despertarse durante la noche para calentarse en el hogar de los pastores, aguijonear las ciervas uncidas á sus carros, hartarse con las ofrendas de miel, constituía su felicidad suprema, sin que, por otra parte, existiese entre ellos ningún lazo, comercio ni sentimiento común. No estaban aún señalados la diferencia y los instintos de los sexos, mientras que al encontrarse ahora este mismo culto en la Caldea, diríase que, en el intervalo, los dioses niños habían llegado con la misma naturaleza á la edad de la pubertad. El deseo ha nacido, se ha desarrollado en el seno del Señor, cualquiera que sea su nombre, Bel, Baal ó Adonai, y la tierra, insinuándose el amor divino en el mundo, [®]hase despojado de su túnica de inocencia. Al mismo tiempo, el universo, que en los primeros Vedas no tenía, por decirlo así, ninguna expresión distinta, animase y se llena de pensamientos ardientes. Las estrellas,

que al eco de los himnos se levantaban sin deseos, lanzan ahora rayos inteligentes sobre la faz de las cosas, y en vez de la antigua noche, adormecida bajo los helados fulgores de los Gemelos ó los Asvins, la noche amorosa implora ahora las caricias del día. La tibia aurora del *Rig-Veda*, sin perfume, sin alma, hase trocado en una virgen núbil que codicia á su eterno amante; su seno se hincha con la curva de las nubes y las montañas; de su cintura desnuda caen las mieses maduras. ¿Qué más? La infancia del mundo ha pasado, y la ardiente juventud se anuncia por el grito de voluptuosidad que se escapa de Babilonia. En ardientes ritos, donde se ostentan los misterios de la generación y la maternidad, la gran cortesana de los mundos, la Naturaleza desplegada, celebra sus desposorios con el señor Sol. Sentada sobre un león de pelos erizados, con una diadema de torres sobre su cabeza y en el cuello pedrerías que brillan con la luz de las estrellas, precipitase aquí y allá, sembrando por todas partes en la madurez de la vida la cruel voluptuosidad que la devora. Llevada por las caravanas, su camino se abre por el comercio. En la extremidad de todas las grandes vías de comunicación elévase su templo, de modo que todos los senderos parecen conducir á ella. Dondequiera que se establece una industria, se encuentra á la enamorada con el inmortal amante: Mylita y Thammuz en Babilonia; Astarté y Adonis en Fenicia y Cartago; Cibeles y Attis en Frigia; siempre el mismo

par, el matrimonio del cielo y de la tierra, la fiesta de la concepción de la madre de todas las cosas al acercarse el verano; siempre el mismo duelo, los mismos trances para el sol, perdido y devorado por el diente de los inviernos y vuelto á encontrar en la primavera; siempre el Dios muerto, sepultado en el sepulcro y resucitado de su Calvario en las pascuas desenfundadas. El mismo comercio suntuario de los babilonios, extendiendo por todas partes las pedrerías, las perlas del golfo Pérsico, los perfumes é inciensos de Arabia, los tapices de la Caldea, *más dulces que el sueño*, era una especie de rito religioso que adornaba el seno de la tierra. ¿Qué hacían los fenicios cuando despleaban de ribera en ribera la púrpura de Tiro? Embellecían el manto de la gran madre de las montañas, y las industriosas ciudades, Tiro, Sidón, Cartago, Esmirna, al borde de la mar sentadas, eran otras tantas *esclavas* constantemente ocupadas en adornar, restaurar y bordar los pliegues de la túnica de la desposada, que ocultaba en la nube su frente cargada de almenas; de suerte que, bajo muchos aspectos, las artes industriales no eran más que una consecuencia del culto. Por otra parte, en Babilonia, en el corazón mismo del Oriente, fué donde aquella diosa satisfizo sin cesar sus insaciables ardores, abrazando en su vasto regazo todas las sociedades del Asia Occidental. Á todas comunicó el mismo espíritu; enlazó á la Caldea, la Fenicia, la Frigia, la Lidia, el Canaán, pudiendo decirse que

las consumió con sus abrazos, hasta que no quedó de ellas más que sus nombres.

Representada así la Divinidad en su aspecto femenino, era natural que emancipase bajo muchos aspectos la condición de las mujeres. Mientras en todas partes hilaban obscuramente en el fondo de los gineceos, gozaban aquí de horrible libertad bajo el manto de la diosa. En los mismos lugares donde el mahometismo las ha privado en cierto modo de la vida civil, aparecían sobre sus tronos Semiramis, Dido, Stratonice, Atalia, Artemisa, Cleopatra, como la imagen triunfante de la eterna Astarté. Coro de Ménades reales que, heridas por punzante aguijón, prosiguen la carrera desenfundada de la Madona del panteísmo.

No otra cosa hacía tan fácil la pendiente á la idolatría en la Judea. Estoy persuadido de que Salomón y los reyes de Israel y de Samaria, al asociar á Jehová la Venus oriental, creían completar, consumir en él la Divinidad más bien que destruirla; afeminaban su culto, no renegaban de él; le llevaban á su templo su compañera, la esperada esposa. Era una alianza ofrecida á Jehová para salir de la eterna viudez, con tanto más motivo cuanto que la diosa fenicia hablaba la misma lengua que él, era luz como él; que descendiente de la Caldea, tenía su mismo origen; que en medio del ejército de los cielos, parecía bajo muchos aspectos el reflejo del antiguo astro de Jacob, y que así todo lo explicaba, consagraba á los ojos de los

sentidos sus desposorios. Pero el Dios de José rechazó obstinadamente á la celeste Putifar, porque no debía de tener otra esposa que la Iglesia mística de la Edad Media.

He aquí cómo, después de haber agotado todos los sentimientos de la infancia, terror, respeto, admiración, entrégase ahora el hombre á un amor delirante por lo infinito bajo la forma de la Naturaleza. No es posible negarlo. Esto no es ya una creencia nutrida de leche y miel, sino la bebida de Fedro; son las señales del deseo desencadenado por la *virgen loca*, que en todas las cosas vive y respira. Con frecuencia se cansa el hombre de no abrazar más que los fríos miembros de la diosa de oro ó plata en el fondo del santuario; quisiera poseer la diosa misma palpitante en su carne mortal. Con la mirada extraviada, presa del vértigo, precipítase fuera del templo, cuya estrechez le ahoga; recorre los sitios salvajes, donde forma coros de Coribantes, Curetas y Dáctilos, que de retiro en retiro buscan la grande abuela de las montañas, eternamente madre, eternamente virgen. Al son de los tambores y de la flauta frigia, corre al fondo de las cavernas, con una antorcha ardiendo en la mano, para ver si está allí la diosa dormida. Embriagado en todas partes con sus emanaciones, respira de cerca sus perfumes en la cabellera de los bosques sagrados, y cree sentir bajo las palpitaciones del seno de la Matrona de las selvas. Elévase sobre las cimas, descendiendo al fondo de los gol-

fos, gritando: «¡Evohe! ¡Evohe!» Luego, cuando el suspiro de los océanos le responde, á la voluptuosidad se mezcla la desesperación de no poder tocar aquel infinito engañoso. Agota la copa de la orgía: su sed se acrece aún; desgárrase con sus manos, y sellando su cuerpo con terribles estigmas, sigue siempre á la gran Madona amorosa que siempre se oculta allá en el horizonte sobre su carro tirado por rugientes leones. Percibe sobre el rocío encendido las huellas de las ruedas; aproxímase; se obstina, hasta que jadeante, extraviado, no sabiendo ya á qué lado volverse para abrazar á la amante, la ve un día subir á los purísimos cielos de la Siria bajo la figura de la Virgen inmaculada del cristianismo; porque era preciso que el hombre hubiese recorrido con su antorcha todo el recinto de la materia y de los cuerpos, antes de consentir en buscar definitivamente su dicha, más allá del universo visible, en un amor más insaciable que el amor de las Ménades.

LIBRO QUINTO

LA RELIGIÓN HEBRAICA

I

Jehová.—La revelación por el desierto

Hasta aquí hemos visto, bajo la máscara monstruosa del paganismo, el espíritu de la tradición universal; abramos ahora el libro que encierra cuanto de vital hay en todos los del Asia, que los reúne todos y todos á la vez los contradice, consagrándolos y aboliéndolos á un mismo tiempo. En esto consiste, bajo el punto de vista humano, el milagro más visiblemente escrito en cada página de la Biblia. Por un lado, recoge lo más puro de la substancia del Oriente, por otro señala el fin de su reinado. Corónalo y lo maldice á un tiempo, y como, sobre todo, lo comprendía, hállase penetrado de la idea viviente de Dios, que bebe en cada una de las fuentes santas del naciente mundo.

De medio siglo acá, el texto del Antiguo Testamento ha sido examinado más que nunca. Alemania se encargó de esa tarea. El espíritu del hombre

fos, gritando: «¡Evohe! ¡Evohe!» Luego, cuando el suspiro de los océanos le responde, á la voluptuosidad se mezcla la desesperación de no poder tocar aquel infinito engañoso. Agota la copa de la orgía: su sed se acrece aún; desgárrase con sus manos, y sellando su cuerpo con terribles estigmas, sigue siempre á la gran Madona amorosa que siempre se oculta allá en el horizonte sobre su carro tirado por rugientes leones. Percibe sobre el rocío encendido las huellas de las ruedas; aproxímase; se obstina, hasta que jadeante, extraviado, no sabiendo ya á qué lado volverse para abrazar á la amante, la ve un día subir á los purísimos cielos de la Siria bajo la figura de la Virgen inmaculada del cristianismo; porque era preciso que el hombre hubiese recorrido con su antorcha todo el recinto de la materia y de los cuerpos, antes de consentir en buscar definitivamente su dicha, más allá del universo visible, en un amor más insaciable que el amor de las Ménades.

LIBRO QUINTO

LA RELIGIÓN HEBRAICA

I

Jehová.—La revelación por el desierto

Hasta aquí hemos visto, bajo la máscara monstruosa del paganismo, el espíritu de la tradición universal; abramos ahora el libro que encierra cuanto de vital hay en todos los del Asia, que los reúne todos y todos á la vez los contradice, consagrándolos y aboliéndolos á un mismo tiempo. En esto consiste, bajo el punto de vista humano, el milagro más visiblemente escrito en cada página de la Biblia. Por un lado, recoge lo más puro de la substancia del Oriente, por otro señala el fin de su reinado. Corónalo y lo maldice á un tiempo, y como, sobre todo, lo comprendía, hállase penetrado de la idea viviente de Dios, que bebe en cada una de las fuentes santas del naciente mundo.

De medio siglo acá, el texto del Antiguo Testamento ha sido examinado más que nunca. Alemania se encargó de esa tarea. El espíritu del hombre

quiere, al fin, ver claro en el libro de Dios. Vuelve á tomarlo; pesa ahora cada sílaba; se empeña en este juego de azar: nunca se dió tan rudo asalto á la letra. ¿Y qué resulta de aquí? Si sólo las apariencias se consultan, todo queda irrevocablemente trastornado por los descubrimientos de la crítica, no pudiendo menos de confesarlo la misma ortodoxia; pero si después de esta primera ilusión se examinan los resultados, se los encuentra mezclados con tantas conjeturas é hipótesis, que se desespera de poder fundar nada sobre esta base. ¿Está perfectamente demostrado que sólo los cánticos del *Pentateuco* datan del tiempo de Moisés, que la narración entera de los cinco primeros libros de la Biblia es la obra sucesiva y anónima del sacerdocio; que, por otra parte, en vez de un cuerpo de tradiciones, no contienen más que alegorías, fábulas morales, una *Iliada* simbólica? ¿Es cierto que la historia no comienza á apuntar sino con el libro de los *Jueces* y el personaje Samuel; que el *Génesis*, formado de dos monumentos de diverso origen, es posterior al tiempo de la cautividad; que la mayor parte de los salmos nada tiene que ver con David; que la mitad de *Isaías*, todo el libro de *Josué*, los de *Daniel*, *Esther*, *Esdras*, *Nehemías*, *Job*, *Ruth* y los *Proverbios* son apócrifos? Sustituyendo en todas partes las personas con la acción vaga del tiempo, aboliendo todo nombre particular, ¿se ha considerado bastante que este sistema, que se aplica tan fácilmente á los pueblos en los cuales el hombre des-

aparece en la casta, está en contradicción casi perpetua con el genio de todos los demás? No son dinastías hereditarias las que componen su pasado, sino individuos, figuras indestructibles. Para arrancar á Moisés de la historia, ¿por qué no se comienza arrancando de ella al mismo pueblo hebreo?

¿Qué importa, por otra parte, que se disputen á Moisés unos cuantos reglamentos y narraciones, que sin duda alguna no le pertenecen, si se le concede la plena posesión de la idea de Jehová, que es en lo que consiste verdaderamente el milagro de su vida? ¿De qué sirve hacer comenzar la teocracia después de la destrucción de Jerusalén, sino se le niegan sus doctrinas? Que éstas provengan de Egipto ó de Babilonia, ¿son acaso por esto menos extraordinarias? Arreglad, cambiad á vuestro gusto la cronología de los monumentos hebraicos: no podréis negar que un mismo genio reina en todos, y en este genio estriba toda la dificultad. Aléjesele con el pensamiento hasta los últimos confines de la antigüedad ó aproxímesele á nosotros; envejezca-sele ó rejuvenézcasele, la razón humana no logra desembarazarse de él, transportándolo así de siglo en siglo á todos los puntos de la duración. Al fin, es necesario entrar en discusión con él; en cualquier punto que lo encontremos, es casi igualmente peligroso.

En todo lo que precede, las religiones del Oriente, hijas unas de otras, forman una misma Iglesia. El culto de la palabra y de la luz brotó del primer

himno; en este hogar se encendió el genio del Asia, y este genio penetró hasta en el corazón del África. Unidos entre sí, viviendo de la misma vida, estos cultos descansan, como sobre un tripode, sobre el dogma de la Trinidad. Por aquí comienza la dificultad; ¿dónde está el lazo que une á la Judea con esta Iglesia universal del Oriente profano? ¿Cómo ordenar al pueblo judío en esta vasta unidad? ¿Á qué sociedad referirlo preferentemente? ¿Á la de Egipto, como tantas veces se ha intentado? Pero ¿dónde está la sucesión, el encadenamiento del sacerdocio de Memfis al de Jerusalén, de Hermes á Moisés, de Osiris á Jehová? No los busquemos aquí, porque no los encontraremos. Del mismo modo que en la Naturaleza tropezamos frecuentemente en la escala de los seres orgánicos con un intervalo, hiato, que no se puede llenar, así entre Osiris y Jehová no hay sólo progreso de formas, marcha ascendente, sucesión regular, sino una gran revolución. ¿Diremos que Adonai, Eloha, no es otra cosa que la sucesiva evolución del Baal de Babilonia, del Adonis de Fenicia, del Hércules de Tiro? Menos aún. Engrandézcase cuanto se quiera por una progresión continua el genio de estos dioses, no llegarán nunca, por ninguna serie, á la idea de Jehová. Corregid, embelleced, perfeccionad cuanto queráis á Baal ó Astarté: nunca podréis obtener de los dioses de Canaán el Dios de Moisés. ¿Por qué esto? Porque encarnados en el universo, forman un todo con él; la tierra es sus pies, el cielo

su cabeza, las estrellas su vista, mientras que la Naturaleza no es siquiera un vestido para Jehová, quien á su placer puede rehacerla, destruirla. Los vientos no son su sopro, sino sus enviados; las estrellas no son sus miradas, sino sus esclavas; el mundo no es su imagen, ni su eco, ni su alimento, ni su luz, ni su palabra. ¿Qué es, pues? Nada delante de él.

Para hallar una alianza sólida á Jehová es necesario retroceder hasta el principio de los cultos del Alta Asia, hasta aquella divinidad primera, misteriosa, impenetrable, fuente de todas las demás, el Brahma de los indios, el Zerván-Akerene de los persas, *el que es por sí mismo* padre de los dioses, aun antes de tener ninguna posteridad. Con este eterno anciano, sin esposa, sin hijos, sin compañero, sin familia, es con quien Jehová está verdaderamente emparentado. Pero en los otros cultos apenas si este gran solitario se muestra; se cansa muy pronto de su soledad; se encarna en seguida; decae y desaparece bajo la figura del mundo, agotando su divinidad al comunicarla á todas las cosas, mientras que Jehová la acumula, por decirlo así, en sí mismo, sin prestarla á nadie. La misma Trinidad, que constituye el fondo de todos los demás cultos, hállase como velada y obscurecida en el suyo.

En el esplendor de la primera aurora, en la religión de luz increada, es donde su alianza resplandece claramente con Indra y Ormuzd sobre todo,

que flotan como él sobre la creación, sin estar en ella encerrados. Hasta parece nacido en la luz, puesto que por ella empieza á revelarse á Abraham en el hachón de fuego, á Isaac en la hoguera, á Moisés en la zarza ardiendo y en el relámpago de donde irradia la ley, al pueblo en la columna luminosa que precede á su marcha, á Salomón y Elias en la llama que devora el holocausto. Su faz luminosa se levanta por grados desde el centro del Asia sobre las altas cimas, hasta que más y más perceptible con el tiempo, creciendo, elevándose de siglo en siglo con su pueblo, acaba por sentarse, vestido de lino, delante de Miqueas, Isaias, Ezequiel, sobre su trono resplandeciente, parecido al de David. Si fué peligrosa para él la rivalidad de Baal y de Astarté, es porque siendo dioses encarnados en la luz corporal, tenían con el principio espiritual de su culto una analogía exterior, confirmada por los ornamentos del templo. Las palmas extendidas sobre los capiteles, las granadas, los lirios cincelados por los obreros de Tiro, ¿no eran tomados al templo del sol? Los siete brazos del candelabro, ¿no recuerdan los siete planetas ardiendo? El mar de bronce en que los doce toros del templo se abrevan, ¿no es el año eterno de que se alimentan los doce meses? Porque á medida que Dios crece se asimila para purificarlo en su hogar todo lo que de sagrado encuentra en el Oriente; sin temor de mancharse, roba, llenos de doctrinas extranjeras, los vasos sagrados del Egipto, la Persia y la Cal-

dea. Por el génesis salido de la noche se enlaza al Egipto; por la tradición del diluvio y de Babel á los caldeos; por la de los ángeles, el Edén y Sata-nás, á los medos y Persas. Los Amschapands del *Zend-Avesta* le dan sombra con sus alas desde la cautividad de Babilonia; la muchedumbre de ángeles luminosos del Irán le acompañan en el desierto sobre sus carros y caballos de fuego; hasta los animales sagrados, los dragones de los magos, reaparecen en su culto bajo la figura de querubines con cabezas de toro y alas de diez codos. Transformando cuanto toca, nunca aparecen mejor que en estos raptos divinos su originalidad y personalidad.

¡Notad, en efecto, qué infranqueable barrera levanta en torno suyo; cómo á la vez que se une á todo se separa de todo! No olvidemos tampoco que no se revela como Indra en medio de la Naturaleza tropical, donde todo provoca á la idolatría, á la pluralidad de formas; ni como Ormuzd sobre los montes de la Bractriana, cerca de las fuentes inflamadas de donde brota el culto del hogar; ni como Osiris ó Bel en las orillas del Nilo ó del Éufrates, donde cada onda parece ocultar una divinidad murmurante. ¿En dónde, pues, se ha aparecido? ¿Dónde toma en cierto modo su forma? En el desierto, esto es, en un lugar de donde la Naturaleza está ausente, donde el mundo se detiene, donde nada hay que pueda entrar en rivalidad con él, donde nadie habita más que él, donde su sombra

es su único compañero. Como Cristo en la desnudez de Belén, así se revela en la desnudez del Oreb, patria natural del Dios celoso. Por todas partes en el horizonte, la Naturaleza desolada, sacrificada, el universo desaparecido, ni un río, ni una fuente que adorar, ni bosques, ni metales con que construir imágenes, ni siquiera una voz, excepto la del rayo; pero en todas partes la faz de Jehová, única resplandeciente en el vacío de la inmensidad, el Espíritu solo de pie en medio de su invisible templo. Y la raza de hombres que ha de alimentar esta revelación en su corazón, ¿dónde ha nacido? En el desierto. ¿Qué son los patriarcas que la recibieron? Árabes del desierto. ¿Qué es Moisés que la renovó? Un pastor del desierto. ¿Dónde recibieron las tribus su educación de cuarenta años? En medio de las piedras de la Arabia; allí graba este pueblo en su corazón de piedra la enseñanza del desierto. Siempre el desierto en el horizonte cuando pronunciáis el nombre de Jehová, que parece su genio, su eterno habitante. Notad que la Naturaleza había sido por tanto tiempo adorada, que cuando se quiso destronarla, fué necesario arrojar á los pueblos lejos de ella, para encerrarles en el sepulcro del mundo. Tal es la razón de esta retirada extraordinaria del pueblo hebreo entre las arenas del extravío. La humanidad se recoge en medio del silencio del universo, el milagro del Dios-espíritu se consume en su corazón. En vano la crítica incurre en numerosas

contradicciones para afirmar que la emigración del Egipto es sólo una ficción moral, una alegoría sin fundamento alguno: yo encuentro en caracteres indelebles el desierto impreso en la institución y hasta en el temperamento de este Dios, en su majestad, en su inmensidad, en su desnudez. Los ásperos surcos de estos valles de hisopo, las escorias de estas rocas destruidas, las amenazas de esta tierra de cólera que jamás ha sonreído, refléjanse en su cara. El terror es su ley; su vista da la muerte (1). Todos los otros poseen santuarios, templos; sólo él vive errante, sin morada, transportando todos los días su tienda, sin detenerse en parte alguna para no tomar la figura de ningún lugar. No es el Dios de la montaña ni el del valle: es nómada como el espíritu que habita en todas partes en un mismo instante. Sólo muchos siglos después de su revelación, cuando su imagen perfeccionada y redondeada en las inteligencias no puede ya ser velada por la imagen del mundo, consiente en penetrar en un templo. Fijase entonces en la Judea, como el grano de vida que, llevado por el huracán, cae al fin en un suelo fértil. Se arraiga, y en lugar de las hordas errantes, sin progreso, sin mañana, he aquí el reino de Judá que empieza á germinar. Y cuando este reino

(1) Spinoza la ha considerado como una ley de castigo. (*Tratado teológico-político*, cap. XVII.) Compara con Hegel, *Historia de la filosofía*, 203.

habrá desaparecido, el mundo querrá todavía seguir el carro de Jehová y volverá á las mismas soledades. Cristo, antes de revelarse, sigue por espacio de cuarenta días las huellas de su Padre sobre la arena inmaculada; más tarde el paganismo se reconcilia con él en el fondo de las Tebaidas; en fin, cuando Mahoma quiere atraer el Oriente al culto de lo invisible, ¿de dónde sale? De la Arabia Petrea, porque una vez más hay en el mundo dos figuras visibles de la eternidad, el Océano y el Desierto, los cuales han dejado impresa su huella, cada uno á su modo, en el genio de las religiones. El uno se agita, se conmueve, se encoleriza, se apacigua al mismo tiempo, borrando cada día su huella: caprichoso, tumultuoso, de su seno debían surgir los dioses inconstantes de la India y de la Grecia. El otro, sin voz, sin sucesión, sin forma aparente, no puede revelar más que el Dios-Espíritu, inmutable, inexorable, incorruptible como él.

II

Los profetas

Los dragones que guardaban el tesoro de los desiertos estaban aislados de toda la naturaleza viva, y era necesario de la propia manera, para conservar el oro puro de la tradición, la doctrina de la unidad de Dios, un pueblo que viviese sin alianzas con el género humano; dado que en los momentos de tregua, en las mezclas de las razas, era cuando se verificaban los concubinatos entre los cultos, y aumentaban las divisiones intestinas del politeísmo. Seguros los jefes de los hebreos de que no había alianza posible entre su religión y las del resto del Oriente, jamás intentaron convertir á nadie; destruyeron, pero no sometieron. Adonde quiera que llegaron, extendieron en torno suyo el desierto, porque este pueblo debía vivir solo en la tierra y en el tiempo, como solo vivía su Dios en el cielo y en la eternidad.

Pero en este aislamiento veíase constantemente oprimido por el gran secreto que sólo él en el universo poseía; sabiendo que era el confidente del Eterno, prestaba atento oído á sus mensajes invi-

sibles y sufría todos los encantos de la soledad. Una voz le decía que en su seno llevaba el porvenir, que valía mucho más que su propio destino, y á pesar suyo, este trabajo del porvenir le atormentaba; estaba por ello orgulloso y abrumado á la vez. Siempre sobre el tripode, el tono dominante de su poesía y su culto había de ser la profecía.

¿Por qué en los indios, persas y egipcios no hemos encontrado videntes? El profeta, sustituyendo al sacerdote, muéstrase aquí claramente por vez primera. En los cultos panteístas no hay más que un eterno presente; las generaciones se confunden entre sí más bien que se suceden. ¿Qué esperar del porvenir en semejantes sociedades? ¿por qué llamarlo ni temerlo? ¿no está encadenado Dios por la fatalidad, el hombre por la casta? ¿Qué esperanza puede haber en medio de estos lazos que ningún Mesías ha de venir á romper? Sólo en Egipto, como perdido en las arenas, hallamos un oráculo, el de Ammón, avaro de palabras, que es necesario provocar. ¿Qué son los adivinos de la Caldea al lado de Daniel? Sólo en el seno del pueblo hebreo brilla verdaderamente el genio del porvenir, porque su Dios es libre; puede, quiere, eleva, cambia, destruye, se encoleriza y se apacigua. Lo que ha sido, deja de ser la regla inflexible de lo que será. Con la personalidad divina nace el milagro de la libertad en el mundo, arruínanse las viejas instituciones, desarróllase el tiempo hasta entonces envuelto, ábrese, en fin, el porvenir como un libro

cerrado, y en seguida siente el hombre deseo ardiente de hojearlo y devorarlo con la vista.

De aquí la imagen de un pueblo que, rechazando un presente odioso, vive constantemente fuera de sí, en la esperanza de lo imposible. El ministerio de los profetas es una base esencial de su constitución, que descansa en un doble sacerdocio: el de la tribu de Levi, hereditario, consagrado á mantener la tradición, semejante en muchos de sus rasgos al sacerdocio del resto del Oriente, y el de los videntes, sacerdocio libre, personal, espontáneo é independiente de aquella casta. Éstos no sacan su autoridad más que de sí mismos; salen frecuentemente de las últimas clases de la muchedumbre; tribunos del pueblo de Dios, tienen por misión estimular al sacerdocio hereditario, siempre dispuesto á encastillarse en las formas del pasado. Por ellos se esclarece, depura y espiritualiza más y más en las inteligencias la figura de Dios; velan para impedir la confusión entre Jehová y Baal, y derraman incesantemente un alma nueva en los ritos antiguos. Sus palabras estaban primero sujetas al ritmo, y no podían cantarse; más tarde se contentaron con la prosa hablada, pero siempre tuvieron profundo conocimiento de los tiempos en que vivían. Fueron los primeros de la antigüedad en apercibirse de que el viejo Oriente estaba muerto, y celebraron anticipadamente sus funerales. En una época en que los imperios de Egipto y Babilonia estaban aún en pie, cuando nada aparente-

mente anunciaba su ruina, tuvieron el seguro presentimiento de que aquellas sociedades habían concluido. ¿Dónde aprendían esta ciencia? Era que el Dios de la historia vivía en ellos. En efecto, de la idea de la unidad divina, como desde lo alto de una torre maravillosa, dominaban todo el horizonte de la antigüedad y veían claramente desplomarse los viejos sistemas religiosos que les rodeaban y caer, con las divinidades antiguas, las sociedades, los imperios, los Estados que hasta entonces habían sostenido. En la historia religiosa leían la historia política y civil; la muerte de los dioses les enseñaba la muerte de los pueblos. Cuando aun no bamboleaba ningún templo, cuando los sacerdotes orientales vivían en la paz más profunda, voces extrañas interrumpen este silencio. *¡Profecía contra Babilonia!* Y en efecto, el imperio de los medos, nacido en un rincón, sale súbitamente de su obscuridad, y apenas nombrado, subyuga á Babilonia. *¡Profecía contra el Egipto!* Y en efecto, Ciro sale de la cabaña de los pastores; su sucesor está en la cuna: se levantan, y Cambises hace apalear las osamentas de los Faraones. *¡Profecía contra Damasco y el reino de Efraim!* Y en efecto, estos reinos van á ser cogidos, como nidos de pájaros, por el cazador de la Caldea. Cada palabra de los profetas parece un juicio de Dios, por lo rápido de su cumplimiento. Desde las altas moradas que sus espíritus habitaban, rápidos embajadores de la política sagrada descubren el plan de la Providen-

cia, cuando todavía estaba oculto para el resto del mundo.

Por otra parte, no se ocupaban sólo en los pueblos extranjeros, sino que dirigían especialmente sus miradas sobre la Judea. La época en que aparecieron fué aquella en que se debatía la cuestión de la independencia nacional del pueblo hebreo, desapareciendo cuando esa independencia estaba sin peligro y cuando ya no tenía porvenir. Cada uno de ellos tiene en este sentido un carácter especial: Isaías es el que más se eleva, advierte desde lejos, y es el primero en mostrar el peligro por la parte de la Caldea; Jeremías es sorprendido por el acontecimiento, y se resigna al yugo; Ezequiel vuelve á levantarse, la cautividad le subleva; los animales de los cultos de Persépolis y Babilonia lo llevan sobre sus alas, señala el camino de la vuelta y traza el plan del segundo templo. Pero á pesar de estas diferencias circunstanciales, todos manifiestan el mismo pensamiento, la misma política, el mismo temor. Ante el Oriente unido en contra suya, invocan en el cielo la unidad de Dios, en la tierra la unidad de los pueblos, la reunión de las tribus, la fraternidad entre los reinos de Efraim y de David, la unidad de gobierno, ó sea la alianza del sacerdocio y del trono en el seno de la teocracia. Imponen lo que se llamaría hoy centralización por la obediencia de toda la Judea á Jerusalén, y como emblema de esta unidad soberana no quieren más que un solo templo, un solo

altar, un solo sacrificio sobre la colina de Sión. Sin embargo, mostrábanse divididos entre dos pensamientos. Cuando miraban á sus pueblos, á aquellas tribus esparcidas al pie de los colosos imperios asirio y persa, no podían menos de temblar, hallando en todas partes tristeza, señales de ruina, lágrimas, gritos, desesperación; dolor imposible de igualar, pues veían que la Judea, el santuario del porvenir, iba á ser dispersado, y de antemano lloraban por su ruina inevitable. Cuando, al contrario, consideraban la idea divina que el pueblo hebreo llevaba en su seno, sentían, levantando la cabeza hacia Jehová, que poseían, con la verdad, la fuerza invencible, y no podía ocurrirseles, ni en sus mayores amarguras, que el pueblo que era templo vivo de Dios estuviese destinado á perecer, puesto que esto habría sido admitir la defeción del Eterno. Por eso siempre que llegan hasta esta idea, su desesperación cesa; lejos de temer, amenazan; levantan al pueblo hebreo del polvo, saludan su triunfo y lo coronan. Esta mezcla de dolor y de alegría, de desesperación y de júbilo, este sentimiento de todo lo que allí hay más débil, la Judea, de todo lo que hay más poderoso, Jehová, este eco, este diálogo de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande, he aquí el drama divino, que sólo se encuentra en el genio hebraico.

Se ha preguntado si los profetas tenían idea clara de la inmortalidad del alma. Lo cierto es que

tenían fe en la inmortalidad terrestre del pueblo hebreo. Este reino era el vaso que contenía el espíritu del Eterno; podía ser roto por su cólera, pero había de ser restaurado para su gloria. Y en efecto, cuando el profeta canta los funerales de su pueblo, celebra á renglón seguido su victoria sobre el sepulcro. Y estas ideas no pertenecían sólo á los videntes; eran las del pueblo entero, que puede considerarse en el conjunto de su vida como un solo profeta que vive desde Moisés hasta los Macabeos. Hasta en el destierro, bajo el látigo de los arqueros de la Caldea, cuando era llevado atadas las manos á la espalda, iba conducido por un sueño sagrado, del que nada podía despertarle, ni aun el andar con los pies desnudos sobre la arena del desierto. Cuando descende los tristes grados de la servidumbre, cree subir las gradas del trono del mundo; tan cierto es que sola la idea de Jehová lo invistió de una monarquía que nada podía abolir. Esclavo en la Caldea, siéntese el soberano de la tierra por la potencia de su dogma.

¡Cuánto no se atenuaría, por otra parte, la importancia de los profetas, no viendo en ellos más que tribunales del desierto! No destruyen los pueblos, los unos por los otros, la Judea por la Caldea, la Caldea por la Asiria, la Asiria por la Persia, sino para hacer brillar más el poder de su Dios, único en pie en medio de estas ruinas. Lejos de encerrarse en el estrecho recinto de una ciudad, de una raza de hombres, son, como la tradición les llama,

oradores de Dios que leen el porvenir allí donde se forma, esto es, en Dios mismo. Tal es la altura de su tripode, que abrazan todo el horizonte de la historia, donde cada siglo parece una ola en esta visión del océano de los tiempos; porque no profetizan únicamente una serie de accidentes, de sucesos, como los oráculos griegos, sino que anuncian un cambio social, una ciudad, una humanidad nueva. El reino de David es para ellos una edad de oro que extienden á todo el porvenir, viendo anticipadamente, con la restauración de este reino ideal, la unidad de Dios apoderarse de toda la tierra y redimir el antiguo mundo. En este sentido se ha dicho, con razón, que en un sólo capítulo de Isaías hay más de una república de Platón. En efecto, ¿no se han cumplido las profecías? ¿No ha triunfado la unidad de los Elohim? ¿No ha sido destronado el Dios de Babilonia por Jehová, esclavo de esta gran ciudad? ¿No ha sucedido á la antigua enemistad la fraternidad de los pueblos? ¿No encerraba implícitamente el Antiguo Testamento, como el botón encierra la flor, el Nuevo? ¿No ha sido renovada la faz de la tierra, y con ella la humanidad misma? ¿No trabajan hoy, quizás sin saberlo, todos los hombres en reconstituir, según el plan divino percibido en su origen por aquellos profetas inspirados, el imperio de David? Porque todos los pensamientos de Dios, así como sus obras, hallanse envueltos en un primer supremo pensamiento, y los primeros que poseyeron este pensa-

miento, poseyeron realmente la ciencia de todos los tiempos, de todas las formas del porvenir.

Un hecho extraordinario sucede después de la vuelta de la cautividad de Babilonia: el poder profético pasa, desaparece en la próspera fortuna. La esclavitud lo exaltaba; el tranquilo vasallaje lo extingue, y ya no reaparecerá más que un momento bajo los Macabeos con el peligro de una lucha desesperada. Es que el pueblo hebreo, reconociendo la protección del extranjero, plegándose á la soberanía del Asia, se privó del doble aguijón del orgullo y del dolor; porque cuanto más llevadero es su presente, menos siente el trabajo del porvenir. Nunca tuvo el alma de este pueblo tan sublimes oráculos como bajo las cadenas de la Caldea, mientras que la paz, bajo la autoridad consentida de un señor, lo aletargó, y su espíritu resignado dejó de roer sus cadenas. En vez de elevarse, se ve á sus profetas descender hasta el tono didáctico, sucediendo insensiblemente á los sublimes cánticos de Isaías y Ezequiel las sentencias y proverbios del *Ecclesiastés*. En este momento todo ha concluído: el pueblo hebreo ya no vive más que de las promesas del pasado; al perder la independencia, ha perdido su tripode.

Principio de la poesía hebraica
Los salmos

Al encarnarse en el mundo el Dios supremo de Oriente, desarróllase y crece con Él, lo que equivale á decir que la creación continúa indefinidamente y que los libros sagrados no encierran sino un eterno *Génesis*. Pero al genio hebraico, al contrario, bástanle dos solas páginas para describir la formación del mundo. Elohim crea el universo por una explosión de su voluntad, é impulsándole en seguida lejos de sí mismo, siéntase aparte de él más allá de todos los cielos. ¿Qué poesía puede surgir de esta idea? No consistirá seguramente en largas narraciones, ni en majestuosas epopeyas, ó en un *Ramayana* cantado por los levitas, sino en un poema parecido á aquel Dios, rápido é instantáneo como Él, y que apenas deja espacio para la narración por lo perentoria que la voluntad divina se muestra en hacerse obedecer.

En donde todo es maravilla, la maravilla desaparece. Cuando el artista del universo es á la vez alma suya, lo sobrenatural se convierte, por de-

cirlo así, en el orden regular de la Naturaleza; pero cuando el Creador permanece distinto de su obra, todo cambio parece una intervención extraordinaria de su voluntad, y nace la idea del prodigio á la vez que la de la libertad divina, encendiendo el entusiasmo, la enajenación y la acción de gracias. El salmo que resume todos estos sentimientos es también la verdadera poesía del milagro. Bajo su azote hace estremecer las montañas y callar las olas del mar: con sus movimientos líricos, desconcierta los hábitos del espíritu, como el milagro los hábitos de la Naturaleza.

¿Y qué será si además de esto la lengua de los salmos tiene el carácter y acento especial de Jehová; si parece salir de su ardiente boca en medio del brasero del desierto; si todo en ella es movimiento, vida y personalidad; si sus atributos son seres y los seres acciones; si las diferencias de sus tiempos se hallan apenas indicadas, tomándose hasta indistintamente unas por otras; si el presente carece completamente de expresión en sus verbos, como un punto indiscernible entre el pasado y el porvenir? ¿No parecerá ésta la gramática del Eterno más bien que la de un pueblo, que privado de la posesión de sí mismo y de la conciencia de su presente, siéntese, por decirlo así, fuera de los límites precisos de la duración? No se busquen en semejante lengua las formas de la epopeya y las del drama, porque no existen; pero en vez suya se descubrirá un libro eterno, creciendo al través

de las edades, al mismo tiempo que el libro de la ley se va insensiblemente desarrollando con el genio y la institución del sacerdocio. La colección de los salmos contiene cantos que pertenecen á casi todas las épocas de la historia de los hebreos, desde Moisés hasta los Macabeos: eco de las generaciones, coro universal de aquel pueblo. Su siglo de oro, sin embargo, por decirlo así, pertenece al reinado de David, cuyos cantos son el modelo según el cual todos los demás se forman, y esto explica por qué la tradición los refiere indistintamente al mismo autor, siquiera un poco de atención baste para discernir el tono especial de cada uno. Resplandece en un principio la confianza en el ungido del Señor, y el acento sosegado y majestuoso que revela la armonía entre la monarquía y el sacerdocio; viene luego, desde el siglo VIII, el acento desgarrador que indica la cautividad de Babilonia; después surge el acento entusiasta de la vuelta de la cautividad, la inspiración más sencilla del primer templo, el genio más litúrgico del segundo, y así sucesivamente. En este trono de poesía, que se acrece con el tiempo, elévase, sobre todas, la figura de David, llevada en alas de los cánticos de la Judea, sentada al lado de su Dios en la montaña santa y flotando sobre la historia como la personificación ideal, el *Ferouer* de Israel. De este modo, y concurriendo el pensamiento de todas las épocas á engrandecer y á adornar este ideal, conviértese en la imagen de todas las espe-

ranzas y en el símbolo permanente del porvenir, causa por la cual nunca deja de aumentarse aquel inmenso coro triunfal de los salmos, tanto en la paz como en la guerra, acreciéndose y resonando cuanto dura la existencia del pueblo hebreo y apagándose cuando aquélla se apaga. Profetas, historiadores, moralistas, todos se refieren á él; y él marca en cierto modo con su ritmo, más ó menos rápido, los latidos de la vida en la serie de las generaciones; unas veces rompe el acorde de sus voces, como si el pueblo descendiera en el abismo por grados sonoros, yendo á perderse á lo lejos entre las arenas ó á morir bajo los llorosos sauces en la cautividad; otras veces sólo hace sonar una voz, que gime entre la noche, y pertenece á un rey nuevamente ungido, á un profeta, á un pastor ó á un levita olvidado entre las ruinas, mientras que el reino de Judá parece perdido y el concierto terminado; últimamente, después de algún tiempo, vuelven á renacer eternamente los cantos de triunfo, y el coro litúrgico estalla de nuevo, surge del polvo el pueblo mudo con todas sus voces, reaparece la imagen del rey ideal más resplandeciente que nunca en medio de los himnos que vuelven á entonarse, ábrese la puerta de la ciudad de Dios, y ya no sabemos si asistimos al triunfo del pasado ó al triunfo del porvenir.

En medio de estos sentimientos inspirados por el genio del sacerdocio y del poder real, existen otros que ninguna expresión adecuada pueden ha-

llar en el resto del mundo. Las ocultas esperanzas, los pensamientos desolados, las miserias que constituyen el fondo de la vida interior, cúbrese con la majestad de un rey de Judá. La personalidad del hombre se manifiesta al mismo tiempo que la de Dios. Las divinidades de otros pueblos sólo con los colosos se comunicaban, como cuando voluntariamente conducían los astros á sus moradas, dejando en cambio perdidos en la noche de los espíritus á los pensamientos privados, sin cuidarse de tales cosas, pues hasta estaba prohibido el invocar en secreto á los Inmortales; pero el Dios hebreo, por el contrario, á pesar de morar tan sólo más allá de todos los mundos, escucha desde su alejamiento las quejas, aun las más silenciosas y mudas, que brotan del fondo del corazón. Atravesando la inmensidad, préstales atento oído, é introduce de este modo al hombre en la intimidad de lo infinito, manteniendo con él las relaciones de un jefe de la tribu patriarcal. Él es el padre; Israel, el hijo: tal es la santa familia del Antiguo Testamento, ruda en verdad, terrible paternidad sin la virgen y sin la madre, y en la que el castigo no perdona ni al hijo.

Encuétrase á veces en los salmos como una reminiscencia del *Rig-Veda*. Soplo del Alta Asia, que penetra no se sabe por dónde en el alma de la Judea. El primer cántico de los patriarcas, en todas las cimas de la tierra repetido, estalla también y en toda su pujanza sobre la colonia de Sión.

Así el Oriente tiene dos ecos, que desde sus dos extremidades se responden, y cuando el Himalaya exclama: «Indra», contesta el Líbano: «Jehová.» Por muy lejos que la poesía hebraica se halle de la primitiva rudeza de los cánticos indios, y siquiera indique desde luego una sociedad comparativamente moderna, es lo cierto que en muchos de sus rasgos recuerda la infancia de la tribu, no habiendo hallado todavía, en resumen, otro artificio para sus versos que el de repetir dos veces la misma idea, como si hiciese girar su ritmo, como David su onda, antes de lanzar su pensamiento al blanco. Mas si su vestido es rústico, su corazón y su alma son verdaderamente regios y cortados para presidir las danzas en los días solemnes alrededor del tabernáculo. Pues preciso es reconocer, sin entrar aquí en investigaciones acerca de los salmos que puedan pertenecer especialmente á David, que se ha coronado muy fundadamente con este nombre una poesía que tiene todos los caracteres del pastor y del rey.

La filosofía hebraica.—Job

No todo es alabanza y profecias en la poesía de los hebreos; también en ella caben la duda y la blasfemia. Su más acabado monumento parece hecho para destruir todo lo que los demás habían fundado; tal es el poema de Job, sublime desafío arrojado por el hombre contra Dios en medio de su templo. ¿Qué relación tiene este libro con las demás escrituras? ¿Cómo del seno mismo de la fe puede nacer la incredulidad más profética? ¿Significa acaso la inspiración de un ángel rebelde y oculto en el Santo de los Santos, ó es un juego del espíritu que se divierte desencadenando las fuerzas del abismo? Muchos escritores han preferido, á penetrar en estas contradicciones, atribuirles un origen extranjero, por más que no hay en el Antiguo Testamento ningún libro que tan profundamente penetre en las raíces de la religión hebraica. Cuanto más parece que se aparta de ella, más íntimamente se une con ella; de suerte que, lejos de pensar en arrancarlo de la Biblia, no podría comprenderse la fe de Moisés sin la blasfemia de Job.

Hasta aquí nos ha sido fácil ver qué paz proporcionó á la inteligencia humana la revelación de la unidad de Dios; fáltanos ver las contradicciones que esta idea traía consigo misma. Era la primera la cuestión del origen del mal, tanto más difícil cuanto que no existía en los cultos del resto del Oriente. ¿De dónde venía la injusticia, el dolor en la Naturaleza y en el hombre? Ellos respondían: «El mal viene de los dioses malos que luchan eternamente contra los dioses buenos. Ahrimán combate contra Ormuzd; Tifón, contra Osiris; Siva, contra Brahma. De aquí el triunfo de la iniquidad en la sociedad civil; de aquí los reptiles, los peces, los monstruos, en el mundo organizado.» Resuelta así la cuestión, pudo el Oriente dormir tranquilo respecto de este enigma, sin sospechar que pudiera algún día presentarse de nuevo.

Mas cuando en la Judea fué un día proclamada la unidad soberana, la lucha cesó en Dios y estalló en el hombre. ¿No veis con este dogma en el cielo suscitarse contradictoriamente esta discusión en la tierra? Si Dios es único, ¿de dónde procede el mal? Si es el Señor, ¿por qué la opresión de los buenos? Si pudo formar el mundo á su voluntad, si tiene en su mano los corazones, ¿por qué el triunfo de los malos? ¿por qué la inocencia perseguida? ¿por qué la injusticia coronada? Lanzado al mundo este enigma, necesariamente el pueblo hebreo había de buscarle solución; no pudo menos al principio de quedarse atónito; mas si el libro de Moisés había

presentado el problema, el de Job debía intentar resolverlo. No se diga, pues, que es extraño á las Escrituras, que es caldeo, idumeo ó árabe; no, es hebreo. Hállase unido al sistema de la Biblia, como la respuesta está unida á la pregunta: la blasfemia es aquí la demostración de la fe.

Veamos cómo se entabla la cuestión: no se trata únicamente del libro más poético de las Escrituras, sino de un libro en el que se encuentran bajo formas orientales todos los argumentos que, en opuestos sentidos, no han cesado de atormentar el espíritu del hombre. Fundado el poema (porque es imposible tomarlo por un libro histórico) en una antigua tradición, principia en el cielo. Todavía Satanás no se halla irremisiblemente privado de la presencia de Dios, en cuyos Consejos toma parte como uno de sus ángeles familiares, proponiéndole tentar al hombre más justo de la tierra, para ver si su virtud se cambia en blasfemia. Job, que debía de ser la víctima de esta solemne experiencia, es herido de repente por la desgracia. Era un príncipe poderoso, un emir; hele aquí revolcándose en un estercolero. Sin embargo, siempre había practicado el bien. El sentimiento de la injusticia se subleva en él, y abre un proceso contra Dios. Siendo justo, sufre. ¿Por qué esto? De esta cuestión á la duda no hay más que un paso, sólo que el escepticismo del filósofo oriental no es el de los tiempos modernos; es una duda que dudando de sí misma, se separa con remordimiento de los fundamentos

de la acostumbrada fe: incredulidad naciente, mezclada aún con el himno y la adoración, como una serpiente del desierto oculta en el fondo del tabernáculo. Hanse hallado contradicciones entre los pensamientos de Job, y se ha concluído que tal libro está formado de fragmentos escritos en diversas épocas; pero lo que está fraccionado es el corazón de Job, no su poema. Le espantan sus mismos pensamientos; antes de ir más adelante en el camino del escepticismo, querría retroceder, pero no puede; se ha metido en un camino sin salida, y lucha consigo mismo. Bajo el acicate de la desesperación, bajo la mordedura de la injusticia, salta como un león, ora á la fe, ora á la impiedad. Ruega, adora, reniega, canta, blasfema á un mismo tiempo. Su alma, en estas violentas sacudidas, es lanzada lejos de la vieja ley mosaica; arrastrada por una tempestad interior, traspasa á veces hasta el mismo cristianismo. Nunca tortura moral hizo estallar oráculos semejantes, y lo que los hace más sensibles es que los amigos de Job, encerrados aún en el espíritu de la vieja ley, no comprenden una palabra de los transportes, de los furros divinos de aquella alma que la desesperación convierte en profeta; porque no teniendo ellos más inteligencia que la del pasado, son verdaderos fariseos en presencia de este Cristo del Antiguo Testamento. Como toda la cuestión versa acerca de la existencia del mal, comienzan por negarla de una manera absoluta. Á esto contesta Job mostrándoles sus

plagas, y exclamando que es justo. Pero sus amigos dudan de su inocencia; le suponen, le forjan algún crimen oculto, y lo condenan. Paso tras paso es conducido este hombre por la discusión á ver desaparecer su último apoyo con el sentimiento de su integridad, y desconfiando ya de Dios, del mundo, de sí mismo, la disputa acaba de destruir su última esperanza. Pero en este supremo instante, en esta agonía moral, cuando rueda á lo más profundo del abismo, de repente, no se sabe por qué milagro interior, vislumbra la esperanza de la inmortalidad. Vida eterna, resurrección, estas palabras, que nunca habían sido pronunciadas, brillan en medio de aquella tempestad moral como un relámpago en medio de una noche tenebrosa, porque no es, en efecto, más que un relámpago que se desvanece para presentar más profunda la noche y el abismo que le suceden cuando los amigos, derrotados en toda la línea, refúgianse en una vanidad sublime, haciendo el elogio del universo, del bello orden de los cielos, de las leyes inmutables de las estaciones. ¿Qué tiene que ver todo esto con la cuestión? ¿Qué me importa que los cielos estén bien ordenados, si existe el desorden en el corazón? ¿Qué me importa la calma de los océanos, si la tempestad y los furiosos aquilones se desencadenan en el fondo del alma de este justo? Esto es renunciar á la cuestión, no resolverla: también Job se apodera de esta idea. Cansado de dirigirse á hombres cuya razón vacila y retrocede delante de

la verdad, quisiera argüir con Dios mismo, y triunfa siempre amargamente al proferir, con la lógica de la desesperación, estas palabras que resumen toda la cuestión: «¿Por qué, pues, viven los malos y son colmados de riquezas?» *¿Quare ergo impii vivunt et confortati divitiis?*

Los amigos son reducidos al silencio, porque Job tiene de su parte los hechos que ellos no pueden negar. En este momento la nube se abre, y un nuevo interlocutor, el Eterno mismo que desciende del cielo, viene á mezclarse en el debate y á defender su causa contra Job. Decimos mal; no es una discusión que continúa, porque el Eterno no se asocia en modo alguno á los amigos que han pretendido defenderle; antes bien, reniega de la sabiduría de aquellas almas vulgares, rechazando su vano incienso y su fe muerta. Prefiere la impiedad delirante de Job, porque esta incredulidad aparente está llena del Dios del porvenir, y porque si aquel corazón se desgarrá, débese realmente á superabundancia de vida. Sin embargo, se vuelve contra él, y lo aplasta con una palabra. Todos conocéis esta ironía sublime: «¿Dónde estabas tú cuando ponía yo la tierra sobre sus cimientos, cuando decía al mar: de aquí no pasarás?» Esto ya no es discusión, es la voz del trueno, la poesía del rayo que brota de la nube y pulveriza la razón mortal. Cae de los cielos como lluvia de huracán en medio de relámpagos y estrepitosos truenos. La razón sucumbe, la lógica desaparece bajo aquella

ola de magnificencia. Job se calla: es vencido, no por la persuasión, sino por la violencia de lo sublime; sus ojos son deslumbrados más que iluminados por este torrente del eterno esplendor.

¿Diríamos hoy, á cuatro mil años de distancia, que tales respuestas satisfacen la cuestión? De ningún modo; la cortan, pero no la resuelven. El Eterno se envanece, en efecto, con la sabiduría que ha mostrado en la creación de la naturaleza exterior, en la organización del águila, del caballo, del elefante, pero si Job hubiese podido rehacerse un instante, no habria contestado á este terrible adversario: «¿Por qué, pues, no me has dado las escamas y la coraza de Leviatán contra las heridas y la mordedura del pensamiento? ¿Por qué no me has dado la felicidad del águila en la nube? ¿Por qué no me has dado la independencía y la alegría del caballo en el desierto? ¡Respira los vientos que pasan, es dichoso; y yo, yo hago el bien y sufro! ¡Ah! es que tú has gastado tu sabiduría en esas obras muertas, y ya no has tenido para mí más que el desorden y el caos, que no has podido desenredar y regir en mi corazón. Tú has preparado cuidadosamente el alimento al gavilán, pero te has olvidado del pasto de mi alma; cuanta más nobleza pusiste en esas criaturas de barro, más parecen profundos mi abatimiento y mi ruina. Tú creaste el esplendor de los cielos para insultar mejor mi miseria; tú diste sus coronas á las estrellas para burlarte mejor de mi espíritu.»

¿Dónde estará, pues, la solución á las dificultades traídas al mundo por el mosaísmo? En el cristianismo. El drama, en efecto, ha nacido en el corazón, y en el corazón debe desenlazarse. Las objeciones de la antigua ley son insolubles, el desorden del mundo moral, flagrante, en tanto que, para restablecer el equilibrio, no se le oponga el peso de la vida futura. Sólo la inmortalidad cristiana puede dar razón de la desigualdad del bien y del mal en los términos en que la planteó el poeta hebreo. No; no basta, para que el equilibrio se conserve, que Job adquiera nuevos rebaños de vacas, que en vez de sus hijos, arrebatados antes de nacer, encuentre otros siete; que sus parientes le ofrezcan una pieza de plata ó una joya de oro. Me es preciso aún que Job tenga la posesión de los cielos del Evangelio, que sus hijos salgan á recibirle en los reinos invisibles, allí donde no hay ya contradicciones, ni males, ni ruinas; necesito, no sólo algunos años terrestres, sino siglos y siglos para curar sus heridas, que son infinitas. Sólo entonces el mal será reparado; la injusticia, corregida; la cuestión, resuelta. La tragedia comenzada en la antigua ley se termina en la nueva, y si he dicho en otra parte que el drama de Prometeo no tenía desenlace posible más que en el cristianismo, ¿cómo no lo diría del drama de Job?

Intentad descubrir en el espíritu de la antigua ley una solución á estos enigmas, y no lo lograréis; el sentido del poema quedará incompleto en

tanto no le completéis á la luz del Evangelio. Porque no sirve decir que tiene por fin enseñar la paciencia en la prueba, pudiendo entonces preguntar: ¿Para qué la prueba, cuando el mal sufrido es mayor que la recompensa prometida? Lo que constituye la grandeza de este libro es que traspasando la medida del Antiguo Testamento, llama, provoca necesariamente cielos nuevos. Su patético procede también de aquí, pues se presiente que aquellos gritos desesperados sólo en otra sociedad hallarán debida respuesta. En el fondo de aquella blasfemia palpita y comienza á apuntar el cristianismo, que se busca á sí mismo en la noche del farisaismo. El poeta siéntese estrecho en la antigüedad sagrada, tiende al porvenir sus manos y no abraza más que la desesperación, porque la cuestión planteada por Moisés, si Job la discute, sólo Cristo puede resolverla.

Otro tanto pudiera decirse de las otras partes de la Biblia. Mientras que las religiones del resto del Oriente forman cada una un sistema definido que se basta á sí mismo: el mosaísmo, esto es, la unidad de Dios sin la inmortalidad, no es más que el primer periodo de una religión que espera ser completada por la nueva ley. El Antiguo Testamento está lleno de cuestiones que abandona á las disputas del mundo. Revoluciones en la tierra y en el cielo, igualdad, unidad del género humano, cuestión del bien y del mal: sobre todo esto interroga. Sólo el Nuevo responde. En el uno están los vacíos,

los abismos que espantan la imaginación; parece que se anda siempre errante en el desierto, siempre sublime, pero sin divisarse nunca la salida. Todo es grande, pero de una grandeza aterradora, y el pensamiento se lanza, se estremece, salta, como si buscase el porvenir. En el otro todo es calma, todo se concluye; el hombre ha encontrado lo que buscaba, la inquietud del espíritu ha desaparecido, el sistema ha quedado concluido; la paz, compañera del orden, respira en todas partes.

En el espíritu del poema de Job es donde busco las señales del tiempo en que fué compuesto. Colócanlo muchos escritores, á cuya cabeza se halla Bossuet, en las más antiguas épocas, y hasta lo atribuyen al genio de Moisés, á lo cual es fácil oponer que en ninguna historia se manifiesta el escepticismo con la revelación; que es preciso para conocerlo haber vivido mucho, porque es el principio de la muerte, y por esto se halla siempre más cerca del sepulcro que de la cuna. ¡Cuántas experiencias desastrosas no supone un escepticismo tan reflexivo, tan sutil como el de Job! ¡Cómo creer que Moisés, el primer institutor, fuera al mismo tiempo el primer blasfemo! ¿Habriase apoderado la desesperación del corazón de los hebreos al salir del mar Rojo, mojados todavía con los aguas del milagro? No, seguramente; esta filosofía pertenece á su edad madura, si no á su decadencia; las tristes sombras de la cautividad pesan sobre ella, y á lo sumo puede referirse á los tiempos de Isaías.

Cierto que no es esta la última palabra del escepticismo hebraico. Si han sido menester muchos siglos para descender de Moisés á Job, no se necesitaron tal vez menos para bajar de Job al *Ecclesiastés*. En este último libro, la rebelión ha cesado, la imprecación se ha extinguido bajo el hielo de la edad. ¡Qué frialdad! ¡qué amarga renuncia de todo! ¡qué laxitud! Todo indica la duda irreparable de una vejez extremada. ¿Dónde hallar el genio profético? Ni una chispa queda bajo aquella lívida ceniza; es que la vida se agosta con la esperanza. ¡Cuántos vehementes votos extinguidos, cuántas ilusiones frustradas! el deseo mismo ha desaparecido; nada subsiste si no es el tedio del cielo y de la tierra. Cuando después de haber recorrido, en medio de los prodigios de los profetas, tantas épocas hambrientas del porvenir; después de haber visto unos en pos de otros, en un camino de milagro, á los patriarcas, á Moisés, á los jueces, á los reyes, en busca de la ciudad prometida, todo lo que hay de más brillante en la naturaleza y en el genio del Oriente, tantos entusiasmos, dolores, triunfos, derrotas, ostracismos, tan heroicamente sufridos en la esperanza del reino futuro; cuando después de haber seguido á este pueblo flagelado hasta el fin de su vida dolorosa, oímos como desenlace de tantas esperanzas sobrehumanas salir del templo estas palabras: *Vanidad de vanidades y todo vanidad; nada es nuevo bajo el sol*, no parece sino que hemos llegado al *consumatum est* del An-

tigo Testamento, que el tabernáculo se ha roto, que Jehová mismo expira en su cruz y desaparece sepultado en esta muerte del pensamiento. Desde este instante el Padre, privado del porvenir, comienza su pasión sobre un frío Gólgota. Ya es hora de que el Hijo llegue para recoger su herencia. El Oriente se abandona, languidece; la antigua ley muere: ¿cuándo vendrá la nueva?

V

Comparación entre el escepticismo oriental y el occidental

Los pensamientos desencadenados por Job no se calman ya. Cada sociedad, de edad en edad, añade un acto á esta tragedia que el espíritu representa consigo mismo. El abismo, apenas cerrado, vuelve á abrirse y la discusión torna á comenzar; no pudiéndola agotar los interlocutores, los dioses mismos se suceden. Como falsos amigos, los siglos no cesan de despertar la inteligencia humana bajo su capa de ceniza. El Oriente remite el enigma al Occidente, Job á Prometeo, Prometeo á Hamlet, Hamlet á Fausto. El desenlace se aleja cuando se cree tenerlo entre las manos y se aplaza hasta la eternidad.

Fué el genio griego el primero que volvió á tropezar con la misma cuestión que había debatido el genio hebraico. ¿Cómo la ha tratado? Por el *Prometeo* de Esquilo, que en los coros de sus dramas es completamente oriental y llega á veces hasta á recordar á Isaías. Prometeo, como el Titán hebreo, ha hecho el bien; ha dado á los hombres la palabra,

la justicia, las artes celestes; por esto es castigado por Júpiter, como Job por Jehová. He aquí el fondo de semejanza entre los dos poemas; sólo que el genio griego conserva hasta en la forma de la tortura el culto de la belleza visible, de que apenas se cuida la desesperación oriental. Prometeo no está cubierto de plagas; está artísticamente encadenado por el dios del fuego en la cima de un monte sagrado, desde donde es ofrecido en espectáculo á toda la tierra. Amigos van á visitarle en su suplicio: el viejo Océano, las hijas del mar, de húmedas alas. Muéstranse conmovidos de piedad más sincera, más humana que la de los tristes amigos del Prometeo de la tierra de Ur, pero sus consejos son casi los mismos. ¿Qué es el Titán para luchar en inteligencia, en sabiduría, con los dioses olímpicos? ¿Qué esperar de esa rebelión interior contra el señor de los cielos? Es preciso someter el espíritu; sólo con esta condición cesará el tormento. Hasta este instante la marcha de los dramas es casi idéntica. Veamos ahora en qué se separan. Job y Prometeo tienen ambos el sentimiento de su integridad desconocida, pero el uno se detiene en la duda, el otro va hasta la imprecación, lleva en sí el espíritu del Occidente, desafía, amenaza, injuria, provoca á los cielos. En el vértigo del dolor Job es todavía subyugado por el recuerdo de Jehová, y aunque su inteligencia no queda satisfecha, no deja de humillarse ante la majestad suprema. En Grecia el orgullo humano da un paso más. ¿Qué

se le pide á Prometeo para quedar desencadenado de la roca? Un acto de fe hacia las divinidades olímpicas; menos aún: una palabra de elogio, una señal de arrepentimiento. Hermes en persona, el mensajero, va á pedirle que deponga su resistencia. Pero nada, los omnipotentes no obtendrán una palabra de Prometeo. No sólo los desafía bajo las garras del buitre, sino que profetiza su caída, los insulta, siendo en vano que los dioses mismos se aparezcan en medio de relámpagos, como el Eterno en la última escena de Job. Los estallidos del rayo lanzados contra el pecho del Titán no pueden someterle á la resignación; las tempestades, los aquilones infernales, consternando la faz de la tierra, no logran abatir aquella inteligencia rebelde, que en medio de su ruina persigue aún con sus execraciones á los cielos, que envían la iniquidad sobre la tierra. La blasfemia de la poesía hebraica es un acto de fe en comparación de esta rebelión implacable de la poesía ateniense: ¡ved qué camino ha recorrido el hombre en la revolución religiosa! La duda, en vez de vacilar sobre móvil arena, tiene de hoy más la firmeza de una resolución irrevocable: el genio griego ha llevado hasta su escepticismo la precisión de sus formas. Ni ¿qué es, en realidad, esta figura de Prometeo sino la imagen del espíritu helénico rechazando definitivamente las dinastías de los dioses orientales? ¡No más sacerdocio! ¡no más castas! ¡no más símbolos con cabezas de serpientes y de ibis! Las religiones

de la Naturaleza van á caer ante la blasfemia de filosofía; nada subyugará al genio griego, verdadero Titán que sólo á si mismo se somete, y contra el cual no hay buitre posible que le impida exhalar al mundo su alma airada. Cuando Esquilo escribió su poema, no tendría seguramente conciencia exacta de estas ideas, pero ellas se agitaban confusamente en el fondo de su inteligencia, y de esta semiobscuridad pudo salir aquel coloso de poesía que, en el umbral de los dos mundos, figura la primera rebelión del espíritu de Europa contra el espíritu de Oriente. Por primera vez el hombre rechaza el yugo de la Naturaleza, vasto ídolo que, con los caracteres del Asia, se muestra más allá del Cáucaso.

Prosigamos. La historia de la duda religiosa no ha hecho más que comenzar. Los siglos pasan, el cristianismo nace, la sociedad cambia y la cuestión subsiste. Al acabar la Edad Media, se encuentra entre las ruinas góticas un personaje de la familia del Prometeo de Esquilo: el Hamlet de Shakespeare. Sólo el enigma es el mismo: todo lo demás difiere. No hay Cáucaso, ni Titán, ni cadenas forjadas por los dioses, sino castillos feudales, una cimitarra católica y el cielo del Norte. Otra vez, por un lado, una religión poderosa; por otro, un hombre que duda, niega y sufre, y de nuevo la maldad triunfante, la iniquidad coronada sobre el trono de Dinamarca, y el abismo que vuelve á abrirse para lanzar la antigua cuestión: ¿por qué,

pues, viven los impíos? *Quare ergo impii vivunt?* ¿Cuál será ahora la respuesta? Un frío sarcasmo, peor cien veces que las imprecaciones de Job y de Prometeo. Ciertamente que el drama ha cambiado mucho, extendiéndose por todo el horizonte de las cosas invisibles, desarrollándose, no sólo entre inteligencias de la misma naturaleza, sino entre los vivos y los muertos. La conversación pasa entre Hamlet y el espíritu de su padre. Aquí el escepticismo del corazón provoca el escepticismo del espíritu; esto es también lo que lo hace irremediable, y no he visto nada más profundo que haber hecho depender la duda absoluta de la necesidad de dudar de su madre. Desde el secreto revelado en el cementerio del castillo, todas las creencias han perecido en el alma del joven príncipe. Si su madre no es más que una envenenadora, ¿en qué hombre, en qué mujer, en qué sentimiento fiar? ¿En el amor? Pudiera probarlo, pero sería preciso creer en él. ¿No es él quien pregunta á su prometida: «¿Sois bella, Orfila?» ¿por qué no se fía ya del testimonio de sus ojos? Un fantasma errante sobre los escombros de la inteligencia humana: tal es Hamlet. Ha sufrido los mismos tormentos que Job y Prometeo, pero no se ocupa como ellos en su dolor; nada tiene de la violencia antigua; al contrario, siente en su corazón la serpiente, tiene frío. No oculta su desesperación con los símbolos suntuosos del Oriente ni con las imágenes correctas de la Grecia: su mal es muy profundo; se ríe. Frío

como el mundo moderno, ¿á qué discutir si ya ha traspasado hasta la esperanza? La punzante ironía habita en su alma. En vez de luchar contra la injusticia soberana, se entrega á la locura, que imita perfectamente, porque su razón se halla, en efecto, medio trastornada. Profeta de la impiedad en el seno de la Edad Media, vislumbra ya todo el escepticismo del porvenir. Reune á Dante y á Voltaire, y para colmo de contradicción, está su madre que desempeña el antiguo papel de Satanás. Estos contrastes son muy violentos para su inteligencia, pues hay partes en su espíritu completamente sanas, y otras que comienzan á alterarse. Su razón se divide, se pierde, se busca, se encuentra y vuelve á perderse, viéndose un alma grande dividida entre la razón y la locura naciente, sin saber cuál al fin prevalecerá. ¡Terrible tragedia de que todo hombre puede llegar á ser el héroe! Hamlet se inclina hacia los abismos que habían quedado desconocidos á la antigüedad profana y sagrada; vislumbra más allá de la vida actual el reino de los muertos. Su razón vacila sobre los bordes; luego el vértigo lo arrastra riéndose, y si su vida no hubiese acabado casualmente en aquel terrible juego, no se le veía otra salida que la caída irreparable, esto es, la muerte de la inteligencia, en lo cual este drama es de un efecto mucho más desesperante que los de Job y Prometeo, pues que en éstos al menos el espíritu del hombre subsiste y sobrevive á todas las ruinas. La Naturaleza, tan viva aún

para Job, está muerta para Hamlet; el firmamento, la tienda azulada de Jehová, no es más que un conjunto de vapores pestilenciales; el género humano no es ya para el Prometeo de la Edad Media más que la esencia del polvo. *El hombre no me agrada—dice—, y la mujer tampoco.* Lo que más aterradora hace su caída es que su punto de partida está en las creencias más populares de la sociedad cristiana. Todavía cree en las apariciones; y no cree en la inmortalidad. De la cima de las creencias católicas, como desde lo alto de una torre, se ha arrojado de cabeza en el abismo. Por todos estos rasgos representa, al principio del mundo moderno, la sociedad de la Edad Media, todavía joven en apariencia, aunque ya vieja en el corazón, pues sí vive aún en la fe de sus mayores, ya no abraza más que un fantasma del pasado. El ideal de la Edad Media se rompe con un sarcasmo que repiten todos los pueblos á su manera, por boca de Rabelais, de Ariosto, de Miguel de Cervantes. Pero en Hamlet este sarcasmo es frío como la carcajada de un espectro en una tumba.

¿Hay todavía un paso más que dar en la poesía escéptica? Indudablemente: el preámbulo de Job es también el prólogo de Fausto. Satanás en medio de los cielos católicos va á proponer á Dios probar al hombre, que por su inteligencia es el ser que más se aproxima á la verdad suprema. El asunto es también casi el mismo, y véase como después de cuatro mil años, cuando todo había cambiado,

religión, leyes, costumbres, clima, el mismo enigma ha sido tratado por la poesía. Fausto no es un patriarca que, como el de la tierra de Ur, toma en la virtud su fuerza; es grande, pero no por la virtud, sino por la inteligencia; no por el corazón, sino por la cabeza; es un doctor, un sabio, como la sociedad moderna. No vive bajo la tienda del idumeo, sino en un laboratorio. Medicina, filosofía, jurisprudencia, teología, todo lo ha abrazado, y sin embargo, encuentra la fatal cuestión que Job había encontrado en el desierto, á la claridad de las estrellas del Asia. Por otra parte, no es solamente la sed de saber lo que le devora; junta á la antigua curiosidad de Adán el orgullo del hombre fundado en una ciencia acumulada por cuatro mil años, y quiere poseer el secreto de las cosas para convertirse en Dios. ¿Qué hará este Job del Occidente? Sus libros están mudos; en su crisol sólo queda un poco de ceniza, en vez de la verdad que esperaba. ¿La ciencia le ha engañado? pues rechazará la ciencia; se confiará á los medios desaprobados por la razón, á las imaginaciones febriles; se entregará á la magia. En una noche solitaria, á la luz de su lámpara que se extingue, evoca al espíritu de los mundos, y el espíritu aparece revestido de una luz soberana. Pero ¡oh miseria y humillación de la inteligencia humana! Fausto, el doctor sabio por excelencia, el príncipe de las inteligencias, se ve obligado á bajar la cabeza ante un rayo de aquella verdad que él mismo había evocado, y

si sus sentidos mortales no pueden soportar aquel esplendor, ni sus oídos percibirlo, ni su corazón contenerlo, ¿qué hacer sino librarse de aquellos órganos tan imperfectos? Puesto que siente en sí al Dios encadenado y aprisionado en un vaso demasiado estrecho, es necesario libertar á la divinidad interior, esto es, es necesario morir. Llegado á esta conclusión, Fausto, consecuente consigo mismo, toma en sus manos un frasco de veneno formado con los jugos más poderosos de la Naturaleza, y saludando á aquel celestial brebaje, que como una magia superior debe revelar á su inteligencia el secreto que persigue, aproxima el libertador veneno á sus labios, y en su transporte va á apurarlo de una sola vez. Pero ¿por qué se detiene? Acaba de oír en la vecina iglesia el sonido de las castañuelas de Pascuas; el coro de ángeles que celebra á Cristo resucitado estremece los aires, y estos cantos descienden como rocío en aquella alma sepulcral y la rejuvenecen. Fausto renuncia al veneno; pero esta santa impresión no puede ser duradera, porque él no es ya cristiano. Los lazos que ataban á Hamlet á la religión de sus padres, no existen ya para Fausto, sólo ligado al cristianismo por el lazo del infierno; no cree ya en Cristo, sólo cree en el demonio. ¿Qué son todas las blasfemias del pasado comparadas con este grito postrero: ¡Malditas sean las creencias! ¡maldita la esperanzal ¡maldita sobre todo la paciencia! Ciencia, naturaleza, religión, hasta el gusto de la muerte, todo lo

ha probado. ¿Qué resta, pues? Atravesar las regiones de la muerte por el suicidio del alma y de la conciencia mediante un pacto de ultratumba hecho con el rey del mal, con Satanás mismo. Queda enajenar su razón y su voluntad; los espíritus infernales celebran este último acto de la tragedia. En medio de la ronda de brujos, Fausto bebe hasta la última gota el brebaje del infierno. La verdad es que no hay en todo esto otra magia que la de los huracanes que la inteligencia del hombre puede desencadenar por su voluntad; el hechizamiento de la humanidad actual, que infatuada por su ciencia, se ha hecho fatalista, y en medio de los tormentos de tantas cuestiones no resueltas, hace de sus lágrimas su apoteosis. El género humano es hoy un gran doctor, que se admira en sus libros, se adora en sus obras y sólo de sí mismo se fia; sin embargo, alguna que otra vez esta pretendida divinidad se turba; descubre vacíos que no puede llenar, y se desconcierta. Llena de una vida febril, aproxima á sus labios, en vez de pomo venenoso, el escepticismo que no puede rechazar ni aceptar, y muy frecuentemente se escapan del corazón del nuevo dios gritos de dolor desordenado en el instante mismo de coronarse por sus manos.

Así, la vida del género humano en sus momentos de prueba puede resumirse en estas figuras principales: Job, Prometeo, Hamlet, Fausto, emblemas de toda la historia del corazón del hombre en sus luchas con la religión. Fácil es notar que

desde el primero hasta el último de estos libros no ha cesado de endurecerse más y más el escepticismo. Job pone la cuestión, mas luego se arrepiente de su duda; Prometeo se rebela, sin que la eternidad entera pueda someterle; Hamlet ya no discute, ni siquiera cree que hay allí cuestión, tan lejos está de esperar la respuesta; Fausto, para cortar el problema, se diviniza: tales son hasta aquí las varias alternativas de la lucha entre la sabiduría del hombre y la sabiduría de Dios. Mas ¿por qué, cualesquiera que sean el dolor y el desorden que esos poemas respiran, les prestamos tan ávida atención? Es que gustamos de seguir en el abismo las inteligencias orgullosas que en él se precipitan. Ojalá pudiéramos llamarlas y preguntarles: «¿Qué encontráis, qué oís, qué percibís en esas regiones insondables?» Pero estas voces del infierno repiten nuestras cuestiones en un eco eterno, y el eco de estas grandes inteligencias de los profetas, de Esquilo, de Shakespeare, que caen unas sobre otras, sólo sirve para hacernos medir la profundidad de los problemas que las han hundido.

No es cierto, por otra parte, que todo escepticismo sea estéril; hay una duda fecunda, como hay un dolor fecundo. El Antiguo Testamento, en sus cantos de desesperación, contenía el Nuevo, y el libro de Job ha tenido por respuesta el Evangelio. El poema de Prometeo encerraba implícitamente el platonismo de los padres griegos, y ha encontrado su solución en el mundo moderno. ¿Quién sabe

qué respuesta reserva el porvenir á los enigmas en nuestros días propuestos? No nos asustemos de estos abismos que de repente se abren bajo nuestros pasos; á veces salen de ellos resplandores extraños, que no son los del infierno. Ni la creencia ni el escepticismo se hallan agotados; la una y el otro han de engendrar todavía nuevas alegrías y dolores nuevos. Otros Job, otros Prometeo, otros Fausto vendrán, que no cesarán de buscar otros cielos penetrando más y más en las regiones desoladas, porque la duda es también instrumento de la verdad, y por esto es indestructible como ella.

La esclavitud en sus relaciones con las religiones orientales

Antes de dejar Oriente, y para recoger la última consecuencia de sus dogmas, llegamos por fin, de grado en grado, á encontrar, lejos aún del día que luce igual para todos, por debajo de la casta más ínfima que conserva al menos una sombra de asociación, y más allá de los últimos confines del mundo civil, un hombre sin nombre, sin padres, sin hijos, sin familia, que eternamente solitario en medio de las multitudes, soporta de rodillas todo el fardo social, como los colosos de piedra que sostienen el friso de los templos. Mudo, no posee ni arte, ni poesía, ni ley, ni derecho, y ni es un hombre ni una cosa, por más que, si desapareciera, ni un sólo día podría subsistir el mundo antiguo, porque después de todo, es una nada necesaria, de donde todo parte y adonde todo va á parar en la sociedad pagana. Á ninguna ciudad pertenece especialmente, sino que vive en todas las ciudades, y es lazo común entre el Oriente y el Occidente, hasta el punto de que Persépolis, Atenas y Heliópolis, difi-

riendo en todo, sólo tienen idéntico este elemento: el esclavo. Los imperios y las instituciones cambian, y sólo él permanece inalterable, pasando el tiempo, sin tocarlo, sobre su encorvada cabeza, excluido de los principales ritos de la religión, relegado á la vez lejos de Dios y de la humanidad y no siéndole posible ni vivir ni morir.

Pero ¿quién le ha formado este destino? Al asignar Montesquieu, como causa primitiva de la esclavitud, la tiranía y el clima enervante del Oriente, es fácil replicarle que la libertad de los Estados griegos estaba fundada sobre la esclavitud de la misma manera que el despotismo del Asia, y que además el esclavo se encuentra lo mismo en el Norte que en el Mediodía, habiendo existido dondequiera que existieron hombres. Cuando después de Hobbes, Rousseau busca este origen en la guerra, de acuerdo con los jurisconsultos de la antigüedad y apoyándose como ellos en una falsa etimología, aun cuando contentándose con el hecho, sin remontarse al principio, se le podría siempre preguntar por la sanción de aquella desigualdad y cómo la sociedad humana pudo durante miles de años aceptarla, sin que ninguna objeción eficaz se elevase ni aun siquiera en teoría contra ella, ya por parte del vencedor, ya por parte del vencido. El filósofo tenía sobre este punto idéntica opinión que el pueblo, y hasta el sofisma, que todo lo atacaba, respetaba únicamente la esclavitud, lo que indica evidentemente que un tan universal asentimiento no

podía tan sólo ser efecto de un acto de violencia, sino la consagración indudablemente de un principio, y este principio es el que nosotros queremos descubrir.

Politeísmo sin esclavitud no existe, y este hecho universal indica, sin duda, que entre uno y otro debe de haber alguna relación. Si de esta primera idea pasamos á un examen más atento del paganismo, bien pronto nos convenceremos de que en él la servidumbre original se halla con caracteres indelebles escrita. Los pueblos, en efecto, orientales y griegos admitían entre los hombres desigualdades tan nativas y radicales, que si unos eran servidores de otros, se fundaba esto en el mismo derecho divino, lo cual no nos maravillará sabiendo que, como fundamento de esta opinión, admitían dioses esclavos. ¿Cómo, pues, librarse de la servidumbre si la habían consagrado hasta en el dogma? Levantemos los ojos al cielo del politeísmo y veremos allí, de esfera en esfera, una jerarquía de divinidades de diversas razas y aun colores, dependientes unas de otras por un eterno vasallaje. Á la cabeza de esta organización un Osiris ó un Júpiter Tirano, semejante á un Faraón ó á un Agamenón terrestre; por debajo de este señor una oligarquía de grandes dioses felices, sátrapas, patricios inmortales que cumplen su misión respirando el incienso y vaciando su copa de ambrosía; por último, á sus pies un pueblo de demonios inferiores, verdaderos proletarios que se consumen en estériles

trabajos lejos de los resplandores del día. ¿No son, por ventura, esclavos diligentes aquellos Titanes que con las esposas en los pies y en las manos viven tristemente encerrados en las tinieblas, como en una ergástula del Tártaro; aquellos remeros celestes que remolcan los planetas en sus barquillas de oro; aquellos Ciclopes que en su taller de gigantes forjan noche y día las ardientes flechas del Sol ó el tridente de Neptuno; aquella turba, en fin, de Telchines y Cabires fenicios que pulen perpetuamente los metales y reparan los deterioros del universo? ¿Acaso todos aquellos obreros infatigables, ocultos en el interior de la tierra, en los pliegues de las nubes, en las grutas de los mares, entre los pies del macho cabrío, tras el ojo de las llamas, eternamente inclinados sobre su tarea, sin contento, sin dicha y sin reposo; aquellos genios egipcios con cabezas de aves de rapiña, sosteniendo con sus espaldas la bóveda de los cielos; aquel Prometeo, atado más estrechamente á la roca que el siervo á la gleba, no constituyen una plebe divina, sin más derechos que el dolor sin remedio y el trabajo sin peculio y sin emancipación?

Juzgad, pues, por la celeste, la ciudad terrestre. Y es lo peor que el sentimiento de la injusticia y de la queja ni aun podía nacer en el corazón del hombre esclavizado. Ni ¿cómo había él de encontrar inicuo su destino? Acaso no sabía que sus dioses vivían como él agobiados en un trabajo sin

salario? ¿Por ventura el viejo Saturno, también encadenado, podía gozar ni siquiera un día de libertad? ¿Cómo esperar, pues, una emancipación negada á los inmortales? El obrero, en efecto, no podía ser menos resignado que el Cíclope, ni el remero del Nilo que el piloto de la nave de Osiris, ni el pastor que el Fauno errante sin abrigo en las selvas. La filosofía misma nada tenía que corregir en una institución que no podía desaparecer ni modificarse sin que toda la sociedad se arruinase con ella; porque estos dos sistemas, politeísmo y esclavitud, se correspondían y engendraban tan mutuamente, que la antigüedad, al aceptar el primero, se condenaba de hecho y fatalmente á mantener el segundo.

Para remediar, pues, aquel mal era menester no reformar la sociedad antigua, sino destruirla y comenzar por borrar la servidumbre en el cielo para borrarla también en la tierra, volviendo á Dios su plena independencia y libertad, ó lo que es más aún, su unidad. No bien hayáis emancipado al Eterno, veréis al punto realizarse como necesaria consecuencia la emancipación y la unidad del género humano, porque si Dios se manifiesta dondequiera igual á sí mismo, el hombre, hecho á su imagen y semejanza, será dondequiera también igual al hombre, y no sólo desaparecerá el principio de las castas, sino que la servidumbre misma perderá su sanción. Podrá quizás continuar algún tiempo disfrazada con otros nombres, pero

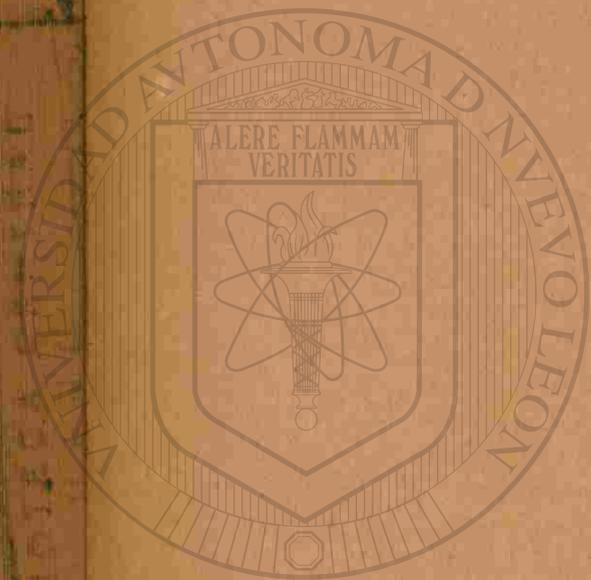
su base está arruinada, y si existe en el cielo una familia santa, no dejará de formarse en la tierra una familia de pueblos.

Según este principio, comienza ya en Oriente una emancipación progresiva á medida que se va alejando del politeísmo, y por eso el pueblo que representaba en la antigüedad la doctrina de la unidad de Dios, tenía abolida en teoría la esclavitud, por lo menos para los de su raza. Según la ley de Moisés, en efecto, no era lícito privar de la libertad á un hebreo por más tiempo de seis años, lo que equivalía á una verdadera emancipación, y si este precepto, repetidamente consignado en el *Exodo*, en el *Deuteronomio* y en los *Profetas*, no fué siempre fielmente cumplido, constituía al menos un ideal que dominaba toda la legislación, arraigando el espíritu de igualdad en la ley á despecho del ejemplo que el resto del Oriente ofrecía oponiéndose á que fuese escrupulosamente practicado. Ni ¿dónde hallar una contradicción tan terminante y admirable con el genio de toda la antigüedad, como la que ofrece el legislador que dice á su pueblo: «Recuerda que has sido esclavo en el país de Egipto, y que el Eterno, tu Dios, te ha libertado»? Desde este instante el pueblo hebreo se considera como la propiedad de Jehová, y ya no puede ser enajenado á ningún otro poseedor.

Si comparamos ahora un momento el Oriente moderno con el Oriente antiguo, notaremos desde luego que el Dios que era exclusivamente hebreo

en el mosaísmo, se convierte en el mahometismo en un Dios abstracto, sin pueblo elegido, sin predilección particular por ninguna raza, y que rompe como un resto de idolatría el espíritu nacional donde vivía cautivo en Judea. Á la comunidad de origen sustituye la comunidad de la creencia, y después de haber amasado lentamente su cólera, la derrama sobre toda la faz del Asia, extendiendo su interdicto, no ya sólo sobre el país de Canaán, sino sobre todo el Oriente profano. Tan impaciente como se mostraba por comunicarse á todos los pueblos antes de encerrarse en el tabernáculo de Judá, muéstrase ahora también por recabar la soberanía de la tierra que le ha sido arrancada por el paganismo, y ya que no posee el Verbo para convertir á los gentiles, convierte la espada en su mediador. La guerra es su apostolado; su ley se revela en el esplendor de las batallas; los movimientos de los contrapuestos ejércitos le sirven de figuras y parábolas; sus ceremonias favoritas son los ritos de los combates. ¿Quién no pensaría que de esta necesidad de la guerra sagrada había de derivarse una monstruosa desigualdad, ó todo un sistema de castas al menos, peor que el de la antigüedad? Y sin embargo, la guerra, que se dice ser el principio de la esclavitud, no hace aquí sino abolirla, siendo esto hasta tal punto verdad, que la rapidez de la conquista sólo se explica por la igualdad civil prometida á todos los convertidos. No existen para el Dios de los ejércitos jerarquías

tan poderosamente arraigadas, que Él no derribe ante el sacerdocio de la espada. La vieja Asia queda bajo la cimitarra nivelada, y así como nunca se vió unidad religiosa tan absoluta, jamás tampoco hubo en el orden civil menos privilegios de raza ó nacimiento, llegando á desaparecer bajo el nivel de Mahoma hasta aquel residuo de casta que Moisés había mantenido en la tribu de Levi. Y no es esto todo, sino que el islamismo acaba por conducir á una sociedad afecta á los esclavos, que no contenta con ser regenerada por ellos, llega hasta á resignar entre sus manos la autoridad y el gobierno: ¡extraña aristocracia, que por temor de degradarse, lleva constantemente á sus hijos á las regiones de Circasia! Por espacio de quinientos años se ve de este modo, como un reto lanzado al antiguo mundo en la tierra más acostumbrada á las castas, reinar por derecho divino la dinastía de los esclavos. Alá venga á Jehová, y el Oriente moderno exclama por boca de un creyente: «¡Mi lanza es mi nobleza!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRO SEXTO

LAS RELIGIONES GRIEGAS

I

El aspecto de la Naturaleza y de las ruinas

¡Et ego in Arcadia! También yo he buscado á Júpiter en la selva del Liceo; también he oído resonar en la Arcadia los caramillos del dios Pan, mientras que el doble mar de Jonia y de Corinto se balanceaba entre la armonía de los cañaverales; las huellas de los pasos de los faunos hanme conducido por ignorados senderos hasta la entrada del santuario de Figaleo, y he descendido hacia el Alfeo, donde sentía romper bajo mis plantas las conchas de la tortuga con que Hermes construyó la primer lira; también he bebido al borde de los precipicios del Taygeto en la copa de los invisibles Ménades, y más de una vez escapóse de mis labios pagana oración al tocar la cima del Ithome. Yo invoco ahora la verdad entre todos aquellos dioses que entonces creí conocer.

Si juzgamos por la impresión de los lugares, de los rasgos con que los escritores griegos pintan su país, se hace evidente que la mayoría se encerró

dentro del horizonte de Atenas. Platón, en la introducción del *Fedro*, ha reproducido la serenidad radiante que se respira allí en todas las cosas; Sófocles, en el gran coro del *Edipo*, celebra los ruiseñores de Colona, la sombra de los bosques de olivos, y todas las palabras de aquel himno se refieren también á los mismos lugares. Los cantos de los ruiseñores han sobrevivido á los cantos de los hierofantas, pero las gracias regias de la lengua de Sófocles y Platón, extendidas en las armonías del paisaje, continúan allí todavía impresas, murmurando el eco de las estrofas del poeta.

Estos caracteres, sin embargo, no son los de toda la Grecia, y los modernos, que bajo la fe de las descripciones gráficas buscan en todas partes aquel aticismo de la Naturaleza, quedan desconcertados ante la vista de montañas abruptas y escarpadas riberas, impropias para servir de escena á ninguno de los sueños de la antigüedad: y es que los griegos buscaron en derredor suyo, en su país, los rasgos que con su genio mejor se compadecían. Todo lo que en los flancos erizados de la Cibele ó en las anfractuosidades de la tierra aparecía ajeno á un cierto tipo ideal y no sonreía con sonrisa olímpica, fué olvidado como materia irreductible á las condiciones del arte humano.

No existen aquí ya los golfos ni los valles del Oriente, ni en la vegetación los bananeros y los boababs del Ganges: el reino de Menelao es al imperio de Sesostri lo que el laurel á la palmera. Si

los poetas han exagerado los ríos fuera de toda proporción con la realidad, necesario es reconocer, por otra parte, que aquellos arroyos van todos á desembocar en el mar; que cada uno de ellos supone un sistema especial de valles; que cada uno de estos valles es un Estado particular con su constitución, su dialecto y su Dios; que la humilde fuente, en fin, centro de reunión de una sociedad soberana, pudo bien ser agrandada por la poesía, sin alterar por eso la naturaleza de las cosas. ¿Por qué si Agamenón, jefe de bandas, es el rey de los hombres, no había de ser Inaco el rey de los ríos? Por otra parte, el verdadero río de la Grecia es el Océano, el mar, que circulando ó introduciéndose como una diosa de rada en rada y de golfo en golfo, despierta por todas partes, con el espectáculo de lo infinito contenido entre dos riberas de mármol, el sentimiento de orden en la grandeza, lo que explica cómo entre todos los países es Grecia la obra de arte por excelencia. Bajorrelieve suspendido en el taller del Creador, ningún nombre de pueblo fué en sus valles pronunciado que no sea aún la imagen de la belleza suprema.

Como todo tiene allí su límite preciso, hasta la inmensidad misma, resulta que el hombre, en vez de ser abrumado por las grandezas inconmensurables de la creación, comienza por el contrario á juzgarla, y abarcándola con la mirada, la penetra y domina, aspira á rivalizar con ella, trabaja según su mismo plan, y hasta llega á corregirla á su

modo, disponiendo de la Naturaleza como un escultor de un bloque esbozado por un obrero inferior. Al principio las capas paralelas de las rocas calcáreas edificadas por el caos vienen á ser las primeras bases de las murallas ciclópeas, en la cima de las cuales se reúne el primer consejo de los dioses; luego las curvas de los valles circulan como en gradas de teatro, donde aun ahora que la escena ha sido juzgada y han desaparecido los personajes, pueden verse asentadas Megalópolis, Argos y Epidaurá. En vez de los coros de los poetas trágicos, existe allí el espectáculo de todo el horizonte de las cimas azuladas y de las nubes que pasan, llevando en sus pliegues la gloria de los pueblos. Á veces, como yo mismo lo he visto cerca de Epidaurá, han crecido bosquecillos de mirto al través de los intersticios de las colinas, los cuales al menor soplo murmuran como una asamblea de espectadores. Pero por encima de aquellos despojos, de aquellos valles, de aquellas llanuras, elévanse sobre todo los templos principales sobre las más altas cimas que les sirven de pedestal, la mayoría de las cuales estaban de este modo indicadas por santuarios, que á largas distancias se miraban unos á otros á través de las escarpaduras de los valles y los golfos, y á cuyos pies revolvíanse las tempestades de la Naturaleza y de los hombres, que parecían regir desde lo alto de los cielos inmutables. Las terrazas de las colinas, eternamente purificadas por las fuentes sagradas, formaban otros tantos

escalones para subir hasta el recinto, que en vez de estar sepultado como en Egipto bajo baluartes, provocaba á lo lejos las miradas de las criaturas vivientes. Todo en el horizonte armonizábase con ellos: el azul del cielo, los golfos y las lejanas cimas con sus azulados frisos y pintadas cornisas; la línea horizontal de las montañas, promontorios y mares con la línea de su arquitectura que se prolongaba á lo infinito; y estos monumentos del arte, contruidos según el plan mismo del país, venían en cierto modo á formar parte del edificio de la Naturaleza, terminado y coronado por el espíritu y la mano del hombre. Cuando se elevan en las ciudades, muestran aún al desnudo el espíritu democrático de las religiones griegas, porque allí el santuario no tiene nada del aspecto formidable de los de Egipto, y ha sustituido el terror por la gracia. Aquellas salas, aquellos corredores y pilones, que protegían el misterio en el valle del Nilo, desaparecen en Occidente. Tres escalones tan sólo le separan aquí de la multitud. El dogma se abre en adelante á la luz del día. Sin barrera alguna, ¿cómo se sustraerá á la curiosidad del espíritu ateniense? El templo griego es el de un pueblo que pone sus dioses en la plaza pública, para en todas horas examinarles, interrogarles, juzgarles y destruirles.

Cada región de la Grecia, por otra parte, ha conservado su carácter propio en sus ruinas. Atenas, como la divina Niobe en medio de sus hijas muertas por flechas invisibles, se conserva aún

radiante en su miseria, y completamente mutilada, sonríe en los métopas del Partenón. Nada iguala en cambio á la desnudez de Esparta, de quien ya Tucídides había anunciado que no dejaría sino miserables despojos, en los que sería imposible reconocerla: profecía perfectamente cumplida, pues el área de la ciudad de Licurgo sólo se halla indicada por un suelo hollado y nivelado bajo las plantas de sus luchadores. No supo prepararse, como Atenas, eterno sepulcro; si todas las ciudades griegas la hubiesen imitado, no nos quedaría hoy el menor vestigio de su civilización. Pueblo silencioso, ha muerto sin fausto, pues sus únicos monumentos eran la ciudad, la ley y la patria. Muerta Esparta, murió también el porvenir de los espartanos, sin que pudieran consolarles de su caída restos ningunos de murallas, esculturas ni bajorrelieves. Todos los monumentos fúnebres, sepulcros, urnas, sarcófagos, reunidos en un mismo lugar, serían menos elocuentes que el campo en que crece la salvaje hierba del Palæo Chorio. Esparta ha dejado la vanidad de las ruinas á su rival, Mesenia, la ciudad de los esclavos, donde un pueblo de siervos y trabajadores ha sembrado abundantemente sus fustes de columnas, hierbas de mármol que aun hoy se rejuvenecen en medio de los sillares.

Las ruinas del politeísmo de Italia se han convertido casi todas en monumentos cristianos, no pareciendo sino que hasta las mismas piedras se han arrepentido y piden perdón por la sensualidad

romana: el Panteón mismo expía bajo la cruz los pasados esplendores del paganismo. Todo, al contrario, se conserva pagano en Grecia, sin que el Dios de San Pablo haya podido convertir los templos al culto nuevo. Así es que las pequeñas iglesias del cristianismo se inclinan obscuramente bajo su sombra y se hallan ya como envejecidas, mientras que las columnas profanas se hallan aún revestidas de eterna juventud, como si sobre aquella tierra ligera ningún otro culto que el de la belleza visible pudiera arraigarse. Cuando lejos de las ciudades y sobre las desiertas cimas vemos aún en pie, en vez de la cruz, las columnas de los santuarios, nos parece que los antiguos dioses han seguido siendo los legítimos poseedores de aquella naturaleza rebelde, y creeríase que al primer rayo del día iba á reaparecer su cortejo en los bosques de olivos, mientras que del fondo del mar se eleva un hálito de ambrosía, como de divinidades hartas de néctar. Y es que la naturaleza ateniense, al contrario de las tristes marismas de la campiña de Roma, aparece aún adornada para los juegos olímpicos. El sol levante dora todavía los capiteles de Nemea; oyes el coro alterado de las cigarras llamando sobre las parvas de la Cella á Júpiter Pluvioso; el himno de los dioses subterráneos se exhala en fin hasta de las bóvedas de las capillas bizantinas, que, formadas de trozos de esculturas paganas, parecen sólo á medias convertidas al pensamiento del cristianismo.

Lo divino en la humanidad.—Las religiones griegas en sus relaciones con la poesía y las artes.

El Dios del paganismo sólo se ha mostrado aún en la Naturaleza, pero el hombre, después de haber en cierto modo recorrido en pos de él todos los mundos, se acuerda un día de buscarle dentro de sí mismo; aquel infinito que descubría en la faz de los desiertos, encuéntralo ahora en la armonía de los rasgos de su rostro, y reconoce en las proporciones de su cuerpo el tipo de la belleza desparrramada en el resto de las cosas, como un jeroglífico pensante que quiere descifrar su propio misterio. De sus ojos brota fuego más puro que el de las ramas de mirto ofrecidas en sacrificio: el ruido de sus sociedades, multiplicándose, ensordece el ruido de los elementos; en vez, en fin, de anularse á sí propio ante la majestad del universo, exclama entonces con la Pitia, sintiendo su corazón estremecerse: «Aquí, aquí está Dios.» De esta manera el hombre viene á ser la medida, la regla y el término de todo: primer paso del paganismo hacia la revelación de Dios hecho hombre.

Para acabar de explicar las religiones orientales por su caída vamos á inquirir lo que en ella puso el genio de la Grecia. Antes de Homero apenas existía; después de Alejandro dejó de existir. Más allá de estos límites que la encierran, como un carro en el circo, depende del Asia, pero en este intervalo, adoptándolo todo para todo cambiarlo, arruina el Oriente por el pensamiento y la espada.

Hemos buscado, sin hallarla en parte alguna, aquella primitiva teología, aquel Orfeo que debió resumir en sus himnos los misterios de los sacerdotes asiáticos, mostrándose más evidentemente las escasas huellas que dejaron, cuanto mayor empeño se pone en descubrirlas. ¿Dónde existen los vestigios de las revoluciones por que debieron atravesar las creencias orientales antes de tomar la figura de los dioses olímpicos? Mundo sepultado, no es posible ni percibirlo de nuevo ni negarlo. Únicamente podemos concluir que si los monumentos de las épocas en que la Grecia era el neófito del Oriente desaparecieron tan pronto, es porque repugnaban á la naturaleza de su genio. Es imposible sorprender esta maravillosa nación en su cuna; cuando se muestra por primera vez, ya su espíritu ha llegado á su plena independencia. Siendo su religión una obra de arte que se expresa en un relato, no se ve á sus dioses comenzar á balbucear obscuramente en las lenguas de un himno ó Veda helénicos, sino que en el instante en que se revelan llevan marca-

da la huella de siglos desconocidos: nacidos ayer, cuentan ya con recuerdos eternos. Precisamente en esta desaparición de sus fuentes, en este olvido de sus esbozos, consiste la originalidad de la Grecia, hija del canto, que del abismo del pasado surge del todo vestida con su belleza, perfeccionados ya el cuerpo y el alma, formado el temperamento y colmada la memoria, así como su Venus surge, núbil, del fondo de las aguas. De todos modos, y cualquiera que sea la opinión que respecto de sus relaciones con el Oriente se adopte, no cabe duda de que, más reflexiva, más elevada y más civil en sus orígenes que las sociedades asiáticas, pertenece á una época posterior en el desarrollo lógico del espíritu humano. Entre el *Rig-Veda* y la *Iliada* hay el intervalo de muchas civilizaciones, la diferencia de la infancia á la pubertad.

El nombre de Homero no sólo representa una gran época del arte, sino la primera revolución además, por la que la fe del mundo se transformó en poesía. Fué el primero que se atrevió á poner su mano sobre las divinidades inmutables del pasado; las vació en el molde de la humanidad; las consideró y midió con esta única medida, cambiando y alterando los antiguos dogmas con tanto menos escrúpulo cuanto le importaba menos comprenderlos; levantó el velo de la antigua Isis y sacó á la luz del día las figuras misteriosas que apenas se atrevían á saludar con sus nombres los sacerdotes del Oriente. De este modo imbuyó lenta-

mente toda el alma de los pueblos en el seno de los inmortales, y cuando hubo acabado esta obra, se encontró, en vez de los mudos símbolos de la naturaleza primitiva, con un areópago de dioses sociales, civilizados y elocuentes, que discutían entre las nubes la política sagrada. La creencia se transformó en arte, y la antigua religión desapareció; pero la tierra se sintió por un momento libre de un peso inmenso. El temor al misterio se disipó, las divinidades circunscritas á la esfera de la humanidad dejaron de pesar en la imaginación de los pueblos y derramaron sobre el mundo su amplia serenidad. De aquí nació la civilización griega.

Es fácil comprender, si queremos averiguar en qué época vivió el hombre más satisfecho sobre la tierra, que fué durante el reinado de esta religión de poetas. Había renunciado á ahondar las antiguas cuestiones donde hallando el abismo colocaba una divinidad que ocultase bajo su púrpura aquellas profundidades. Divinidades indulgentes, próximas siempre á él y como él jóvenes é imprevisoras, hijas del himno, le conducían constantemente en pos de su propio destino, y él bajo sus cuidados se abandonaba y adormecía. ¿Qué necesidad había de otra cosa si la tierra se despertaba todas las auras sonriendo? Su alma y sus deseos detuviéronse, pues, allí, concediéndose á sí mismos un instante de tregua. Alimentado así el hombre por el néctar divino, fué tan profunda su serenidad, que apenas si se turbó con la caída de la sociedad griega.

Arruinábanse las ciudades, y aun no se inquietaba. Para despertarle de aquel jardín de rosas, fué preciso que el cristianismo viniera á desencadenar en él una ambición sin límites, haciendo que desde aquel instante mirase con desdén la tierra y hallase indignos de sus deseos los placeres mismos de los soberanos del Olimpo. Aquellas *prodigiosas contradicciones* de que Pascal nos habla, invadieron entonces su corazón. ¿Ni qué son el néctar y la ambrosia para el que tiene sed de vida del espíritu? El valle del Tempé se transformó en un valle de lágrimas, y el hombre por un contrato heroico conquistó lo infinito á costa del infinito dolor.

Reduciendo Homero las creencias del Oriente á las únicas condiciones de la belleza, determinó anticipadamente el carácter y destino de la Grecia, convirtiendo sus poemas en la Biblia ó libro de la ley de los pueblos helénicos, siendo así para los griegos lo que fué Moisés para los hebreos: espectáculo que no ha de repetirse, el de ver ordenarse una sociedad según el plan de una epopeya como sobre su institución fundamental. Licurgo, Solón, Pisistrato, hacen entrar sucesivamente la ciudad en aquel plan armonioso; el espíritu de la democracia, antes de realizarse y encarnarse en la plaza pública de Atenas, había ya brillado en las discusiones, arengas y deliberaciones de los Olímpicos sentados sobre los muros de los Ciclopes; Alejandro se conduce por el modelo de Aquiles, y Agesilao por el de Agamenón; las leyendas de los héroes, en

fin, son á la antigüedad lo que las leyendas de los santos á los tiempos cristianos, ofreciendo los modelos que deben ser imitados en la vida: prueba todo ello de que la *Iliada* y la *Odisea* representan un gran ideal, hacia el que tiende la sociedad griega por una aproximación constante. Cuando creyó haber realizado al fin su poema, se despierta en la ley del Evangelio.

Si no ocurriese otro tanto en la vida particular de cada hombre, admiraríamos sin duda que los más elevados pensamientos de los pueblos se encuentren en sus primeros años. La pura revelación de la verdad irradia sólo en la mañana de la vida, cuando aún no han sido sentidas las necesidades corruptoras. Un ideal de poesía y de verdad, una *Iliada*, una *Odisea* interior se realizan entonces en el espíritu del hombre que viene al mundo; glorioso si la sigue, pusilánime y pequeño si de ella reniega. No renegó la Grecia ciertamente de la imagen que le fué revelada; por el contrario, supo convertir el poema en verdad, en realidad la ficción, el presentimiento en historia, y de acuerdo consigo misma, se condujo desde el principio hasta el fin por el ritmo de la lira del rapsoda, y aun cuando tornase á la barbarie, volvería á Homero.

Después de la epopeya, nada tanto como la escultura influyó en la revolución religiosa. Largo tiempo se conservaron las imágenes de los dioses tan simbólicas como en Oriente, y hasta las esta-

tuas de Júpiter con cabeza de carnero llevaban en sí mismas su propia significación, bastando que estuviesen conformes con el culto de la Naturaleza. Pero cuando el arte comenzó y la cabeza del animal fué sustituida por la del hombre, que recabó para siempre ser el representante de Dios, sonó la hora sin duda de una nueva era. Porque también la Grecia tuvo su Edad Media, durante la cual se desbastaron las formas, que más tarde debía elevar á la perfección. Pero lo más notable es que el arte griego comenzó de modo completamente diverso al arte cristiano, pues las estatuas de la antigüedad poseen ya cuerpos admirables, cuando sus rostros tienen el aire de una imbecilidad candorosa, al paso que en la estatuaria moderna comienza el arte por producir y perfeccionar la fisonomía, la expresión, el pensamiento. Ved los mosaicos de las iglesias bizantinas. ¡Qué grosería en las formas! ¡qué anatomía tan bárbara! Y sin embargo, en todos respira un santo espíritu divino. En una palabra, el arte griego comienza por la imitación de la Naturaleza y el arte cristiano por el ideal, como si en él fuese el alma la que se transformase y construyese su propio cuerpo. El uno va de fuera á dentro; el otro de dentro á fuera: éste acaba primero la cabeza; aquél el cuerpo. Y ¿no señala esta sola diferencia todo el intervalo entre el paganismo y el cristianismo?

Lo que es á los poetas Homero, Fidias lo es á los escultores. Él lleva al mármol y al bronce la

revolución religiosa, cuyo legislador fué Homero; él hace tocar con las manos las visiones del poeta; él, con la misma libertad que el viejo rapsoda había usado con los dogmas y las creencias, reconstruye los antiguos tipos de la estatuaria. Reformador á la vez que artista, crea un Olimpo tangible. Y ¡con cuánta más razón, si en nuestros días se ha acusado á Rafael de haber alterado la tradición religiosa de la Edad Media, pudo echársele en cara á Fidias sus atrevidas innovaciones! En la medida de las cosas humanas se nos presenta como un verdadero revelador, tanto más cuanto que supo encarnar en la piedra, sin más inspiración que la de su propio pensamiento, todos los sentimientos de grandeza y majestad soberana que habían hecho palpar á su pueblo en el umbral de los templos, enseñando á los griegos á conocer en sus obras la figura y los rasgos de sus divinidades, como si con sus propios ojos las vieran. Hasta aquel intervalo misterioso que de ellas les separaba, acabó por desaparecer, y la serenidad natural de su genio fué así para siempre conservada. ¿Qué resta hoy de aquella visión del Eterno en la hoguera ardiente del Olimpo? Los bajorrelieves de los templos de Teseo y del Partenón pueden servir asimismo para los de la Venus de Milo, y si se nos preguntase cuál es el carácter de estas obras descubiertas en nuestro tiempo, responderíamos que una mezcla de la ingenuidad de Homero, de la corrección de Sófocles y de la majestad de Platón; la belleza física

llevada á tal extremo que deja de ser sensual; la naturalidad en la sublimidad; un ideal, en fin, que penetrando, no sólo las facciones, sino hasta los menores detalles del cuerpo, envuelve á las divinidades en un santo vapor de incienso. Añadiríamos aún que allí se ven la grandeza sin esfuerzo, la libertad de la Naturaleza misma revelada por la inteligencia, grandes efectos con pequeños recursos, la calma y la gravedad, no la inmovilidad de los cielos olímpicos; la vida amasada con néctar y ambrosía, la paz, en fin, y la armonía entre la materia y el espíritu, ó lo que es lo mismo, el reposo del orden soberano: milagro que nos revela que la palabra no es toda la perfección, y que es preciso ver con los ojos y tocar con las manos el mármol de aquellas imágenes, que aun deben ser sagradas para nosotros, si sabemos ver en ellas una expresión de la belleza, inmutable como una verdad matemática. No se pregunte si son paganas ó cristianas; son bellas, son verdaderas y pertenecen al Eterno.

Los dioses de Fidias reúnen armoniosamente los rasgos del hombre y la faz inalterable de la Naturaleza. La serenidad de los cielos azules, no turbada aún por tempestad alguna, la calma de los océanos en el primer día del mundo habita en sus pechos, y no parece sino que el alma del universo se irradia al través de sus frentes impasibles, y que sin deseos ni agitaciones persisten interiormente en la meditación de las leyes inmutables de

los seres. Al contrario, desde esta época del arte comienzan á sufrir más y más el yugo de las pasiones y las ideas sociales, hasta que en los últimos tiempos acaba el hombre por invadirlo todo, sin quedar más que Dios. Scopas y Praxiteles suceden á Fidias, cambio marcado por los grupos de Niobe; la calma antigua de los olímpicos es sustituida por un dolor incurable: los labios que sólo la ambrosía y la dulce bebida de la Via Láctea conocían, aprenden ahora á gustar los venenos de la tierra. Praxiteles es seguido por Lisipo y la escuela de Rodas; la Niobe por el *Hércules Farnesio* y el *Laocoonte*. ¿Quién se atrevería á medir esta estatuaria? Parecería perfecta si no conociésemos la que le precede. Y sin embargo, ¡cuán lejos está esta belleza, un tanto teatral en su magnificencia, aun cuando tan admirable, de aquel arte soberano que sólo expresaba pensamientos eternos! Hay la misma diferencia que entre Eurípides y Sófocles. Poco á poco la Venus austera de los primeros tiempos, que reinaba en su severo imperio por su sola belleza, se transforma en la Venus de Médicis, que necesita ya sonreír para encantar al mundo. Las formas son todavía perfectas; pero ¿quién no ve que el sello de la Divinidad se va borrando? Apenas se siente ya el soplo de las cosas sagradas; en vez del amor incorruptible, surgido de la primera espuma de las olas, existe ahora una virgen ocupada en alimentar los deseos de las mujeres de Cos ó de Gnido; la Grecia piadosa de Milciades se convierte

en una Grecia voluptuosa, que pone en los labios de su diosa, en vez de los signos del santuario, las canciones de Alcibiades. Alejandro, en fin, haciéndose el Dios, el *Júpiter Tonante* de los escultores, imprime al arte su último carácter, y la escultura, descendida para siempre de la región de las antiguas creencias, se pone al servicio de las apoteosis de reyes y emperadores. Tomando al pie de la letra la doctrina de Evhemero, hácese cortesana de los dioses políticos, y la que había comenzado en el cielo por las figuras de Fidias, uniendo la gravedad de las religiones orientales al sentimiento de la personalidad que brilla en las del Occidente, acaba por la apoteosis del favorito de Adriano.

III

El drama en sus relaciones con las religiones griegas

Homero cambió los dioses del Oriente; los poetas líricos y dramáticos cambian los dioses de Homero. Píndaro es al parecer el más pagano de todos, pues adorador del canto y de la palabra métrica, su ídolo es la lira, lo cual explica su popularidad en un pueblo que contaba sus años por sus juegos. La Grecia, dividida en todo, sólo se mostraba unida en el brillo de los juegos olímpicos, poéticos y nemeos, y el poeta que cantaba aquellas jornadas era verdaderamente sacerdote de la alianza; al celebrar la fiesta del arte, celebraba la fiesta patronal de Grecia. Al pronunciar este nombre, no podemos menos de echar en olvido cuanto se ha dicho acerca de la desnuda y rápida sencillez de la antigüedad. En aquel espléndido estilo, como en la estatua de Júpiter Olímpico, mézclanse el oro y el ébano, y si en medio de la pompa de una ceremonia religiosa y civil nos figuramos la Grecia, vestida con la púrpura de Tiro, tendremos la imagen de Píndaro. Este David helénico anuncia,

en una Grecia voluptuosa, que pone en los labios de su diosa, en vez de los signos del santuario, las canciones de Alcibiades. Alejandro, en fin, haciéndose el Dios, el *Júpiter Tonante* de los escultores, imprime al arte su último carácter, y la escultura, descendida para siempre de la región de las antiguas creencias, se pone al servicio de las apoteosis de reyes y emperadores. Tomando al pie de la letra la doctrina de Evhemero, hácese cortesana de los dioses políticos, y la que había comenzado en el cielo por las figuras de Fidias, uniendo la gravedad de las religiones orientales al sentimiento de la personalidad que brilla en las del Occidente, acaba por la apoteosis del favorito de Adriano.

III

El drama en sus relaciones con las religiones griegas

Homero cambió los dioses del Oriente; los poetas líricos y dramáticos cambian los dioses de Homero. Píndaro es al parecer el más pagano de todos, pues adorador del canto y de la palabra métrica, su ídolo es la lira, lo cual explica su popularidad en un pueblo que contaba sus años por sus juegos. La Grecia, dividida en todo, sólo se mostraba unida en el brillo de los juegos olímpicos, poéticos y nemeos, y el poeta que cantaba aquellas jornadas era verdaderamente sacerdote de la alianza; al celebrar la fiesta del arte, celebraba la fiesta patronal de Grecia. Al pronunciar este nombre, no podemos menos de echar en olvido cuanto se ha dicho acerca de la desnuda y rápida sencillez de la antigüedad. En aquel espléndido estilo, como en la estatua de Júpiter Olímpico, mézclanse el oro y el ébano, y si en medio de la pompa de una ceremonia religiosa y civil nos figuramos la Grecia, vestida con la púrpura de Tiro, tendremos la imagen de Píndaro. Este David helénico anuncia,

bajo el punto de vista de sus creencias, el advenimiento de un señor más poderoso que Júpiter; convierte los antiguos dioses de carne en dioses espirituales, y puebla el viejo Olimpo de verdades morales, sentimientos é ideas, que personifica del mismo modo que las antiguas fuerzas de la Naturaleza. Los himnos coronados de mirto son ahora los reyes de la lira, que conmoviendo sobre los goznes sus puertas sonoras, van á llevar hasta el fondo del santuario el entusiasmo, la sabiduría y la ley, nuevas divinidades sagradas para el poeta.

Esta revolución es continuada por el drama. Así, en el *Edipo*, el héroe es más sabio que el sacerdote; logra descifrar con los solos recursos de su razón el enigma, que para aquél permanece impenetrable. Despojado más y más de los rasgos humanos, el Dios personal de Homero recibe vagos atributos metafísicos, y es ya evocado por las fórmulas de la filosofía: *Cualquiera que tú seas, serás siempre la causa suprema*. Otras veces los antiguos ritos del culto de la Naturaleza, el panteísmo oriental, reaparecen en toda su desnudez, y el Júpiter de Esquilo es el espacio etéreo, la tierra, el cielo y no sabemos qué cosa superior á todo esto. Como por otra parte, los atributos son cada vez menos distintos, sucede con frecuencia que son tomadas las divinidades unas por otras, y esta confusión se convierte también en un progreso hacia la unidad futura. No sólo descomponen los poetas trágicos las creencias de la antigüedad, sino que se presentan

como poseídos de presentimientos tan divinos, que no podemos menos de considerarles como los profetas paganos del cristianismo. En el drama *Las Suplicantes*, rechazan las mujeres el yugo del matrimonio oriental, enalteciendo su propia condición por el sentimiento casi evangélico de su dignidad interior; aurora del cristianismo, que comienza á lucir en la profunda noche de Argos. En cuanto á Sófocles, muestra ya entera, en su lengua, la creciente espiritualidad de la poesía, pudiéndosele comparar con el más puro diseño de un vaso antiguo. Frecuentemente no traza más que un rasgo, pero este rasgo es la línea misma de la belleza, y no podría ser de otro modo sin dejar de ser bello: pureza incorruptible del arte que nos haría gustar algo de la impresión prematura del cristianismo, si el alma de Antígona no mezclase en ella su perfume. ¿Qué no será cuando el pensamiento ateniense se encuentre con la poesía de los Salmos y el Verbo de San Juan?

Exageran grandemente los que afirman que los griegos permanecieron siempre ciegamente encorvados bajo el yugo de la fatalidad. El coro, en las tragedias, protesta sin cesar contra la fuerza y contra lo que hoy llamamos la religión del éxito, y el coro, respecto de los sucesos que á su vista se realizan, parece representar la conciencia viva del género humano. En medio de las violencias de la escena, guarda incólumes los derechos de la libertad interior; invoca la cólera del cielo contra

el crimen afortunado; remite al malvado coronado al castigo del mañana; anuncia en sus consejos soberanos un segundo desenlace más justo y perfecto que aquel á que asiste; conserva cuidadosamente los últimos rasgos de la justicia eterna, y representa, en fin, la lucha naciente entre la fatalidad y la Providencia, entre las que él mismo se halla dividido, lo cual constituye precisamente, por más que haya sido olvidado, la potencia superior del drama griego. El coro, además de recibir y expresar los presentimientos y profecías morales del poeta, ejercía, bajo el punto de vista artístico, la función delicada de calmar los espíritus, cuando la impresión era demasiado punzante, pues conforme al sentido de sus dichosos dogmas, no querían aquellos hombres que en ninguna circunstancia civil ó política se prolongase el dolor sin ser al punto embellecido por la esperanza. Otras veces, cuando la acción se estaba desarrollando y aquellas almas atenienses, tan fáciles de conmovirse, comenzaban á sentirse oprimidas, suspendiase el drama con objeto de dar respiro á aquel pueblo de poetas, y en medio de su angustia levantábanse los cantos armoniosos como el rocío en el aire, siendo atemperadas por los himnos las nobles lágrimas que arrancaba el diálogo. Así llegaba el drama antiguo descansando y elevándose siempre á su desenlace, y de este modo el dolor contenido, ora desencadenado, ora transformado en piadosos ditirambos, aumentábase con su moderación mis-

ma, como el dolor de la estatua de Niobe. No han podido aclimatarse, á pesar de la notable excepción de Racine, los coros en el teatro moderno, porque no amamos ya lo suficiente la belleza por sí misma, para soportar el que la acción, suspendiéndose, nos dé tiempo para contemplarla y acostumbrar á ella nuestros espíritus. Lo que sentimos siempre es que no se desarrolle tan rápidamente como quisiéramos, y por eso la escena moderna, precipitándose sin descanso hacia su fin, cambia incesantemente de lugar, de interés y hasta de decoración, como la sociedad misma. Nada puede suspenderla; una solicitud ardiente la impulsa al desenlace, y el poeta, que á ejemplo de los antiguos quisiera de vez en cuando templarla con un soplo lírico, fatigariase, luchando contra esa inquietud del mundo, que busca la paz en el cambio y el movimiento.

Mucho tiempo engañados por la falsa imitación de estos modelos, no sabíamos sino acusar de frialdad á los griegos, al compararles sobre todo con la ardiente sed de emociones de que hoy el mundo se halla poseído. Shakespeare nos hacía olvidar á Sófocles; pero cuando pudimos considerar más de cerca aquellas obras, nos convencimos claramente de que nada sobrepujó nunca la originalidad, la vida y la gracia de aquel arte excelso, y de que cuanto más impacientes y anhelantes se muestren las imaginaciones de nuestro tiempo, más les convendría descansar á intervalos en la meditación

de aquella belleza, que debe su superioridad sobre todas las demás á su serenidad misma.

La tragedia griega acaba por la comedia divina. Aristófanes, el Homero bufón, encierra en su epopeya la parodia de todo el sistema social de la antigüedad, y no parece sino que sobre el frontispicio de un gran templo se levanta la máscara colosal de un sátiro, que, coronada la frente de hiedra, se burla de la creación entera. Lo que presta á esta figura su verdadero sentido, es la consideración de que en la sociedad oriental, aquella inmensa cuna del género humano que acabamos de recorrer, no hay nada absolutamente consagrado al arte cómico, siendo tomado todo, cosas, hombres y creencias, por lo serio. El candor del mundo naciente excluye la idea de la ironía. La mofa y la burla suponen ya muchas experiencias anteriores, y el chancearse de las cosas y ridiculizarlas indica haber sido engañado muchas veces: el hombre comienza por el llanto, no por la risa. Pero despiértase la Grecia, y la ironía estalla libremente; la humanidad, volviendo atrás su cabeza y contemplando tantos fantasmas ya desvanecidos, ilusiones arruinadas, imperios derrocados y falsos dioses despojados de su máscara, lanza una de aquellas carcajadas interminables que Homero atribuía á los olímpicos. Esta hilaridad mezclada de néctar, esta embriaguez de la ambrosia, constituye toda la poesía de Aristófanes.

Existía, en efectó, tan innata malicia en el es-

píritu griego, que por mucho que ante los dioses se encorvase, no podía menos de apercebirse de sus ridiculeces, introduciendo de este modo hasta en el templo la duda irónica. Aristófanes creía seguramente en las divinidades paternas de Atenas, puesto que apresuró la muerte de Sócrates acusándole de impiedad; pero inflexible creyente, que no sufría el menor ataque á las viejas doctrinas en discusión seria, poeta fanático, que con mano firme presenta la cicuta al escéptico grave y razonador, cree que todo le es permitido cuando sólo del arma del ridículo se sirve. Su espíritu se burla de las divinidades, á quienes ofrece sacrificios; acaba el himno por un epigrama; inventa para sus comedias pequeños dioses burlescos que se mofan de los grandes; en vez de las divinidades que la Grecia tomó del Oriente con cabezas de gavián, de lobo ó de león, inventa una Diana jilguero y una Cibele avestruz, madre de los dioses y de las diosas; promete á un pajarillo el sacrificio solemne de un mosquito; hace que Prometeo, aquella austera figura hasta entonces tan solemne, se oculte bajo un parasol, para que el ojo penetrante de Júpiter no le descubra; presenta á Neptuno prometiéndose la herencia de Júpiter y discutiendo anticipadamente los términos del testamento del Señor Soberano; hace que Hércules venda por una comida su derecho divino, y lo que es más todavía, para coronar toda esta ironía olímpica, mófase hasta de la muerte, del sepulcro y de los abismos poblados por

los dioses subterráneos, llegando al extremo de parodiar al infierno. Precisamente una de sus piezas cómicas debe su nombre al coro de las ranas del Tártaro, que en una flamante y burlesca poesía mezclan sus gritos con los sublimes coros de las almas errantes de los iniciados en los misterios de Eleusis, haciéndonos gemir y llorar á un mismo tiempo. Á tanto se atrevían Aristófanes y el pueblo ateniense cuando las creencias estaban aún vivas, y sin sospechar siquiera que aquel juego pudiera tener sus peligros. Al salir de la representación de estas obras, no dejaban de ir á reunirse piadosamente en torno de los templos. El incienso comenzaba de nuevo á quemarse, resonaban los himnos, adquirían las ceremonias toda su gravedad, y la fe surgía, aunque unida al sarcasmo, con una ingenuidad maligna, constituyendo tal fenómeno sin duda una de las más vivas originalidades del espíritu griego. Porque si la estatuaria católica en la Edad Media, en el seno de la fe más ferviente, intentó tomarse libertades parecidas, poniendo en las esculturas de las catedrales grotescas figuras que parecen burlarse de todo el edificio, no vemos, sin embargo, que el arte verdaderamente cristiano haya llegado hasta parodiar á Cristo.

Pero la ironía de Aristófanes, y esto hace que se soporte, era universal. Nada menos sistemático que aquel espíritu que en alas de la risa se eleva sobre todo lo creado, y lo mismo se mofa de Esparta que de Atenas, de la aristocracia que de la demo-

cracia, de Cleón que de Platón, de Esquilo que de Eurípides, sin respetar al mismo Homero ni tampoco á sí propio, fuera de sus epigramas y burlas. Esta misma universalidad hacía que todos se consolasen, pues la burla se extendía á la Naturaleza toda, y por eso Grecia, á pesar de las punzantes mordeduras del poeta, no podía menos de hacerse su cómplice, tanto más cuanto que á la postre toda aquella jácara y chocarrería estaba corregida en los coros por la poesía más elevada, heroica y religiosa, llevando de este modo al alma rápidamente desde la caída á la redención. Después del diálogo burlesco, oímos entonar himnos entusiastas, que parten del umbral embalsamado de los templos. Ningún otro poeta supo como él reunir en un arte, que parece ser el de la Naturaleza misma, lo cómico y lo sublime, la parodia y el ditirambo sagrado, el demonio y el ángel. Imaginaos la oda de Píndaro purificando el genio de Rabelais, y tendréis así la medida de la amplitud del poeta, que supo abrazar con sus alas las dos más opuestas regiones de la inteligencia. Después de él continuó aún la ironía envenenando el seno de la sociedad griega, pero sin mostrar ya entusiasmo. Al fin, en los diálogos de Luciano no queda más que la parte inferior y como las heces de la copa de Aristófanes.

Así es como el paganismo griego, ordinariamente representado como fijo é inmutable en sus formas, mostróse, por el contrario, siempre móvil

y mudable como la Grecia misma. La epopeya, la estatuaria, la poesía lírica, el drama, metamorfosean sucesivamente el antiguo culto de la Naturaleza, que privado de la autoridad del sacerdocio, se halla entregado á todas las fantasías del arte. Algo existe permanente, sin embargo, en medio de tan continuas variaciones, y ese algo es la belleza infinita, que aquel pueblo busca, ávido, al través de toda su historia, sin renunciar nunca á ella; la persigue de siglo en siglo en la piedra ó en el canto, en el bronce ó en los tesoros de la palabra, tornando á perseguirla bajo otra forma, cuando la ha encontrado bajo una cualquiera, y yendo siempre, en todas ellas, del culto de la belleza física al culto de la belleza moral. Unas veces se eleva, otras cae, pero aquel ideal soberano no se extingue nunca completamente para él. Llega hasta el bien, pero es por el camino de lo bello. En un principio forma sus dioses de modo que agraden á sus miradas, comenzando por adorarles por fuera; después les enriquece interiormente con sus propios pensamientos; finalmente, destrúyeles por el escepticismo, para contemplar desde más cerca el esplendor con que les había revestido; pero siempre avanza al través de los despojos de las religiones positivas, sin cansarse ni desconcertarse, con los ojos fijos en el ideal. Por eso, cuando un día San Pablo apareció en el Areópago para anunciar, no ya sólo la frágil belleza del poeta, del estatuario, del escultor ó del arquitecto, sino la belleza viva y eterna,

todos los ojos se volvieron ansiosos hacia él, porque la educación de la Grecia estaba acabada y podía comprender perfectamente aquel lenguaje. Encontrándose cada país subyugado por una tendencia especial, mientras el Egipto se convertía al Dios flagelado de la Pasión, Grecia volvía sus ojos al brillante Dios del Tabor, quien, realizando el antiguo ideal, aparecía desde luego como el salvador y mesías helénico, que sin necesidad de mármoles ni cimientos, llevaba consigo su estatua y su templo.

La historia

El drama y la historia se distinguen en que el uno se desarrolla en los tiempos de calma y la otra en las épocas revolucionarias. Para que el espectáculo de la ficción se tome en serio, es menester que el mundo real guarde silencio, mientras que para pasar del sentimiento de la poesía al de los hechos, de la leyenda á la crónica, se necesita, por el contrario, que el ruido de las cosas conmueva vivamente los espíritus, que el espectáculo de sucesos aun recientes les preste la impresión y la medida de la verdad. Nació en los pueblos cristianos el sentimiento de la realidad, de la emoción de las Cruzadas, y en los griegos del espectáculo de las guerras médicas, instante solemne en que una sociedad, aun mecida en la cuna por las tradiciones de la epopeya y la mitología, fué atacada por dos millones de hombres. Choque tan violento no pudo menos de despertar con sobresalto los espíritus suspensos de los cantos de Homero. Habíase hasta entonces vivido de vagas tradiciones; sucesos inciertos se resumían en una mitología también

incierta; la historia política no existía aún, ó si se quiere, estaba toda asumida en la historia de los dioses; la verdad y la ficción, aun no distinguidas, usaban un mismo lenguaje, el de los versos. Pero cuando Jerjes llegó á incendiar los templos de Atenas, la historia apareció en toda su desnudez. Habíanse presenciado grandes jornadas, que habían de convertirse en verdaderas épocas. El nombre de los pueblos confederados fué entonces inscrito al pie de la estatua del Júpiter de la alianza; la realidad fué también puesta bajo la protección del Dios; el verso cedió su puesto á la prosa, la tradición á la escritura, la mitología á la historia; Homero y Hesíodo tuvieron por sucesores á Herodoto y á Tucídides.

No nos explicamos cómo haya habido quien no viese en Herodoto sino un Froissard de la Jonia, lo que equivale á encerrar una estatua del Partenón en una casa feudal. Herodoto, en efecto, no narra sólo las acciones de los hombres, sino también las obras de la Naturaleza, y esto hace que su historia tenga más de génesis oriental que de crónica de la Edad Media. Su curiosidad despiértase ante todo lo que le rodea, y lo mismo traza el curso de los ríos que sigue las emigraciones de los pueblos. Lleno de una admiración candorosa, sale de su país, yendo á tocar con sus propias manos los pueblos y objetos extraños que se mezclan en su narración, ofreciendo el espectáculo de sociedades nacientes en medio de un mundo también naciente.

Y no sólo contribuye á dar á su obra carácter de epopeya este acuerdo de la Naturaleza y de la humanidad, sino también la marcha y el plan que sigue, quizá inconscientemente. Así es que cuando los modernos se envanecen con haber inventado la filosofía de la historia, se olvidan de decir que el desorden de Herodoto oculta un encadenamiento tanto más profundo cuanto que es en parte independiente del escritor mismo. No se manifiesta éste al principio sino como un viajero ó un peregrino pagano, errante de templo en templo, y si penetra en el seno de las sociedades orientales, es para reconocer allí las tradiciones de su país. Pero aunque piadosísimo, manifiesta pronto tanta curiosidad como religión en el fondo de su espíritu, y aunque de origen dorio, no deja por eso de adornarse con las flores del dialecto y del orden jónico. En todas partes visita á los sacerdotes, pero no contento como ellos sólo con orar y adorar, interrógaes, y vacilante entre la credulidad y una especie de escepticismo innato, no admite las más de las veces sino una parte de sus relaciones y noticias, que pesa y juzga cuidadosamente. Es el genio de la crítica, que bajo las apariencias del candor más ingenuo, se introduce por vez primera en los santuarios orientales. Hasta los versos mismos de los oráculos, que de vez en cuando mezcla con su prosa, están proclamando una religión política muy parecida á la reforma de Píndaro y Esquilo.

Ningún plan, por otra parte, parece regulari-

zar aún su marcha. Durante un buen espacio de tiempo paséanos por la Persia y Babilonia, cuyo fabuloso esplendor describe, haciéndonos subir sobre las inmensas murallas de ladrillo y hasta la cima del templo de Belo. Condúcenos desde allí hasta el valle de Egipto, donde penetramos en el laberinto, y tocamos las pirámides, y medimos aquella civilización, que alcanzaba ya su decadencia. Pero hasta este instante sólo hemos seguido á un viajero caprichoso; he aquí que el historiador va á revelarse. Y en efecto, después de habernos hecho pesar en cierto modo la enorme balumba de aquellos imperios, después de haber abrumado nuestra imaginación con su poder, después, en fin, de habernos contado sus riquezas, provincias y ciudades, comenzamos á ver lentamente reunirse aquellas provincias, aquellos Estados, aquellos reinos, bajo la mano de Darío y de Jerjes, en una fuerza única, que se desencadena de improviso sobre la cuna de la sociedad griega, y cuanto más tiempo fuimos retenidos en Asia, vagando como al azar por aquellas vastas comarcas, tanto más ahora nos sorprende semejante conclusión al descubriría.

Hemos comenzado por reconocer los límites extremos del horizonte de la antigüedad, Susa, Babilonia, Persépolis, Memfis, Tebas, la Escitia; después el círculo se estrecha, oímos como un eco lejano de la Grecia, resonar en las riberas del Asia Menor y aquellas pequeñas revoluciones de las

ciudades jónicas que dan la señal. El círculo vuelve á estrecharse, y aquel Oriente, cuyos pueblos acabamos de contar en una enumeración homérica, se precipita en masa por el Helesponto sobre aquella Grecia naciente, apenas aun conocida por lo débil y obscura. ¿Cómo ha de resistir al choque del Asia? He aquí el primer pensamiento que nos acude. De este modo es como Herodoto, estrechando siempre su horizonte, nos conduce hasta el desfiladero de las Termópilas, pasado el cual nos lleva hasta Salamina, arrastrando siempre tras de sí aquellos pueblos que secan los ríos bajo sus pasos. Todo parece perdido. Los generales, en la vispera misma de la batalla, vacilan, sin dispersarse ante aquella aparición del Asia que deja estupefacta la imaginación, porque se adivina, por esta largá marcha, que no se trata sólo del destino del imperio, sino de una batalla en que se interesa la humanidad.

Cuando al fin han sido coronadas al salir el sol las estatuas de los semidioses; cuando la batalla se ha ganado; cuando aquel inmenso peligro, tan lentamente acumulado por el historiador, se ha disipado para siempre; cuando los nombres de Platea y Micala se añaden al de Salamina; cuando el Oriente, en fin, *se ha roto contra la lanza Doria*, un sentimiento profuado se apodera de nosotros, eclipsando todos los demás: el de un milagro cumplido por el heroísmo del hombre. El débil humilla al fuerte, el derecho triunfa de la violencia: el

arte ha sobrepujado al número, el pensamiento á la materia. Tal es el desenlace; la primera victoria del espíritu sobre el destino oriental. ¿No es conforme con la exposición, si añadimos que los sucesos son agrandados é interpretados por las leyendas de la guerra de Troya, la política y los tratados fundados en parte sobre la *Illiada*, y las figuras de los héroes de Homero, apareciéndose constantemente al historiador, como los genios propicios de las guerras médicas. La más sabia reflexión no se conformaría seguramente mejor con el plan y el arte de la Providencia. Y es que Herodoto compuso su obra, como la Divinidad compone secretamente la historia; llega á su fin sin mostrarle, sin señalarle anticipadamente, dejando al desenlace que explique lo que pudiera haber de obscuro en el punto de partida. No posee indudablemente el método sentencioso de Bossuet, ni dogmatiza, ni percibe distintamente la Providencia; pero en cada paso que da, acércase indefectiblemente á ella, hasta que al fin la abraza sin que parezca verla: instinto del orden general mezclado con la *inocencia* del pensamiento y la dicción, que constituye su grandeza y su originalidad.

Más aún que con los poetas dramáticos, transfórmase el paganismo con los historiadores. El entusiasmo del combate se revela contra la fatalidad, y la Grecia, que con una sutileza heroica desobedece al oráculo y al dios de Delfos, que anuncian sólo por el cálculo de la fuerza la victoria del

Oriente, da comienzo á su vida política desobediendo á sus profetas. Coronados los ejércitos de guirnaldas, celebrando sus danzas guerreras después del sacrificio á las musas, parecen en los cantos peánicos celebrar, en lo más vivo de las batallas, la fiesta de la voluntad humana. Los historiadores nos dejan hasta el último instante en la incertidumbre del éxito, y eso que saben bien que basta muchas veces un pensamiento para hacer inclinar del otro lado la balanza de las cosas, lo cual constituye precisamente el espíritu de las arengas mezcladas á su narración. No son, pues, aquellos discursos, como tantas veces he repetido, un simple ornamento del arte ó el resumen cuando más de un sistema político, sino la expresión de aquella libertad de las grandes almas, que, elevándose por encima de la necesidad, disponen de los sucesos mismos: son en el arte de los historiadores lo que los coros en los dramas. Proclaman, en efecto, en medio del tumulto del mundo la independencia del pensamiento; enseñan y sostienen los derechos de la justicia, de la razón y de la conciencia; se fundan en la naturaleza misma de las cosas, porque toda historia es en sí una tragedia, en donde luchan juntos la libertad y el destino. Cuando las almas son fuertes, vencen la necesidad misma de las cosas, y esto es lo que sucedió en la antigüedad griega, que por la voz de aquellos grandes coros protestaba y se revolvía contra el yugo mismo de los sucesos. En cambio, en los

tiempos verdaderamente cristianos, el hombre, desposeído, se resigna en silencio y calla ante la palabra santa que resplandece en los hechos consumados.

Dios es quien hace oír únicamente su voz en la historia de Bossuet, llenando con su discurso todos los siglos, así como por una razón contraria la fatalidad habla muy alto en nuestros días en que las almas están mudas, é historiadores, hombres de Estado y filósofos sólo estiman, comprenden y describen la elocuencia y la fuerza de los hechos. Las cosas hablan; el hombre calla, y convirtiéndose la resignación en inercia, asoma el peligro de venir á parar á un fatalismo cristiano, como los antiguos terminaron en una providencia pagana.

Así como la historia de Herodoto se refiere á la epopeya, la de Tucídides se inclina al drama: si el uno describe el modo como se formó la unidad de la sociedad griega en Salamina, el otro cuenta cómo se rompió aquella unidad en la guerra del Peloponeso, mezclando en su narración á la experiencia de los hechos y sabia precisión del genio moderno un último rayo de las creencias heroicas. Es un plan de campaña grabado sobre el escudo de Hércules. Ocupaban aún el ánimo los recuerdos de la invasión de los persas, como durante la invasión lo ocupaban las leyendas de la guerra de Troya; pero lo que palpita constantemente en el espíritu del historiador, en medio de los variados

incidentes de la lucha, es el sentimiento vivo de dos razas rivales, el diálogo imparcial de dos sistemas religiosos y políticos, el duelo sagrado entre Apolo y Neptuno, que en vez de ocultarse en la nube de Homero, continúa mostrándose entre sus pueblos en la guerra de dorios contra jonios, de la aristocracia contra la democracia, de la tradición contra la innovación, de Esparta, en fin, contra Atenas, personificaciones brillantes de aquellos dos sistemas: asunto que reúne á un interés universal una forma precisa, ó lo que es lo mismo, una vida llena de realidad bajo el punto de vista del arte. En esta guerra civil, que ha descendido del Olimpo á la tierra, todo lo que es pueblo se alía con los atenienses, y todo lo que es oligarquía con los espartanos, conservando de este modo hasta el fin cada uno de los personajes la unidad de su carácter. Los dorios representan la tradición religiosa, el culto rígido, la vieja monarquía de los tiempos heroicos, y frecuentemente la fría crueldad de la razón de Estado; los jonios, el escepticismo filosófico, la profanación de los templos, los caprichos sangrientos y las sublimes contradicciones propias sólo de ellos. Recordad (es quizá el día más bello de la antigüedad) aquel pueblo de Mitilene que acaba de ser traidor á los atenienses, los cuales, á la primera noticia del suceso, disponen que el pueblo perjuro perezca sin perdonar á un sólo hombre. La ciudad es tomada; el decreto de muerte está dado conforme al derecho antiguo, y un barco lo

lleva á su destino. Pero pasa la noche, y Atenas no ha podido dormir, atormentada, no por el sentimiento de la injusticia, sino por el de su severidad. Por fin, se arrepiente; nace el nuevo día; reúne la asamblea; el pueblo vuelve sobre la decisión de la vispera y perdona: perdona á la ciudad que le ha hecho traición, y da en este sentido un segundo decreto. Recordad, sí, recordad aquel barco veloz que lleva á su vez la ley de gracia y de perdón, y la narración del escritor, que es en aquel momento tan rápida como la nave llena de remeros. El perdón llega por fin antes que el castigo, y todo aquel pueblo condenado y ya maniatado en la plaza pública, es salvado en el instante mismo en que creía iba á perecer. ¿Podrá decirse que aquel hermoso día pertenece á la religión de la fuerza?

Esta lucha de las creencias, de las razas, de las costumbres, se halla especialmente indicada en Tucídides por las proclamas, las arengas tribunicias, los mensajes de los embajadores y las quejas de los pueblos suplicantes, anunciándose á veces de un modo más enérgico por un verdadero diálogo entre dos ciudades. En este historiador, más aún que en Herodoto, queda vencido para siempre el destino oriental, puesto que lo que pertenece fijo é inmutable en medio de la confusión de los partidos, del estruendo de los combates campales ó navales, del día y de la noche, del canto guerrero del poean y del gran *coro de los negocios*

civiles, es aquellos nobles discursos, aquellas grandes palabras que dominan constantemente la tempestad. Los oráculos, envueltos en nubes de incienso, que Herodoto recogía en la entrada de los templos, no salen ya sino de la boca de los hombres de Estado, cada uno de los cuales es una verdadera providencia. La tribuna reemplaza al trípode; esto da el tono al escritor. Se ha notado que los discursos de todos los hombres políticos de este tiempo ofrecen en Tucídides el mismo carácter, calma, moderación, sangre fría, cuando no se penetra más allá de las apariencias; es un sentimiento de virilidad orgullosa, semejante al que palpita en las odas de Pindaro, y si las figuras ecuestres de Fidias se animaran y hablasen, usarían seguramente la misma majestad, la misma serenidad, la misma concisión espléndida en su lengua de mármol.

¿Por qué la palabra política tenía entonces un carácter diferente del que recibió en tiempo de Demóstenes, cuando la pasión fué su carácter dominante? Después de bien examinado, creemos haber hallado la razón. Al día siguiente de las guerras médicas, en la plenitud del orgullo que la Grecia adquirió con su victoria, estos pueblos aun jóvenes tenían un exceso de vida. Sus oradores, investidos de una especie de poder regio temporal, veíanse obligados á moderar tal impaciencia, y para dominar estas sociedades vehementes, necesitaban sobre todo de la serenidad que se adquiere

en las más elevadas regiones del alma. Su principal esfuerzo consistía en dominarse á sí propios, y de ahí aquella palabra medida é impassible de Pericles, aquella frente serena, aquella ausencia de emoción aparente, aquella frialdad de mármol de Paros, aquel corazón, en fin, incommovible en medio de los huracanes civiles. Cuando el caballo de batalla se precipita en el combate, ¿no es necesario contenerlo con el freno? Tal es el secreto de aquella elocuencia propia de todos los oradores en las primeras épocas de la vida política de los griegos, y que Tucídides ha consagrado en medio de los trofeos de la guerra del Peloponeso. Más tarde, en los tiempos de Demóstenes, todo cambia: los pueblos estaban cansados, y dudaban de sí mismos. Sus fuerzas se habían destruido unas contra otras; su impaciencia no se inclinaba ya hacia la actividad, sino hacia el descanso; Esparta y Atenas, agotadas en la lucha, sólo la paz piden é invocan. ¿Cómo tan gran revolución no había de influir en la oratoria política? La misión del orador fué entonces excitar, despertar, aguijonear al pueblo desfallecido. Entonces Demóstenes soltó las riendas, la palabra tuvo aguijones, mordeduras, flagelaciones, transformándose en pasión, transporte, cólera, amenaza; todo el veneno que podía contener, fué preciso derramarlo para inflamar los espíritus tibios. El orador mismo tuvo entonces que precipitarse en el porvenir, para arrastrar tras él á aquellas democracias perezosas; la palabra ardiente de Demós-

tenes fué á la de Pericles lo que en la estatuaria el grupo patético de *Laocoonte* á los mármoles armoniosos de Fidas.

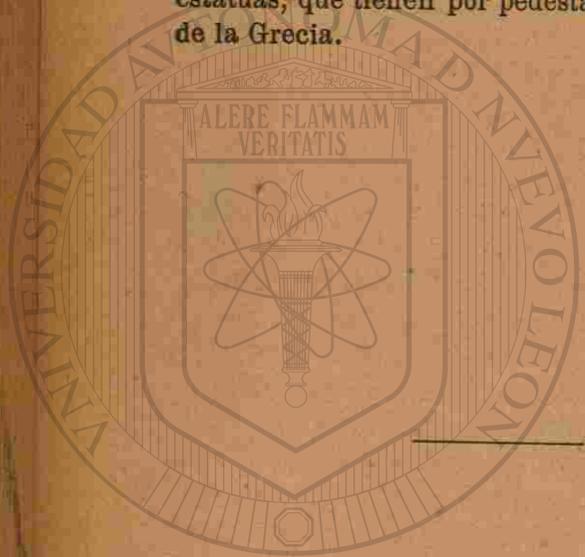
¿En qué difiere esta elocuencia política de la de los modernos? No entraremos á examinar si los pueblos en nuestros días necesitan ser impulsados ó contenidos, pero si diremos que los oradores modernos parecen haber renunciado á aquella lucha del alma con los hechos y la sociedad, y aspiran, más que á dominarlo, á ser la expresión de su tiempo; de otro modo temerian quedarse solos: el reinado de la palabra no parece deber existir ya para nadie. Si la opinión fermenta, el orador es violento; si el pueblo se inclina, el orador se postea. Por el contrario, la palabra del *Júpiter de Atenas* descendía de la tribuna, como la razón pura descende de las nubes de la inteligencia; en esta elocuencia solitaria podía reconocerse como una herencia de la majestad heroica de los primitivos tiempos. El más grande espectáculo que en Tucídides podemos contemplar, es el de un pueblo que, rebelado y retenido á la vez eternamente por el único freno de la palabra severa de Pericles, inaugura en sí mismo la tiranía de la razón.

Por más que Tucídides haya escrito su historia en el destierro, no puede notársele una sola palabra de queja ó de lisonja en los ocho libros de su narración. Era demasiado fiero aquel corazón para enseñar sus heridas; en su lengua, hecha con los restos de la lanza de Minerva, todo respira un

alma de bronce. Sin embargo, á pesar de esta austeridad, parécenos reconocer el destierro en cada línea, y no es dudoso que la necesidad en que se vió de contenerse perpetuamente, haya acrecentado la severidad natural de su genio, prestándole semejante tormento un sello parecido al de Maquiavelo. Ved si no cómo en nuestros días la misma prueba ha templado con idéntico acero la pluma de Napoleón en Santa Elena. ¡Cuánta distancia entre la severidad del historiador de Waterloo y el esplendor oriental del general de la Italia y el Egipto! Y es que cuanto más se comprimen las almas por dentro, más reinan fuera; el pensamiento, irritado por la herida, deja impreso en cada palabra el rasgo de una vida entera.

Cuando la democracia y la aristocracia acabaron de destruirse una contra otra, Alejandro acabó también la victoria del Occidente sobre el Oriente. Triunfó el espíritu griego, pero Grecia dejó de existir. Sus grandes hombres vagaron solitarios, sustituyendo á los pueblos: Tebas se personificó en Epaminondas. ¿Qué nueva forma revestirá la historia para responder á esta revolución? La de la biografía, que, exaltando al individuo hasta la apoteosis, estaba de acuerdo con la última constitución del paganismo. Tal es la época de Plutarco, en cuya narración surgen, una en pos de otra, grandes figuras aisladas, sin relación alguna entre sí, como si el fundamento religioso que las unía en su principio se hubiese desvanecido. Estados, pue-

bles, instituciones, todo, hasta la continuidad, desaparece en aquella narración; en cada línea se siente que la sociedad que mantenía ligadas aquellas vidas esparcidas, ha dejado de existir: nobles estatuas, que tienen por pedestal común la tumba de la Grecia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

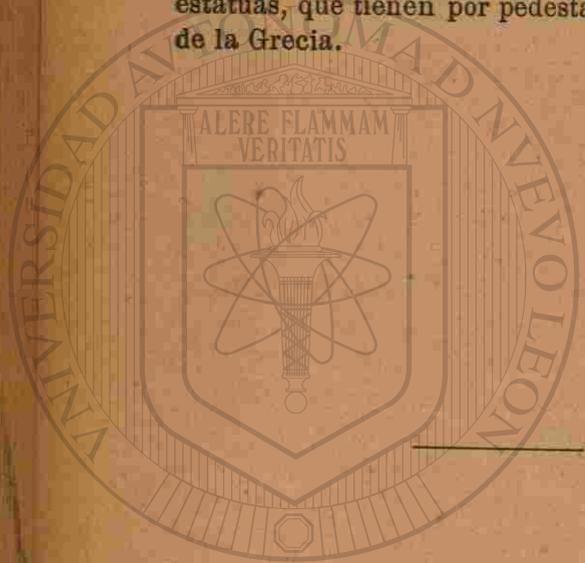
DIRECCIÓN GENERAL DE

V

La filosofía en sus relaciones con la religión.—Caída del politeísmo

Cuando los filósofos griegos inquirieron las causas de las revoluciones civiles y políticas, tan sólo se olvidaron de la religión, lo que les condujo á sustituir al principio general tantos motivos secundarios como ciudades existían en el Estado y Estados en la Grecia. No hay en rigor más que una revolución en la antigüedad, la que, á un mismo tiempo y en todas partes, sustituyó la república á la monarquía, al principio de la herencia el de la elección. ¿De dónde vino cambio tan notable, tan unánime, que modifica en un instante el temperamento de toda una raza de hombres? Si nos atenemos á los historiadores, apenas hallamos indicada la cuestión; mas si consultamos las variaciones religiosas, advertiremos al punto, según lo que antes ya hemos dicho, que en ellas están fundadas las políticas; porque todo el tiempo en que el culto consistió en la adoración de la naturaleza primitiva—época que marca el reinado del derecho divino en el paganismo—, el fundamento de la autoridad

bles, instituciones, todo, hasta la continuidad, desaparece en aquella narración; en cada línea se siente que la sociedad que mantenía ligadas aquellas vidas esparcidas, ha dejado de existir: nobles estatuas, que tienen por pedestal común la tumba de la Grecia.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

V

La filosofía en sus relaciones con la religión.—Caída del politeísmo

Cuando los filósofos griegos inquirieron las causas de las revoluciones civiles y políticas, tan sólo se olvidaron de la religión, lo que les condujo á sustituir al principio general tantos motivos secundarios como ciudades existían en el Estado y Estados en la Grecia. No hay en rigor más que una revolución en la antigüedad, la que, á un mismo tiempo y en todas partes, sustituyó la república á la monarquía, al principio de la herencia el de la elección. ¿De dónde vino cambio tan notable, tan unánime, que modifica en un instante el temperamento de toda una raza de hombres? Si nos atenemos á los historiadores, apenas hallamos indicada la cuestión; mas si consultamos las variaciones religiosas, advertiremos al punto, según lo que antes ya hemos dicho, que en ellas están fundadas las políticas; porque todo el tiempo en que el culto consistió en la adoración de la naturaleza primitiva—época que marca el reinado del derecho divino en el paganismo—, el fundamento de la autoridad

permaneció envuelto en tinieblas. Los reyes hereditarios, que reciben del caos sus verdes cetros, son los conductores de los pueblos: su legitimidad descansa en la de Saturno. Cuando la humanidad realiza más tarde su propia apoteosis en la figura de los dioses olímpicos, ciñe á su frente, en cierto modo, la corona de Dios. Consagrada por sus propias manos, ¿podría adorarse y á la vez someterse á otro poder que el de ella misma? Evidentemente, no. Deificar en la sociedad religiosa la razón general, es consagrar en la sociedad política la soberanía de todos, ó en otros términos, fundar el gobierno republicano en vez de la constitución de las monarquías orientales. Hecho autócrata el espíritu humano, se otorga á sí mismo su constitución; no es ya sacerdote el legislador, sino filósofo. Realizase entonces, por vez primera, la ficción del contrato social; á la dinastía de Teseo sucede el Areópago. Pero así que el paganismo hubo sufrido una tercera revolución, cuando los dioses degenerados no representaron más que antiguos reyes inmortalizados por los pueblos, esta última doctrina, que floreció en tiempo de Alejandro, se convirtió en sanción religiosa del despotismo macedonio. La Grecia se cubre de dioses mortales, fingida posteridad de los Olímpicos; Alejandro es el hijo de Júpiter; Demetrio, el hermano de Minerva, cuyo palacio es el Partenón. La república se trueca en tiranía.

La movilidad perpetua del dogma en Grecia

tuvo por resultado el no conocerse allí aquellos debates violentos que en la India y en el mundo cristiano dividieron la ciencia y las creencias. Los primeros filósofos parecen encerrar dentro de sus sistemas el alma de las religiones extinguidas, resumiendo á veces en una palabra toda una civilización anterior. El alma vaporosa del Egipto revive en el mundo de Tales; la llama del espíritu de Persia se enciende en el espíritu de Heráclito; el soplo de la gran Cibele del Asia respira íntegro en los versos ciclópeos de Empédocles; el alma luminosa de los dioses del Oriente brilla en las teorías de Pitágoras; la armonía de sus números es un eco de la lira de Apolo, *corifeo* de los mundos.

Por otra parte, no bien la filosofía se hubo mezclado en la religión, la confundió con el arte, pudiendo de este modo condenar impunemente en el poeta lo que hubiese tenido que respetar en el sacerdote. Así castiga á Homero por los errores de Orfeo. Luego, desesperada de reducir á condiciones de verdad las creencias nacionales, acaba por no concederles nada, olvidándolas, ó lo que es peor, haciendo de ellas un simple adorno. Como si nunca hubiese habido en el mundo revelación, doctrinas, ni disciplinas anteriores, dispone á su capricho del mundo de la inteligencia. Hela por un instante reina absoluta del abismo. Semejante libertad ni se había visto hasta entonces, ni se ha vuelto á ver después. Primero, la razón humana sintió pena en ejercer friamente este poder absoluto;

luego se infatuó con él en la época de los sofistas. Coronada ayer, sus vicios tienen todavía perfume: abandónase, pues, á sus tiránicas fantasías, persuadida de que, puesto que es señora, lo puede todo, levantar y destruir, afirmar y negar, sostener el pro y el contra, crear y abolir á su capricho, con la sola autoridad del razonamiento, la naturaleza de las cosas. Pero esta soberanía repentina la enerva, notándose esta diferencia entre los comienzos de la filosofía pagana y los de la cristiana, á saber: que la sutileza de los escolásticos de la Edad Media nace del exceso de su independencía; la de los sofistas, del exceso de libertad.

Sócrates, que introdujo el orden en aquel caso, representa en la filosofía lo que Fidias en la estatuaria. Cada uno de sus discípulos es entre sus manos un bosquejo que forma, corrige, hasta poner de relieve con el hombre universal la divinidad interior. Por una parte, llevando la serenidad de Homero en los abismos del espíritu, paséase gozando en medio de los problemas que serán el terror del porvenir; por otra, refiriéndolo todo al hombre, juzgándolo todo por esta medida, reduce á sistema el carácter principal de las creencias griegas, y en ambos aspectos resume el genio de aquellas religiones de cuya destrucción se le acusaba. El verbo del paganismo se encarna en el espíritu de sus discípulos, y la filosofía ateniense confirma la apoteosis de la humanidad en la mitología.

Aislando la filosofía de la religión, no es extra-

ño que los historiadores modernos hayan desconocido la grandeza original del escepticismo griego. En esta escuela es donde más claramente se muestra la diferencia entre la antigüedad y el mundo cristiano. Lejos de vacilar en la duda, la filosofía pagana se refugia en ella tranquilamente, como en su morada natural. La proclama desde el origen, la busca por todos los caminos; mientras nosotros lamentamos la fe que no poseemos ya, ella sufre con impaciencia la escasa que le resta. No habiendo tenido nunca una creencia inmutable, ¿por qué aterrarse, como Pascal, al caer de la fe en la duda? Sin violencia pasa de la religión á la poesía, de la poesía al pirronismo, y lejos de quebrantarse en la caída, triunfa, adelantándose con la frente alta entre los fantasmas de la opinión, como Eneas con el ramo de oro entre las sombras de la Estigia, desafiándolas y dispersándolas. En cada esperanza que derriba á sus pies, se aplaude por haber deshecho el encanto del sofisma, por haber roto la servidumbre de los vanos terrores. Al fin llega á despojarse de toda creencia; entonces respira. En esta desnudez profunda, goza en la soledad de la libertad del vacío; exclama que disfruta de los placeres de Dios. Nunca como en esta sociedad sensual fué llevado tan lejos el descrédito de los sentidos. No es la risa amarga de un espíritu hastiado, sino un escepticismo heroico, que sintiendo que el mundo descansa en una ilusión, rehusa obstinadamente descansar en él, y sobre las ruinas de toda certe-

za, conserva un equilibrio inalterable; es una duda profética, entusiasta, que exorcisa los vanos espectros de la inteligencia, emancipa el mundo pagano y prepara sin impaciencia el advenimiento del orden futuro. Por eso el escéptico pagano ni niega ni afirma, pero hace otra cosa mejor: atiende.

Del fondo de la filosofía, como del de la religión griega, siendo la identidad de la razón humana y de la divina, se sigue que todas las escuelas, no obstante sus diferencias, tenían necesariamente un fin común, que es la calma, la inmutabilidad, el reposo imperturbable de los Olímpicos. Todas parecen haber formado su sabiduría sobre el modelo de los mármoles impasibles de Fidias; escépticos, epicúreos, estoicos, aspiran á la misma serenidad, y cuanto más el mundo se turba y vacila, más los espíritus buscan su equilibrio en la indiferencia: tal es el grito de todas las escuelas desde los tiempos de Alejandro. Por eso el sublime de la moral antigua tiene algo de teatral, porque el hombre desempeña el papel de Dios. Bajo cualquier manto que se cubra, es preciso que acepte el dolor como si fuere ambrosia. Elevado sobre el pedestal, goza á su sabor la felicidad suprema; disimula su miseria con la apatía, y como Hércules, se mantiene en pie contra todo. Queriendo anticipadamente lo que el destino quiere, cree triunfar de él, y sutil hasta el fin, vuelve á ver á Dios antes de haber despojado al hombre.

Este Hércules espiritual, que por sus trabajos

se diviniza sin perder su personalidad, es el patrón, la imagen de las grandes escuelas del Occidente, que se regulan por él, como á imitación de un Cristo pagano. Cuando el hombre en las escuelas de Alejandria aspiró, por el contrario, á sumergirse en el seno de Dios, advino el fin del espíritu griego y el primer renacimiento del genio del Oriente.

Al estoicismo corresponde la gloria de haber reconocido antes que nadie la unidad de Dios bajo las formas diversas del politeísmo, y esta idea, penetrando lentamente en el dogma, creíase tener todavía una religión, cuando tiempo ha que no se tenía sino una filosofía, la cual poco á poco tomó asiento en el santuario al lado del sacerdote. Nada como los himnos atribuidos á Orfeo muestra claramente esta revolución interior del paganismo. Rehechos de siglo en siglo, corregidos y transformados según el espíritu de cada época, los que hoy subsisten fueron recompuestos en la última hora de la religión antigua. Poesía completamente litúrgica, saturada aún de los perfumes de los templos de Alejandria, ¿cuál es el espíritu de estos himnos? ¿En qué se distinguen de los de Homero? Inmensa es la diferencia. Estos cantos, testamento de una religión moribunda, están dirigidos todavía individualmente á cada uno de los dioses del politeísmo; pero los atributos y las personas que en otro tiempo tan fácilmente se distinguían, confúndense de hoy más en una misma divinidad vaga formada

de sus despojos: sólo con mucho trabajo se logra distinguir uno de otro á Júpiter, Apolo, Neptuno, el Sol, Juno, Cibeles y la Naturaleza. Masculinas ó femeninas, grandes ó pequeñas, estas potencias reciben igualmente las mismas invocaciones, los mismos nombres, las mismas plegarias, descubriéndose en el seno de cada una el infinito que se extiende, para envolver y absorber á todas las otras; la poesía se pierde en la teología del Plotino y de Proclo. Último sueño del politeísmo sobre el trípode, toca en los límites del pensamiento cristiano, esto es, reniega de sí mismo, abraza al morir la unidad que va á sucederle.

El Oriente había desarrollado el dogma de la encarnación en la Trinidad divina; la Judea había reducido á la unidad esta Trinidad; la Grecia unió á la idea de Dios la del hombre. Así se completa el Antiguo Testamento del mundo sagrado y profano.

Las religiones griegas estaban hechas, por lo demás, para días de fiesta, adornaban la vida sin fortificarla; por eso cuando llegaron los días de aflicción, la sociedad se deshizo como había vivido, sin violencia ni dolor. La voz que iba gritando en torno de las islas: *El Dios Pan ha muerto*, no fué seguida de ninguna lamentación. Oyóse, como antes, la gran sirena arrullar al mundo con su dulce canto. No pidáis á estos tiempos lo que las épocas escépticas del cristianismo han llamado poesía de desesperación. Desde Teócrito hasta Lon-

gino, los escritores asisten á la agonía de una religión, ¿quién lo creería? ¿Dónde están la tristeza, la angustia de aquellas almas bienaventuradas? No tiene el paganismo más que breves momentos de vida y todo ríe aún en la égloga de su último poeta. La Grecia cae; no cree ya en nada, ni aun en su gloria, y en este supremo momento no quiere ser desfigurada por el dolor. Muere como Sócrates, sonriendo, sin amargura contra sus dioses que se evaporan y legando también un gallo á Esculapio. Y cuando todo ha acabado, ved cómo la tierra le es ligera. Las flores crecen por todas partes sobre sus ruinas; la serenidad queda impresa en sus restos, para que ningún pueblo sea enterrado en más risueño sepulcro; la gran Cibeles adorna todos los días, al salir el sol, su tumba; la cima de mármol de sus montañas forma su losa funeraria; la sombra de los bosques de mirtos su inscripción, y yo he visto el águila de Ganimedes flotar aún en el seno eternamente azulado de su Júpiter.

Sin embargo, hay una resurrección para los pueblos, como la hay para los individuos. Después que la sociedad griega había desaparecido, cuando todo anunciaba que nada influiría en el mundo, óbrase portentoso milagro: después de quince siglos la Grecia resucita. No se sabe cómo rompe su sepulcro, pero lo cierto es que su alma reaparece en el mundo. Rasga su sudario, esto es, se despoja de lo falso, de lo mortal, conservando sólo lo que de más puro poseía: su filosofía, su poesía, su arte, su

belleza incorruptible. Alma libre de su cuerpo, reaparece en medio del siglo XVI. Todo cambia desde este momento. El milagro penetra en el fondo de todos los espíritus. Las catedrales que la Edad Media acababa de construir son de repente interrumpidas; como si el dios antiguo reapareciese lleno de vida, los obreros acaban con pensamiento y forma paganos lo que habían comenzado con arreglo al pensamiento de la Edad Media. Así como Fidias había expresado el ideal de Grecia y del Oriente, Rafael expresa, á su vez, el Dios en que se unen la civilización moderna y la civilización antigua. Cánticos evangélicos se exhalan por la lira de Apolo; Miguel Ángel eleva el templo del Júpiter cristiano. Dividiéndose entre dos religiones opuestas, entre Homero y el Evangelio, el alma del Tasso se rompe en esta escisión. Pero los cielos se extienden para abrazar el pasado. Macerada, ó por mejor decir, bautizada en la tumba, Grecia hace la paz con el cristianismo y se inaugura la nueva era justamente llamada Renacimiento, en la cual se consuma el reinado del Hijo por el reinado del Espíritu.

LIBRO SÉPTIMO

LAS RELIGIONES ROMANAS

I

La religión y la política

Comienza ahora una nueva edad, cuyo término predicen ya las sibilas. Roma se funda, y por vez primera en la antigüedad, la nueva sociedad deja de aportar al nacer un principio religioso que le sea propio, viviendo sólo del fondo común de los cultos anteriores, asimilándose, concentrando la tradición universal del paganismo, sin dar nuevos ensanches á los cielos paganos. Sus creencias apenas delineadas se borran al primer soplo ante las creencias más brillantes del resto del género humano, y maestra esta sociedad de las naciones en política, fué su esclava en religión. Ningún recuerdo inspirado del mundo naciente; ningún signo conservado del principio de las cosas; el rumor de los templos cubierto por el ruido de la guerra civil y por los huracanes del Foro; el hombre acostumbrado ya al prodigio del universo; la pristina ma-

belleza incorruptible. Alma libre de su cuerpo, reaparece en medio del siglo XVI. Todo cambia desde este momento. El milagro penetra en el fondo de todos los espíritus. Las catedrales que la Edad Media acababa de construir son de repente interrumpidas; como si el dios antiguo reapareciese lleno de vida, los obreros acaban con pensamiento y forma paganos lo que habían comenzado con arreglo al pensamiento de la Edad Media. Así como Fidias había expresado el ideal de Grecia y del Oriente, Rafael expresa, á su vez, el Dios en que se unen la civilización moderna y la civilización antigua. Cánticos evangélicos se exhalan por la lira de Apolo; Miguel Ángel eleva el templo del Júpiter cristiano. Dividiéndose entre dos religiones opuestas, entre Homero y el Evangelio, el alma del Tasso se rompe en esta escisión. Pero los cielos se extienden para abrazar el pasado. Macerada, ó por mejor decir, bautizada en la tumba, Grecia hace la paz con el cristianismo y se inaugura la nueva era justamente llamada Renacimiento, en la cual se consuma el reinado del Hijo por el reinado del Espíritu.

LIBRO SÉPTIMO

LAS RELIGIONES ROMANAS

I

La religión y la política

Comienza ahora una nueva edad, cuyo término predicen ya las sibilas. Roma se funda, y por vez primera en la antigüedad, la nueva sociedad deja de aportar al nacer un principio religioso que le sea propio, viviendo sólo del fondo común de los cultos anteriores, asimilándose, concentrando la tradición universal del paganismo, sin dar nuevos ensanches á los cielos paganos. Sus creencias apenas delineadas se borran al primer soplo ante las creencias más brillantes del resto del género humano, y maestra esta sociedad de las naciones en política, fué su esclava en religión. Ningún recuerdo inspirado del mundo naciente; ningún signo conservado del principio de las cosas; el rumor de los templos cubierto por el ruido de la guerra civil y por los huracanes del Foro; el hombre acostumbrado ya al prodigio del universo; la pristina ma-

jestad de la Naturaleza domada y limitada por la industria y por la agricultura; la ley revelada, no ya en la inmensidad del Océano, sino en los glebas del surco; dioses sin Olimpo, sin amor ni posteridad, hechos para morir juntos, y que en su mirada de niño muestran ya la prudencia del viejo, como si hubiesen heredado toda la experiencia de las épocas anteriores: completa ausencia de familiaridad con las potencias celestiales; ningún matrimonio ya entre mortales é inmortales; la razón de Estado, el miedo sobre todo, este sentimiento senil sucediendo á la nativa necesidad de adoración, al himno, al éxtasis, al encanto, á la voluntad; todo anuncia que la savia de las religiones de la Naturaleza se hiela y agota y que el alma de la antigüedad comienza á perecer. No renovándose ya el principio que la animaba, se presiente desde luego que la ciudad romana, que vive y se alimenta de la substancia de todas las demás, sin poner casi nada por su parte, ha de ser la última sociedad y la revolución suprema del mundo pagano.

La originalidad de los romanos consiste en las nuevas relaciones que fundan entre las religiones y el Estado político. Al aparecer en el mundo, sus dioses incultos eran tan inferiores á los de Italia, Grecia y Asia, que no pudo nunca ocurrírseles la idea de imponer al mundo su culto, y que el progreso de sus divinidades fuese la señal de sus conquistas. Hicieron todo lo contrario: adoraron á los dioses vencidos, porque empezaron por tener miedo

de aquellos de que oían hablar, inspirándoles más espanto los que menos conocían, lo que les movió á no faltar á ninguno, colocándolos todos sin discutir en el Capitolio. Al mismo tiempo trabajaron cuanto les fué posible por malquistar á los dioses extranjeros con las sociedades que los adoraban. De esta suerte cambiaron todo el derecho divino de la antigüedad, hasta el punto de que, á poco que se atienda, se advierte que el curso de su historia nace de la revolución que produjeron en el paganismo oriental y griego.

Cuando sitiaban á Veyes, aproximóse uno de ellos á la diosa nacional de los veyenses, y le dijo: «¡Oh Juno! ¿quieres venir á Roma?» La diosa extranjera hizo un signo de asentimiento y contestó: «Quiero.» Entonces fué llevada al recinto de Roma, seguida de su pueblo, que recibió con ella el derecho de ciudadanía. Esta historia, cien veces repetida, es la de todas las conquistas de los romanos. En todas las ciudades del universo conocido se ha encontrado un Fecial, con la cabeza cubierta por un velo, ó un cónsul, que antes de invadir el territorio ó de entregarse al asalto, ha repetido la fórmula sagrada de la evocación:

«Si existe aquí un dios ó una diosa que tenga bajo su tutela á este pueblo ó ciudad, nosotros le rogamos, suplicamos y conjuramos á que abandone y desampare estos templos y santuarios, á que salga de estas murallas, á que extienda sobre ellas el terror y el olvido, á que venga á Roma conmigo

y con los míos, á fin de que nuestros altares y santuarios, siéndole más agradables y preciosos, sirvan de escudo al pueblo romano y á mis soldados, en la inteligencia de que por nuestra parte le consagraremos templos y juegos.»

Tal es la fórmula con que fué la tierra conquistada. Los dioses de Roma son primero dioses de presa; los atrae de todos los extremos del universo con el aparato de los despojos: no atreviéndose á hacerlos prisioneros, comienza por ganarlos, para ganar mejor á los pueblos.

En una ciudad así abandonada por los dioses, ¿en qué condición quedaban los vencidos, sin más que las desnudas murallas y las puertas que adorar? Sólo podían volver á la plena posesión de las cosas sagradas entrando en la ciudad romana. De aquí el deseo que nacía en ellos de formar parte en adelante de la ciudad victoriosa, donde su religión tenía su hogar.

Si alcanzaban por gracia entrar en ella tras de sus divinidades irritadas, no hacían la paz con ellas desde luego. Rechazados por ellas, ¿no les eran odiosos? Siéntense heridos de interdicto, y pasan á formar la clase de los plebeyos.

Y como no podían reconciliarse con sus propios dioses sino por mediación del pueblo romano, nace de aquí el derecho divino de tutela y patronato, que el vencedor ejercía sobre el pueblo de los clientes. Los romanos eran detentadores de los dioses de los vencidos, quienes no tenían ya alta-

res, ni culto público, ni sacrificios. ¿Cómo podrían ser sacerdotes de los altares que los habían rechazado? Tienen necesidad de un patrón para que sus ofrendas sean agradables. En la interdicción que sigue á la derrota, hasta la eficacia de las plegarias les había sido arrancada; con mayor razón habían perdido la inteligencia de los signos divinos; creíanse malditos. Una sola palabra sacramental sirve para expresar todo esto: «Los plebeyos pierden el derecho de los auspicios.»

Tal es el fundamento de la aristocracia romana, que descansa sobre el principio de la decadencia pagana, ó sea sobre la desigualdad de las clases ante los dioses. El principio que creó las castas en Oriente, reaparece en las orillas del Tiber, siendo evidente que mientras él subsista, es decir, mientras el pueblo crea que sólo los patricios tienen las manos bastante puras para tocar las cosas sagradas, ninguna ley, ningún cambio, ninguna revolución logrará dar á estos hombres la igualdad, que ellos mismos mirarian como un sacrilegio.

Un misterio eterno envuelve al plebeyo en esta ciudad, en que los inmortales rehusan hablarle. Todo le está cerrado por invisible mano: ley civil, fastos, historia, formalidades jurídicas, pasado y presente. Después de haber perdido sus altares, hállase extraviado y ciego legalmente. ¡Desgracia del que osase levantar el velo que le rodea!

El dunviro Tulio es cosido en un saco y arrojado al Tiber, por haber divulgado las fórmulas de

los ritos civiles. El sentimiento de la interdicción es mantenido por el culto sistemático del Miedo, que se halla por todas partes en el fondo del genio romano.

¿Qué son, en su origen, aquellos colegios de sacerdotes del Miedo y del Temor? ¿Por qué ritos han hecho penetrar hasta en la médula de los huesos el horror sagrado, el terror espiritual, de que este pueblo no se libertará sino para caer en la incredulidad? Sus más antiguos bajorrelieves nos enseñan que la divinidad verdaderamente nacional era el Espanto, que con la boca entreabierta, sueltos los cabellos, enredados en el bastón de los augures, comunicaba á los romanos aquel profundo terror que sintieron siempre ante el más fútil presagio ó el más insignificante de los espíritus del paganismo. Es fácil, además, reconocer en este genio feroz y lívido un no sé qué de estupor, que helaba el alma del plebeyo, en una ciudad donde todo era para él misterio, asechanzas sagradas, peligros, abismos, maldición. El reinado de los dioses del Miedo y el Terror fué la edad de oro de la aristocracia romana. ¿Qué era en comparación con este vínculo de espanto la cadena de hierro del deudor en la ergástula del acreedor?

Cuando el pensamiento de la igualdad de los hombres ante los dioses logró por fin penetrar en el corazón del plebeyo, grandes escrúpulos le asaltaron todavía, antes que le pareciese bastante claro su derecho para atreverse á reivindicarlo:

de donde el carácter completamente nuevo de las revoluciones democráticas en la antigua Roma. Los proletarios no se insurreccionan contra la autoridad de la nobleza: ¿cómo se atreverían á luchar contra las familias de los sacerdotes? Sería trabar combate contra los dioses mismos. Retirarse al Aventino ó al Janículo, es para ellos el colmo de la audacia. Su sedición es una huida: sienten que la tierra les falta bajo sus pies, en el recinto de aquella ciudad, donde todo se les rehusa por la mano de los inmortales. No combaten, se retiran. Los historiadores ven sólo en aquellas retiradas plebeyas el efecto de la moderación del espíritu, cuando no son más que el efecto de la interdicción y del terrorismo religioso.

La nobleza, por otra parte, haciendo depender todas las funciones civiles, políticas y sociales, del derecho de los auspicios, podía otorgar multitud de concesiones sin perder nada, así como el pueblo obtener innumerables conquistas sin ganar nada. Es digna de observar la prodigiosa sutileza con que la aristocracia defiende, como su castillo, el privilegio de las cosas santas. Cuando se ve amenazada, lo concede todo á la plebe menos una cosa, la reforma religiosa, porque reservándose este único privilegio, sabe que puede darle todo, segura de que lo recobrará todo. Después de cada revolución, cede un derecho que no tiene aplicación alguna sin su voluntad, y de este modo el pueblo satisfecho conquista el nombre, mientras la aristo-

cracia se guarda la cosa. Cuando el pueblo se apercebe de este artificio, otórgale la aristocracia nueva concesión igualmente quimérica. De este modo, siempre burlado, ¿qué le quedaba al pueblo más que la desesperación? Entonces, incapaz de conocer dónde está la fuente del mal, decídese á abandonar una ciudad en que para él son estériles los mayores bienes.

En un Estado donde toda la existencia se hallaba envuelta por la religión, el que era dueño del derecho religioso era dueño de todo, y reciprocamente, el que no poseía este derecho, poseía inútilmente todos los demás. ¿Qué importaba que pudiese nombrar cónsules, si estaba siempre en la mano del augur anular la elección por su veto? ¿Cómo, por otra parte, investir con la magistratura suprema á un hombre á quien los dioses rehusarían hablar? ¿Qué importaba que el matrimonio entre ambas clases estuviese autorizado, si la primera romana de origen noble que se atrevió á casarse con un cónsul plebeyo, fué arrancada como impía del templo del pudor patricio?

¿De qué le servía al proletario poseer el suelo, si no tenía facultades para orientar su campo? En un país donde no era posible sin la intervención del derecho augural construir una casa, levantar un muro, edificar un horno, fijar una puerta sobre sus goznes, señalar un linde, es claro como la luz del día que aquel que se reservase el monopolio religioso, sería el verdadero dueño de todo, aun

después de haberlo decidido todo, y si no viésemos lo que sucede aún entre los modernos en la mayor parte de Europa, nos parecería incomprensible que hubiesen necesitado los plebeyos romanos tres siglos para descubrir una cosa tan sencilla, y más de un siglo aún para modificarla después de haberla descubierto.

La revolución democrática que dió el poder á los decenviros, no fué sino una ilusión más, y por eso mismo engendró con su caída una nueva revolución. Fueron aquéllos elegidos para redactar una Constitución popular; pero las Doce Tablas, aquella carta de libertades, manteniendo el privilegio sagrado, no introdujo en la práctica ningún cambio real en la condición de las personas ni en el estado de las propiedades. Otra vez advierte el pueblo que ha sido engañado sin saber cómo; por esto derribó á aquellos reformadores que jugaban con sus reformas. Tal es el fondo de la historia de Virginia.

En todas estas revoluciones el pueblo se agita ciego, sin percibir el obstáculo que las hace ilusorias; tasca el freno, sin conocer que el freno le sujeta. Sin removerse, la nobleza lo ata con esta cláusula que deja subsistir en todos los cambios de la Constitución: «Los auspicios serán incommunicables al pueblo.» La desesperación ciega de los unos, la tranquila majestad de los otros, tal es el temperamento de Roma mientras dura este secreto de su imperio.

La historia romana pone así en claro, mejor que ninguna otra, la verdad de que mientras un pueblo no lleve el espíritu democrático en la constitución de su religión, en vano intentará emanciparse de la tutela de la aristocracia. Sus más ardientes revoluciones serán puras ilusiones; sus leyes más humanas, letra muerta. Para anular todas las concesiones hechas al nuevo espíritu, es suficiente el bastón de un augur que declara, en nombre de una casta, que tal innovación es ilegítima, tal nombramiento caduco, porque los auspicios fueron mal observados. Antes de haber llevado la revolución hasta la religión, ¿cuántos derechos no habían conseguido los plebeyos? Ser tribunos y cónsules, el acceso á casi todas las magistraturas, la reforma de las deudas, la dignidad de la familia con el matrimonio solemne de los patricios: todo esto estaba escrito en la ley, pero todo en ella sepultado sin entrar en la práctica. Tantas derogaciones populares quedaban completamente estériles y los plebeyos, falsamente emancipados, no nombraban sino á sus enemigos. Cuando alcanzaban sus derechos, no se atrevían á ejercerlos; cuando se atrevían, nunca faltaba un patricio en el momento preciso que anunciaba haber oído retumbar el rayo; de repente mostrábanse las divinidades del terror y el espanto, y la plebe se retiraba con la cabeza baja. Así, bajo una emancipación aparente, se perpetuaba una servidumbre real.

El verdadero día de la emancipación fué aquel

en que el plebeyo Publio Decio reclamó abiertamente la igualdad de los derechos religiosos. ¿En qué fundaban los patricios el derecho de arrogarse el privilegio de comprender ellos solos, en los estallidos del rayo, el lenguaje de Júpiter Consejero? ¿Acaso descendían de los cielos? ¿Era absolutamente preciso que toda súplica pasase por sus bocas? ¿Por qué los plebeyos no habían de poder hacer oír sus plegarias y comunicarse con los dioses? ¿Se pensaba por ventura que sólo habían sido hechos para humillarse en el polvo? ¿Por qué habían de ser eternamente incapaces de llevar el bastón del augur, cuando ya habían conseguido las coronas murales y las sillas curules?

En este día, una luz terrible brilló en la antigüedad, como en los tiempos modernos el día en que arrojó al fuego Lutero las bulas del Papa. El principio de la antigua autoridad quedaba destruido.

Contestaron los patricios á estas cuestiones que se trataba, no de su propia causa, sino de la de los dioses; que la igualdad religiosa significaba la destrucción de la sociedad divina y humana; que sólo ellos sabían leer en el cielo y poseían el secreto y la ciencia incommunicable de los auspicios; que todo lo que hacían, por otra parte, era para impedir que las religiones fuesen profanadas por el sacerdocio del pueblo; que ellos, en fin, sabrían defender del contacto y promiscuidad con los altares plebeyos á sus divinidades de familia. Luego, con la ironía,

que es la última trinchera de las clases elevadas, añadían que, en último resultado, deseaban que un plebeyo, un proletario, fuese sacerdote, augur, pontífice, siempre que al menos fuese hombre.

El terror, sin embargo, palpitaba bajo estos discursos, y como sucede frecuentemente en las causas perdidas, se acudió al medio de diferir por algunas horas la ley que trastornaba un mundo. Á fuerza de sutilezas, el viejo genio de Roma se consideró feliz con ganar tan sólo un día, pero al siguiente la cuestión reapareció y fué preciso resignarse. La ley de la igualdad fué votada con inmenso aplauso, *ingenti consensu*.

Esta fué la revolución que todo lo cambió en Roma. Para convencerse de ello bastará decir que antes de esta reforma todos los progresos de la democracia fueron ilusorios, que no llegó nunca á apoderarse del porvenir; mas después de esta reforma todos los esfuerzos de la aristocracia fueron vanos; jamás pudo volver al pasado. Antes de este cambio la democracia no se atreve á exigirle; una vez cumplido, la nobleza no se atreve á abolirlo.

Aun le restaba, sin embargo, un nuevo recurso que intentar. Después de los primeros fracasos de los magistrados plebeyos, la nobleza gritó que bien se veía que eran odiosos á los Inmortales, que se vengaban á costa del Estado de la promiscuidad de los sacerdocios; ¡qué tentación para el pueblo! Pero si se creyó rechazado de nuevo por los dioses, fué tan sólo por un instante. Reteniendo, á pesar de

los reveses, el derecho de los auspicios, el plebeyo tuvo fe en el plebeyo y todo quedó consumado. Fué ésta una revolución análoga á la que, estableciendo la libertad de cultos entre los modernos, destruyó el principio del derecho divino. Cuando el privilegio de los auspicios hubo sido atacado una sola vez, fué imposible salvarlo, y cuando hubo sido destruido fué más imposible aún reemplazarlo. La democracia se desbordó por esta brecha, y acabó la Edad Media de Roma. No habiendo podido ser vencida la revolución religiosa, no hubo ya poder capaz de contener la transformación de la familia, de la propiedad, de la ciudad y de todas las relaciones sociales, y lo que hasta entonces no había sido más que apariencia, se transformó gradualmente en realidad. Después de la igualdad religiosa vino la igualdad civil, por la publicidad de las leyes, por la extensión del derecho civil, por la aplicación de las leyes agrarias. No hubo modo de detener el torrente.

Desde este día hay dos hombres que no mueren ya y que no cesan de conmover la antigua sociedad: el tribuno en el derecho político, el pretor en el derecho civil.

Á pesar de sus esfuerzos, la aristocracia no puede ya llegar á encontrar un solo punto inmutable para fijar el Estado en la forma antigua. ¡Tan cierto es que las revoluciones que cambian el orden religioso son las únicas con que se puede contar! De la misma manera que parecía en un principio

imposible que se hiciesen tales conquistas, imposible parece después que se pierdan, y los que creían antes que nunca les habrían sido arrancadas, llegan á poco á tal grado de abatimiento, que nada emprenden para recogerlas.

Entonces fué cuando la aristocracia romana se sintió mortalmente herida y comenzó á desmoralizarse. Al contrario, así que los plebeyos lograron reformar la constitución religiosa, desistieron para siempre de sus proyectos de retirarse de Roma, donde tenían ya cuanto les hacía falta para luchar y vencer: nuevas retiradas no hubieran tenido objeto ninguno. Con el misterio de las religiones, el pueblo posee el misterio de las leyes; con las leyes, el medio de aprovecharse de su victoria; sabe las fórmulas sagradas, por las que puede arraigar sus revoluciones, repartiéndose las tierras del dominio público. ¿Á qué retirarse ya de la ciudad? Ya no hay sino hombres que combatir; los dioses se han pasado á su lado.

II

Roma y el mundo

Dedujeron los romanos, del hecho de haber realizado sus conquistas evocando los dioses extranjeros, la singular consecuencia de que el medio de ser invencibles era ocultar al mundo el nombre de su divinidad nacional. En vez de imponerla á las demás naciones, no permitieron á nadie invocarla, por temor de que fuese atraída, con mejores ofrendas, fuera de sus murallas. El secreto, en efecto, fué tan bien guardado, que la mayor parte de los romanos murieron sin saber á punto fijo cuál era el nombre de la divinidad nacional de Roma. Sólo por haberlo pronunciado, dícese que fué crucificado un tribuno.

El misterio pasó luego de la religión á la política, erigiéndolo en razón de Estado, quedando hasta en las épocas más libres alguna sombra de este interdicto. Los mismos historiadores latinos no conocían más que la fase externa de los sucesos, escapándoseles el secreto del imperio, hasta el extremo de que Cicerón, aun en medio de su engrandecimiento, confiesa que no posee el secreto

imposible que se hiciesen tales conquistas, imposible parece después que se pierdan, y los que creían antes que nunca les habrían sido arrancadas, llegan á poco á tal grado de abatimiento, que nada emprenden para recogerlas.

Entonces fué cuando la aristocracia romana se sintió mortalmente herida y comenzó á desmoralizarse. Al contrario, así que los plebeyos lograron reformar la constitución religiosa, desistieron para siempre de sus proyectos de retirarse de Roma, donde tenían ya cuanto les hacía falta para luchar y vencer: nuevas retiradas no hubieran tenido objeto ninguno. Con el misterio de las religiones, el pueblo posee el misterio de las leyes; con las leyes, el medio de aprovecharse de su victoria; sabe las fórmulas sagradas, por las que puede arraigar sus revoluciones, repartiéndose las tierras del dominio público. ¿Á qué retirarse ya de la ciudad? Ya no hay sino hombres que combatir; los dioses se han pasado á su lado.

II

Roma y el mundo

Dedujeron los romanos, del hecho de haber realizado sus conquistas evocando los dioses extranjeros, la singular consecuencia de que el medio de ser invencibles era ocultar al mundo el nombre de su divinidad nacional. En vez de imponerla á las demás naciones, no permitieron á nadie invocarla, por temor de que fuese atraída, con mejores ofrendas, fuera de sus murallas. El secreto, en efecto, fué tan bien guardado, que la mayor parte de los romanos murieron sin saber á punto fijo cuál era el nombre de la divinidad nacional de Roma. Sólo por haberlo pronunciado, dícese que fué crucificado un tribuno.

El misterio pasó luego de la religión á la política, erigiéndolo en razón de Estado, quedando hasta en las épocas más libres alguna sombra de este interdicto. Los mismos historiadores latinos no conocían más que la fase externa de los sucesos, escapándoseles el secreto del imperio, hasta el extremo de que Cicerón, aun en medio de su engrandecimiento, confiesa que no posee el secreto

de los sacerdotes, y que nada puede decir del derecho pontifical, de la religión ni de las ceremonias. Igual confesión hace Virgilio, sin quererlo, en cada página. Es decir, que la aristocracia nunca se confió ni á los príncipes de sus escritores, á quienes ocultó siempre su Dios, por cuya causa lo que ellos nos dicen no puede satisfacer, sino á medias, nuestra curiosidad por las cosas sagradas. Esperamos siempre una palabra más íntima, más profunda, que descorra el velo, pero en vano; porque ellos mismos ignoran, casi tanto como nosotros, lo que deseamos saber. Buscamos en ellos el alma de las cosas, mas no la encontramos: nos dejan fuera del templo.

He aquí la verdadera diferencia respecto del genio griego, tan expansivo, tan impaciente por prestar su religión á toda la tierra. Leyendo la historia de su Hércules ó de su Apolo, nos enteramos, en parte, de la historia de los pueblos que los adoraron. Pero no se pregunte al antiguo dios de los latinos, bajo la figura de un hierro de lanza; nada tiene que contarnos de su pueblo; no tiene voz para declarar el misterio de la Razón de Estado divinizada.

No es extraño que sobre estos dos principios opuestos se funden dos distintas sociedades: la de los griegos, que establecen por todas partes donde se fijan un dios nacional, poderoso, dejando en pos de sí un hogar de civilización. Cada una de esas colonias lleva en sí un germen sagrado y se con-

vierte en sociedad independiente. Al contrario, la ciudad del Tiber, encerrando dentro de sus murallas todos los gérmenes religiosos del universo, no deja en todo el mundo más que un punto viviente, Roma, cuyas colonias nunca pasan de campamentos ó mercados.

Produjo esto un fenómeno totalmente nuevo en el mundo, á saber: que á tantas conquistas puramente materiales no se juntó ninguna ambición de dominación moral. En las sociedades precedentes los dioses se oponían y luchaban entre sí como los pueblos, y tal es aún el fondo de la *Ilíada* de Homero; los romanos, por el contrario, no se atrevieron nunca á ejercer acto de soberanía en el mundo religioso. Como aquí no había ya vencedores ni vencidos entre los dioses, nacieron de ahí consecuencias completamente nuevas; llegó un instante en que no hubo ya vencedores ni vencidos entre los pueblos, y entonces acabó la ciudad antigua.

Los romanos, mientras vivieron, estuvieron persuadidos de que las religiones les servían como instrumentos de conquista, sin advertir que eran constantemente dominados por el espíritu de los mismos cultos de que creían burlarse. Y es más chocante aún que la ilusión de los antiguos en este punto dure todavía.

Polibio admira mucho la política de la aristocracia romana en la religión. Si hubiese vivido más tiempo, habría visto á aquellos fieros patri-cios, cogidos en las redes de su sagrada diplomacia,

llegar á un fin distinto de aquel á que pretendían: la nivelación de los dioses privilegiados arrastra en pos de sí la destrucción de los privilegios civiles; la política de la astucia vencida, á pesar de los fraudes de los augures, por la fuerza de las cosas; las religiones extranjeras, una vez establecidas, hacerse más fuertes que la antigua Constitución y arruinarla; á Roma dejar un jirón de su propia substancia en cada uno de sus triunfos, y á los señores del mundo emplear un ingenio prodigioso en aniquilarse con sus propias victorias.

Seguramente era cosa hábil, en apariencia, convertir los cultos enemigos en otros tantos cómplices. Los dioses indigenas, en el Capitolio, se hallaban siempre dispuestos á retirarse y ceder su puesto á los dioses extranjeros. Pero he aquí las consecuencias: no habiendo podido asentar sus conquistas sobre la soberanía religiosa y la ciudad sobre el fundamento de un culto nacional, absorben los romanos inmensos imperios, sin poder nunca colmar el vacío interior de la ciudad. Cuantos más pueblos sujetan, pasan á ser más y más dependientes de los cultos, de las religiones, del espíritu extranjero. Se empeñan en dominar el mundo, y el resultado de cada victoria es, por el contrario, disminuir el espíritu romano, trayendo á Roma un alma enemiga. Este vacío religioso es el golfo que ningún *Curtius* podía colmar, y en el que todo el universo había de sumergirse.

Todos estos dioses que la aristocracia romana

introducía en su panteón, eran el caballo de madera dentro de los muros troyanos. El enemigo salió al fin del vientre de aquella sabia máquina, y la antigua ciudad quedó destruida.

Porque estas religiones extranjeras contenían el alma, el pensamiento, el genio nacional, la eterna esperanza de los extranjeros, para quienes donde estaba su Dios allí estaba su derecho. Ni ¿cómo renunciar para siempre á la vida social, cómo creerse irrevocablemente perdidos, cuando veían el principio mismo de la esperanza y de la vida coronado en el panteón romano? ¿Cómo los etruscos habían de resignarse á la anulación, cuando veían á sus augures triunfar en Roma? Imposible de todo punto. Lo que, por el contrario, era natural que sucediese, es que no dejaran descansar á Roma hasta haber obtenido, al lado de sus dioses, la igualdad social en la ciudad, y esto fué lo que sucedió con los oscos y sabinos. Cualquiera hubiese creído á estos pueblos ahogados en su sangre; mas todo lo contrario, después de terminada la campaña y arrasada su ciudad, se atreven á pedir, no el perdón, ni el reposo, ni la paz, ni la vida á costa de la servidumbre, sino las ventajas del triunfo, esto es, la igualdad con los vencedores. Este hecho es más admirable aún en los samnitas. Apenas Sila ha depuesto su hacha, el espíritu de los muertos resucita, y la matanza de todo el pueblo samnita no puede impedir que el Samnium conquiste el derecho de ciudad. ¿Qué historia es esta, en que

los vencidos triunfan constantemente de los vencedores?

La verdad es que los romanos, que tanto destruyeron, ignoraron siempre el arte del exterminio moral, el único que mata verdaderamente. Engañóles su materialismo ó su indiferencia. Persuadidos de que bastaba destruir el cuerpo, no quisieron nunca combatir más que las fuerzas físicas; pero si de este modo se economizaban la mitad de la lucha, tampoco lograban más que la mitad de la victoria. Habiendo acordado los tarentinos esculpir las estatuas de sus dioses en actitud de combatientes, no se atrevió Fabio á cargar con la responsabilidad de arrancarlas, juzgando prudente dejar al enemigo divinidades tan irritadas que parecían luchar todavía.

Nunca supieron dar el golpe mortal para matar un espíritu, un ser moral como un pueblo, asegurándose así contra sus represalias. No obstante el diluvio de sangre que derramaron, apenas llegaron á desembarazarse por completo de uno solo de sus enemigos, exceptuando á Cartago, cuyo yugo moral rechazaron al rechazar sus ritos insociables. En todas las demás partes dejaron siempre, en pos de sus conquistas, el germen de constantes sediciones, y á nuevas victorias sucedían nuevas exigencias de los vencidos. Los dioses triunfantes en el Panteón romano tienden incesantemente la mano á sus pueblos y los levantan. Scipión, vuelto de sus victorias, encuentra en el foro los pueblos que creía

haber exterminado, y sabida es su respuesta á sus interlocutores: «Aquellos á quienes he llevado aquí encadenados, no me inspiran temor desde que son soberanos.»

Ni aun sobre el esclavo pudieron reinar en paz, porque no supieron anularle moralmente ni quitarle sus altares, sus dioses manes serviles ni su fiesta de las saturnales. Por eso el esclavo, tan mudo en otras partes y tan complaciente, no cesa de acordarse aquí de que es hombre, y se agita y conspira, y bajo el amparo de la diosa de Siria, les inquieta casi tanto como el mundo de los hombres libres.

Aun después de la guerra social, esto es, después de siglos de destrucción, no saben los historiadores cómo la conciencia de la vida social pudo sobrevivir á tales matanzas. En la dificultad de explicarse semejante imposibilidad de morir, no advirtiendo que el alma de las naciones subyugadas se conserva y perpetúa con el Dios nacional; tomaron el partido de negar los hechos y los más ciertos tratados. Otro tanto sucede respecto de la prontitud con que tan gran número de pueblos fueron á confundirse en una misma ciudad. Esta íntima alianza de hombres, tan distintos por la raza y por el idioma, parece, en efecto, increíble, si no se añade la idea de la alianza íntima de los cultos en el panteón romano. Pero una vez reconocida esta unidad de religión, nada más natural que aquella unidad social de los pueblos, sien-

do lo contrario lo que constituiría un verdadero enigma.

Ciertamente, no era así como los orientales aseguraban la tranquila posesión de sus conquistas; antes bien, con menos matanzas quizá, destruyeron infinitamente más, y lo que destruyeron no volvió á levantarse. Comenzaban por degradar las creencias de los vencidos, esto es, por someterlos hasta en la conciencia, bastándoles casi siempre un solo golpe, porque sabían dónde estaba el nudo vital. Una ancha herida abierta en el dios enemigo, evitaba renovar frecuentemente la lucha, porque degradado el culto, caía el pueblo de su alta jerarquía al rango de una casta sin memoria y sin conciencia. El vencido quedaba sepultado vivo con la caída de su Dios, á lo que sucedía el silencio por millares de años, sin temor de represalias por parte de los que habian recibido esta clase de heridas.

Cuando vemos á un hombre como Anibal no poder arrastrar á su causa á uno solo de los pueblos de Italia, nos es imposible no pensar que encontró un obstáculo invencible á la alianza en las religiones insociables de Cartago. El culto antropófago de Baal, rechazado ya por la conciencia del Occidente, era sin duda lo que él llamaba con amargura la fortuna de Cartago.

Sorprende, sin embargo, que la aristocracia romana fuese tan tarda en aperebirse de que la constitución religiosa, transformándose por la in-

troducción de extraños cultos, habia de transformar también la constitución política y social. De los reyes á los cónsules, de los cónsules á los decenviros, de los decenviros á Sila, la aristocracia persiguió constantemente un mismo fin, sin atreverse á adoptar la única medida decisiva que podía darle el triunfo. Realmente se proponía dos cosas contradictorias: por una parte, el deseo de imponer á la sociedad romana la inmutabilidad social de los pueblos del Oriente; por otra, la consagración del principio mismo de los cambios en las novedades religiosas, con el fin de ensanchar el imperio por medio de la conquista. Esto fué lo que la perdió; porque ¿de qué servía proscribir razas enteras, si no existía el valor suficiente para proscribir á los dioses? He aquí la falta, ó más bien, la necesidad que pesa sobre las aristocracias modernas, cuando, proponiéndose conservar el pasado, no se atreven á abolir la libertad de conciencia, que es la negación misma de ese pasado.

Sólo durante las guerras civiles, la fuerza de la pasión parece que iluminó por un momento á todos los partidos, no habiendo entonces una revolución política que no se apoye en una revolución religiosa. Así, el partido de Mario realizó, para conseguir el triunfo de la democracia, una empresa nueva y perfectamente razonable; introdujo la democracia en la religión, dando al pueblo el derecho de nombrar los sacerdotes. Lo contrario hizo Sila: abolió la ley de Mario; devolvió al colegio de

los sacerdotes el derecho de elección. No comprendo por qué no se da más importancia á esta contrarrevolución en el sacerdocio, base de todo el sistema de Sila.

Mas esto, por otra parte, no era sino un remedio á medias; no alcanzaba hasta matar en el alma el derecho de los plebeyos, privándoles de toda esperanza. Por esto fué borrado el primer soplo contrario, y el derecho del pueblo restablecido en la religión tan pronto como la democracia reapareció con César.

La lógica de Sila era más aparente que real. En vano pasaba á cuchillo á los atenienses, pretendiendo vencer el espíritu de novedad griega; entregaba, es verdad, al pillaje el templo de Delfos, pero traía con el botín la estatua nacional del Dios de los griegos, á la que él mismo prestaba adoración cuando llegaba el momento del peligro. El restaurador del viejo genio romano, ¡sólo de los dioses romanos se olvidaba!

¿Por qué, si su pensamiento era restablecer la vieja constitución de la aristocracia, no impuso lo que era condición indispensable para ello? ¿Por qué no prohibió al pueblo desde luego los altares plebeyos? ¿Por qué no le arrancó con sus veinticuatro hachas el derecho usurpado de los auspicios? ¿Quién lo hubiese resistido? Este era el único medio, dado que hubiese tenido éxito, de contener á la democracia y volver el torrente hasta su fuente; pero Sila, en medio de su obra de exterminio, no

se atrevió á tanto, no parece que pensó jamás en cortar la cabeza de la hidra. Abatió cuanto el brazo podía alcanzar, pero no acertó á herir ni un solo espíritu, y creyendo que podría anegar en sangre la nueva sociedad, no intentó siquiera prohibirle sus ritos. El hombre que no retrocedió nunca ante la matanza, tembló ante las divinidades plebeyas. Desde entonces nada hubo que esperar; vióse ya que su obra de restauración no sería más que una obra de sangre.

Apenas, en efecto, hubo pasado, todos aquellos que había aniquilado reaparecen. Los proscritos se convierten en proscritores; los muertos matan á los vivos. Porque en los tiempos corrompidos que preceden á la caída de las sociedades la muerte desempeña un gran papel; es la única divinidad que los hombres toman aún en serio, y si les liberáis de este temor, en seguida os desprecian.

Nada más raro, por otra parte, en todos los partidos que la energía del espíritu unida á la energía del carácter. ¡Qué pocos hombres se atreven á hacer lo que es necesario para superar un peligro mortal! Sólo una cosa pudo salvar á Catilina, la única que no se atrevió á hacer: armar á los esclavos.

Sin embargo, no sucumbieron los patricios sin haber presentido que para conservar la antigua sociedad era indispensable despojarse de los nuevos cultos; pero este pensamiento, que de vez en cuando la fuerza misma de las cosas revelaba, no llegó nunca á ser para ellos evidente. Por eso des-

pues de un esfuerzo momentáneo volvieron á abrir sus puertas á poderes que no eran, después de todo, hacia ya mucho tiempo sino supersticiones ilusorias para las clases elevadas. El escaso aprecio que de su religión hacían fué la causa principal de que se dejasen invadir por las religiones de los demás, y después de haber sido víctimas de su terror, lo fueron de su indiferencia. Al principio tuvo la nobleza excesivo miedo á los dioses extranjeros para atreverse á proscribirlos, y cuando cesó de temerlos era ya tarde para expulsarlos.

De este modo evitaron malquistarse con ninguno de los treinta mil dioses de la antigüedad en tanto temieron uno solo; pero desde que cesaron de creer en su religión, no temieron reprimir ya las que le contrariaban. Únicamente en los tiempos de incredulidad, bajo los emperadores, tuvieron valor para proscribir el culto de los judíos, el de Serapis y el de los Druidas, de suerte que en la fe se mostró tolerante y en la incredulidad exclusiva. Prueba de esto dieron cuando hubo que derribar, por orden del Senado, el templo egipcio de Serapis: los obreros romanos no se atrevían á poner mano á la obra; parecían oír en el santuario los aullidos de Anubis; fué preciso que un espíritu despreocupado diese el primer martillazo.

Y es que aquellos hombres, tan intrépidos para verter sangre, fueron durante mucho tiempo los más tímidos en el mundo de los espíritus. Desde Virgilio hasta Stacio no se oye más que una voz,

el acento de Lucrecio, que rompe las murallas de los templos: grito de un alma que se ahogaba bajo el terror, en el recinto de un mundo de convención, y que de repente se halla libre en el infinito. Cuanto más se consideran los testimonios de la antigüedad, mayor seguridad se adquiere de que el fondo de la religión del romano era el miedo al universo inteligible. Sus dioses le fueron revelados por el rayo, y él quedó, con el alma oprimida y encadenada, bajo el peso de la sagrada amenaza. He aquí por qué en esta especie de pánico espiritual que nada distingue ni mide, adora indiferentemente todas las potencias de que oye hablar, buenas ó malas, como la adversa Fortuna, la Fiebre, la diosa de las Cloacas, el Terror mismo. Sobre la tumba de uno de los Scipiones se lee que dedicó templos á las tempestades.

Bastaba para llenar de terror los corazones de hierro de aquellos señores del mundo un trueno, un relámpago, hasta lo que parece increíble, la caída de una cigarra. ¡Cuántas leyes con pasión deseadas y discutidas con madurez fueron súbitamente abandonadas porque una corneja había cruzado por el horizonte! El pánico, ¡cosa extraña! sobrevivió en ellos á la creencia, y cuando la fe hubo desaparecido, quedó un fondo de estupor, que se mostraba en todos los asuntos en que la religión intervenía.

La decencia, el vestido, se convierten para ellos en otros tantos nuevos dioses términos, que

no se atreven á destronar. Carácter fiero, pensamiento tímido, tal es aún el temperamento de las naciones modernas de raza latina. ¿No parece, en efecto, que cuanto había de vagos terrores, de pánicos serios ó fingidos, en la religión de los romanos, ha pasado á la de estos pueblos?

Ni Mario se atrevió á proscribir los antiguos cultos ni Sila los nuevos, y de aquí el que los romanos se encontraran invadidos así que hubieron acabado de vencer. Cuando creían haber domado el mundo, sucumbieron bajo sus represalias, porque de cada una de las ciudades que parecían muertas, salió no una queja, sino un mandato. Mucho antes que César, pasaron el Rubicón los dioses extranjeros, é inauguraron el derecho, la nacionalidad del extranjero; al fin, cada una de las provincias conquistadas se eligió su César, esto es, un señor á sus vencedores. No son, no, los próconsules los que arrastran en pos de sí al Asia; son la buena diosa, Serapis, Mithra. Por otra parte, Mercurio Téntates abre á los germanos la puerta de la vía Flaminia. Vióse entonces claro que Roma sólo había vencido para sus enemigos: terrible desengaño que se descubre claramente en tiempo de los emperadores.

He aquí cómo desde que las religiones se convirtieron en un instrumento político, se gastaron con una rapidez prodigiosa. Roma, para proveer á aquel consumo moral, tuvo necesidad de agotar todas las fuentes del mundo pagano, empezando

por sus mismos dioses, cuya autoridad duró apenas lo que la de los reyes. Vinieron luego las divinidades griegas, que presidieron al establecimiento de la República, pues ya el primero de los Brutos menosprecia la autoridad de las sibilas de Italia, y va á demandar al dios de Delfos el secreto que los altares italianos ignoraban. Delfos se gasta á su vez, y el oráculo se retira á Egipto en las arenas de Ammón.

Desde la segunda guerra púnica, todos los dioses conocidos habían perdido su crédito. Para librarse de Aníbal, Roma se precipita en el culto de la buena diosa de Frigia, con el cual comienza el reinado de los dioses orientales. La época del imperio fué ocupada por sus genios monstruosos, que acabaron por arrastrar en pos de sí la constitución imperial, que comenzó con Diocleciano. Llegó un instante en que no se encontraba en el mundo templo, santuario, culto, oráculo, altar ó dios pagano que no hubiese servido á la política de Roma y que no se hubiese arruinado en esta alianza. Roma había devorado la substancia entera del paganismo; la ciudad pagana debió desaparecer con él.

Entre la fe profesada en público y la incredulidad declarada en la intimidad, era la contradicción demasiado flagrante. Todo el mundo veía que semejante artificio no podía durar. Los romanos, en situación tan falsa, temblaban en medio de su prosperidad, temiendo que bajo la mentira oficial

se abriese el abismo. En el fondo de todas las cosas se percibía un mal presagio.

Una nueva extraña se extiende al fin en plena paz, anunciando que un rumor sordo, semejante al del choque de las armas, se ha oído en el territorio latino. El pueblo romano se inquieta, se aterra; interroga solemnemente á los arúspices, y éstos le responden que aquel ruido sordo anuncia que la forma de la sociedad está próxima á cambiar.

Sucedía esto pocos años antes de la ruina de la república; ya entonces se oían los crujidos del edificio.

III

Los Césares.—La religión del derecho.—Fin de la ciudad antigua

En la manía de inventar auspicios á gusto de su política, acabaron los partidos por privar al pueblo de toda religión, y como en él religión era sinónimo de temor, hallóse á un mismo tiempo desembarazado de estos dos frenos, y no se confió más que á la fuerza, lo que le condujo necesariamente al régimen de los emperadores. El Foro estuvo en medio de los ejércitos, y á nadie admiró el que Valerio Máximo dijera á Tiberio en el prefacio de su libro: «Las otras divinidades no existen más que en la opinión, pero tu divinidad la vemos y tocamos en ti. Hemos tomado al mundo el resto de sus dioses, y le hemos dado los Césares.»

No hay para qué admirarse, pues, si tantos emperadores se creyeron de la familia de los dioses ó se tuvieron á sí mismos por tales, consecuencia natural de la idea que los romanos acabaron por formarse de las religiones paganas. Ya desde los tiempos de Ennio creían los patricios que los dio-

se abriese el abismo. En el fondo de todas las cosas se percibía un mal presagio.

Una nueva extraña se extiende al fin en plena paz, anunciando que un rumor sordo, semejante al del choque de las armas, se ha oído en el territorio latino. El pueblo romano se inquieta, se aterra; interroga solemnemente á los arúspices, y éstos le responden que aquel ruido sordo anuncia que la forma de la sociedad está próxima á cambiar.

Sucedía esto pocos años antes de la ruina de la república; ya entonces se oían los crujidos del edificio.

III

Los Césares.—La religión del derecho.—Fin de la ciudad antigua

En la manía de inventar auspicios á gusto de su política, acabaron los partidos por privar al pueblo de toda religión, y como en él religión era sinónimo de temor, hallóse á un mismo tiempo desembarazado de estos dos frenos, y no se confió más que á la fuerza, lo que le condujo necesariamente al régimen de los emperadores. El Foro estuvo en medio de los ejércitos, y á nadie admiró el que Valerio Máximo dijera á Tiberio en el prefacio de su libro: «Las otras divinidades no existen más que en la opinión, pero tu divinidad la vemos y tocamos en ti. Hemos tomado al mundo el resto de sus dioses, y le hemos dado los Césares.»

No hay para qué admirarse, pues, si tantos emperadores se creyeron de la familia de los dioses ó se tuvieron á sí mismos por tales, consecuencia natural de la idea que los romanos acabaron por formarse de las religiones paganas. Ya desde los tiempos de Ennio creían los patricios que los dio-

ses no eran otra cosa que grandes hombres, y una vez admitida esta doctrina, pronto no hubo César que no se juzgase igual á Saturno, Hércules ó Quirino. ¿No había sido Júpiter un pequeño rey de Creta? ¿Por qué, pues, el señor del mundo romano no había de ser la divinidad de su época? ¿Por qué no tomar en serio la apoteosis? La imitación de los Olímpicos explica por sí sola el estado monstruoso en que vivieron la mayor parte de los emperadores, estado que no tiene igual en ninguna otra época de la historia: ¡hombres que perdían la razón remedando á los dioses! El género humano prosternado á sus pies, medio loco como ellos, élévales templos y les consagra colegios de sacerdotes. ¡Ellos mismos ofrecen sacrificios á su propia divinidad! ¿Cómo era posible prolongar impunemente por mucho tiempo aquel juego?

La razón de César supo resistirlo, pero ya con Antonio comienza el delirio: cambia su nombre, se llama el padre Baco, y es el primero que con el tirso en la mano se embriaga con la copa del néctar. Calígula decía á Júpiter: «Mátame, ó te mataré.» ¿Y quién sabe lo que habrá de verdad en sus amores nocturnos con la luna? Domiciano sella sus decretos: «Vuestro Señor y vuestro Dios.» Helio-gábalo, que quería ser llamado el señor Sol, no era el más insensato entre todos estos iluminados del evehemerismo.

Pero aquello mismo que parecía conducir al extravío universal, fué precisamente lo que salvó

á la razón humana. De la confusión de todos los dioses en el sistema romano se sacó la consecuencia de que sólo diferían en los nombres, reduciéndose todos á uno solo. Es verdaderamente increíble con qué autoridad se arraigó en las leyes é instituciones sociales esta idea de unidad, así que hubo entrado en el paganismo. No le opuso obstáculo el desvanecimiento de los emperadores; antes bien, le ayudaron á su pesar, y vióse á un mismo tiempo todo lo que allí hubo de más desenfrenado y lo que hubo de más razonable, el delirio de los doce Césares y la edad de oro del derecho romano. Al lado de cada una de aquellas dinastías de insensatos se encuentra un representante de lo que se ha llamado la Razón escrita, y que él mismo se titulaba sacerdote del derecho. Gayo se encuentra con Cómodo, Papiniano con Caracalla, Ulpiano con Helio-gábalo. Los Césares, que parecían otras tantas barreras vivas contra la innovación, se convierten en sus serviles instrumentos. Hubo entre estos furiosos quien arrastrase, rugiendo, el carro de la humanidad.

«Hemos hablado hasta aquí del príncipe—dice Suetonio—; hablemos ahora del monstruo.» Del mismo modo se expresa Tácito, pero no nota bastante que hay dos personas en cada César, el príncipe y el legislador: las acciones del uno son infames; las constituciones civiles del segundo son casi siempre liberales y humanas, porque en las unas obedecían á su genio particular; en las otras, al

espíritu general de las religiones, transformadas por los estoicos. ¡Singular preocupación por los miserables y los débiles la de aquellos hombres hartos de sangre! Sus manos execrables son las que corrigen la barbarie de la antigua familia patricia, y por sus edictos son emancipados la mujer, el minero y el esclavo. Mil veces fué repetida, bajo sus reinados, aquella frase de uno de ellos: «Dejad que alimente á la plebe.» El proscriptor Octavio asegura la libertad y la dignidad de la mujer; Tiberio establece á nombre del Estado el crédito hipotecario, sin interés; Nerón establece la justicia gratuita; propone la abolición del impuesto, «el más bello presente—dice Tácito—que pudo hacer al universo»; limita el derecho de la lanza contra los pobres, y toma á su cargo contra la nobleza la causa de los libertos, esto es, de todo el mundo; Domiciano les asegura la igualdad con los caballeros. ¿Quién declara inviolable la vida del esclavo, tanto como la del hombre libre? ¿Quién defiende el principio de igualdad contra el privilegio, el espíritu innovador contra el espíritu rutinario? El imbécil Claudio. ¿De dónde ha sacado el esposo de Mesalina esta conmiseración completamente nueva por la madre privada de sus hijos? Adriano, Cómodo, Alejandro, protegen al esclavo contra la prostitución, contra el abandono, hasta contra la injuria, haciendo ya de él casi un hombre. ¿Cuál es el nombre que se encuentra al pie de este rescripto magnánimo? «Si diste la libertad á

quien no la debías, ten entendido que no puedes volvérsela á quitar.» El de Caracalla diólo al principio de su reinado. Más tarde se indigna á la idea de la pena de cadena perpetua en una sociedad de hombres libres, y acaba por sobrepujar á los Gracos, concediendo la igualdad social á *todos los habitantes del mundo romano*, esto es, á casi toda la tierra. Tan grande es el poder de un dogma nuevo, desde el instante en que comienza á inocularse en las instituciones sociales que los mismos monstruos le obedecen.

Así como los elementos ciegos, el agua, el fuego, el vapor condensado, sirven en nuestros tiempos á la alianza de los pueblos y realizan un fin que con frecuencia abandona la conciencia humana, así bajo el imperio se vió á los poderes desenfrenados cumplir las reformas sociales, y á los mayores enemigos del género humano acabar, á su pesar, la obra de los más sabios filósofos.

Aquellos tiranos que parecían dementes, tenían las manos encadenadas por una fuerza que no conocían, sin que pudiesen subsistir un momento sino á condición de abandonarse á la corriente de las cosas nuevas y de arrasar al paso todos los restos de las tiranías de la sociedad patricia. Ellos fueron los que destruyeron ó arruinaron el privilegio del padre sobre el hijo, del hombre sobre la mujer, del noble sobre el plebeyo, del plebeyo sobre el extranjero, de Roma sobre los latinos, de los latinos sobre los italiotas, de los italiotas sobre los provinciales,

de los provinciales sobre los dediticios, de la ciudad sobre las colonias, de los patronos sobre los libertos, de la propiedad romana sobre la propiedad provincial, del viejo derecho quiritarario sobre la equidad natural. Después de esto, ¿qué queda de las desigualdades sociales, de las fórmulas jurídicas de la antigua sociedad? ¿Cómo Catón reconocería la Roma implacable de su tiempo? Sin saberlo, estos obreros ciegos levantaron la ciudad universal de los estoicos.

Tal es el espectáculo que ofrece el derecho romano. El principio de igualdad social bajo la forma pagana del estoicismo se organiza en la ley á despecho del mismo legislador. La conciencia humana parece no tomar parte en este trabajo, y la justicia descende en las instituciones civiles como una geometría sagrada. Esta fuerza indomable, que obra, por decirlo así, por sí propia, y á la cual se pliegan como esclavos los emperadores sin soñar nunca en contrariarla, es el último milagro de la antigüedad. Recórranse una por una sus constituciones; apenas se descubrirá diferencia entre los Marco Aurelios y los Heliogábalos: todos obedecen á una especie de matemática del derecho, que se prosigue impasible de reinado en reinado, y los encadena igualmente al mismo nivel. Sociedad que se recoge en sí misma, antes de desaparecer, para legar al mundo el testamento de justicia que lo rige todavía; diríase que el dogma de los estoicos, el alma del mundo, se apodera del cuerpo social y

en él se desenvuelve por la humanidad, independientemente de los individuos. Vemos á este poder servirse de los peores príncipes, á una serie de hombres sanguinarios ser los instrumentos pasivos de la equidad natural, á los más bárbaros dictar los mandamientos de la humanidad, á la conciencia manifestarse por aquellos que han perdido toda conciencia, y á los más insensatos concurrir á la obra de la razón por excelencia.

La transformación social que se cumplía en el derecho romano, era la misma que se anunciaba en el cristianismo; ambas iban al mismo fin, á la igualdad de la raza humana. Por esto las dos revoluciones pudieron subsistir juntas, y después de la caída del paganismo, el derecho romano, que era su más alta expresión, continuó rigiendo á los pueblos cristianos. He aquí la causa de que la época monstruosa del imperio quede en la memoria de los italianos de la Edad Media como un ideal popular de felicidad. Dante vivió aún bajo esta fascinación.

Si se estudiasen, bajo este punto de vista, los edictos de los emperadores más depravados, nos admiraríamos de ver á la lengua latina plegarse á una multitud de neologismos, necesarios ya, para expresar aquella solicitud completamente nueva en favor de los débiles, de los pequeños, de los miserables, esto es, de las clases sin nombre, que la ley de las Doce Tablas no conocía. «Trátase principalmente—dice Diocleciano—del interés de la

clase de los más pobres, frecuentemente oprimida por la intervención de los más ricos.» ¿Qué lenguaje tan nuevo es este? ¿Qué queda aquí de la antigua ley? El interés de la *Novela* es ahora para el pobre contra el rico, para la miseria del deudor contra la voracidad del acreedor.

Entre el edicto de Diocleciano sobre los pobres y el de Constantino sobre las viudas y los huérfanos, existe íntimo parentesco; el uno conduce al otro. La filosofía y el Evangelio se aproximan insensiblemente en un mismo espíritu. Por algún tiempo se distinguen aún, con gran trabajo, ligeras diferencias entre los edictos de los emperadores paganos y cristianos; al fin estos matices se confunden en la revolución de Justiniano. Ríos nacidos de dos fuentes opuestas mezclan sus aguas en el mismo cauce, y el estoicismo y el cristianismo, Diocleciano y Constantino, Ulpiano y San Pablo, el perseguidor y el perseguido, acaban por confundirse y perderse en el océano de las leyes romanas.

Falta explicar cómo con tan buenas leyes, la vida acabó por ser insufrible. Porque los que echaban de menos la libertad política no se cuidaban de las reformas sociales, y al contrario, los que llevaban á cabo estas reformas, eran los enemigos declarados de la libertad política. En Tácito, principalmente, es donde resalta esta división; último representante de la libertad, detestaba la tradición plebeya de los Gracos y de los tribunos. Los jurisconsultos, por otra parte, que introducían en las

leyes civiles tantas novedades, tantas rogaciones tribunicias, sufrían sin gran impaciencia la tiranía de los emperadores. No impidió esto el triunfo de las nuevas ideas, pero hizo que triunfases en cierto modo por sí mismas en una forma monstruosa y envilecida, esto es, que su victoria fué más teórica que práctica. Cuando las novedades sociales hubieron triunfado independientemente de toda cuestión política, advirtiéndose que la antigua ciudad había sido destruída, que se había levantado otra nueva, que se habían hecho leyes excelentes, pero que no había en el Estado á quien aplicarlas.

Creo que esta historia puede resumirse así: cuando la lucha se prolonga demasiado, sucede que todo cuanto el hombre se ve obligado á realizar en favor de su triunfo, le deprava, de modo que muchas veces, cuando acaba de vencer, es precisamente cuando ha dejado de ser digno de la victoria: testigo la democracia romana. Monarquía, aristocracia, plebe, Senado, república, imperio, todo parecía servir únicamente al establecimiento de la igualdad, de la unidad social, que se impone en el último instante con poder invencible. El carro está tan bien dirigido, que llega al fin sin que pueda nadie honrarse por ello. Marcha, se precipita á través de las generaciones malditas, impulsado por la sola fuerza de las ideas; cuando al fin toea en la meta, no hay ya nadie en el imperio que pueda aprovechar aquellas leyes. Un mundo nuevo sobrevive que las hereda.

Veleyo Patértulo, en sus himnos á Tiberio, deja escapar algunos acentos, que muestran á las claras cuáles eran las ilusiones de las clases elevadas. Corrían delante de la servidumbre del imperio, porque esperaban el restablecimiento de los privilegios de la nobleza y del Senado, la restauración de las antiguas formas aristocráticas y la vuelta al antiguo orden de cosas, siendo así que estas familias debían, por el contrario, ser exterminadas sin exceptuar una por el sistema imperial. Póstranse ante el príncipe, que les promete la paz con el goce del pasado; pero en vez de tantos bienes esperados reciben el filo del cuchillo en la garganta.

De todos los proyectos atribuidos á Catilina, incendio de Roma, proscripción de los ricos, matanza de la nobleza, anulación de toda superioridad social, no hubo uno que no fuese realizado por algunos de los emperadores. La conspiración contra el antiguo orden de cosas que se había ocultado primero bajo las águilas de Mario, fué consumada por los Césares, pereciendo de este modo la sociedad por las manos llamadas á salvarla. Unidad de dioses por el estoicismo, unidad del mundo social por los emperadores; la ciudad pagana no podía ir más lejos. La conciencia menospreciada y el derecho adorado: ¿podía esto ser el estado permanente y la religión del género humano? En la justicia de aquellos hombres injustos había una monstruosidad por donde el mundo antiguo había de perecer; era la falta de coraza.

Juliano, Simaco, Zósimo, vieron claramente que la sociedad antigua estaba perdida si sus dioses se arruinaban, pero no vieron que estos mismos dioses eran incapaces de sostenerla por mucho tiempo; era un edificio que carecía de base y que se desplomó desde que se pretendió cambiar sus cimientos. La prueba más grande para una sociedad consiste en pasar de una religión á otra, y en este esfuerzo fué precisamente donde se arruinó la sociedad antigua. No bien Arcadio y Honorio hubieron ordenado la destrucción de los monumentos paganos, viéronse huir los espíritus del paganismo y el imperio romano se hundió con los cimientos del último templo.

La multitud de nacionalidades, hostiles entre sí, de que se formaba la antigua ciudad, no tenía otro lazo moral que la alianza de los dioses, y así que este lazo se rompió, el haz se deshizo. Muerto el paganismo, un vacío inmenso se extendió en el imperio y los bárbaros no tuvieron más trabajo que entrar en él.

Y todavía hallaron más fácil el camino cuando se convirtieron al cristianismo, porque su nueva religión fué durante mucho tiempo la condenación de la antigua. No se presentaron ya como aliados ni como suplicantes para pedir tierras, sino que se adjudicaron su parte en el nuevo derecho de gentes, esto es, entraron en las tierras romanas como en un mundo que les pertenecía. Mientras que los últimos paganos estaban desesperados, muchos bár-

baros se creyeron ejecutores de una misión de venganza celeste contra el antiguo culto; se apellidaron el *Martillo de Dios* y se pusieron á destruir los templos, sin respetar más que las iglesias, hasta el punto de pensar algunos que llegaban de las extremidades del universo para decidir la victoria divina. Fué aquella una fuerza moral incomparable, que dió á las últimas irrupciones la energía de una revolución de la Naturaleza. Roma, después de haber adorado á todos los dioses del universo, fué destruída por el único cuya evocación había olvidado en el saqueo de Jerusalén.

Así como cada provincia de la antigüedad llevó al cristianismo su espíritu particular, el Oriente el culto de la Encarnación, la Grecia el platonismo, así también Roma llevó á él, con el espíritu de la unidad, la religión del temor pegada á sus murallas. Desde los primeros emperadores se había visto al Senado, erigido en conclave, decidir soberanamente en materia de religión entre todos los sacerdocios del paganismo. El pontífice de Júpiter Capitolino era el sacerdote del universo; de esto al principio del catolicismo romano no había más que un paso.

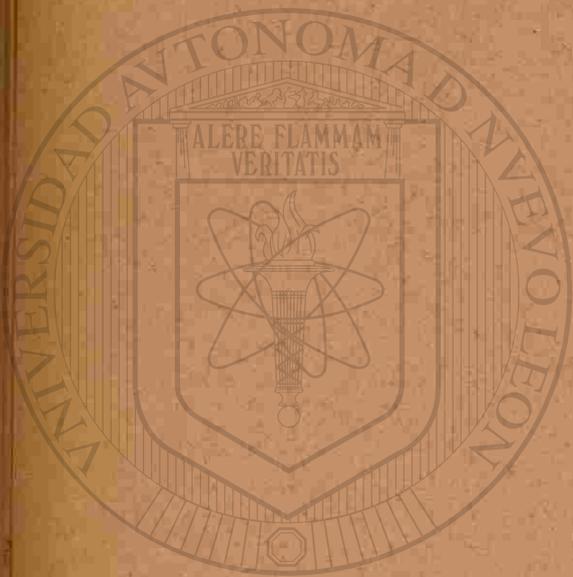
Sorprende en verdad que fueran precisamente los emperadores cristianos los que restablecieron la desigualdad de las clases ante la ley. Teodosio castiga con pena de muerte al hombre del pueblo por el mismo crimen que castiga con el destierro al hombre noble ó al sacerdote. Ya el Evangelio

cede su puesto al catolicismo, la antigüedad á la Edad Media. La forma de la nueva sociedad existe, en principio, en la jerarquía y desigualdades feudales del nuevo sacerdocio, y los pueblos bárbaros no tienen más que desbordarse para llenar este nuevo molde social.

Aquí es donde acaba la ciudad antigua y comienza la nueva; en los confines de estos dos mundos nos detenemos.

En los bajorrelieves tumularios se destaca un Genio fúnebre, que extingue con una mano su antorcha y con la otra conduce á los infiernos un caballero muerto y velado. Es el Genio de las religiones muertas, que conduce por la mano en el abismo al pueblo romano velado de tinieblas y de esclavitud.

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Págs.

LIBRO TERCERO

LAS RELIGIONES INDIAS

- V.—El drama indio en sus relaciones con la religión. 5
IV.—La filosofía en sus relaciones con la religión.—El budismo. 21
VII.—Las religiones de la China.—La revelación por la escritura. 34

LIBRO CUARTO

LAS RELIGIONES DEL ASIA OCCIDENTAL Y DEL EGIPTO.—REVELACIÓN POR LA PALABRA Y POR LA VIDA ORGÁNICA.

- I.—La religión de los persas. 55
II.—La religión del Egipto.—La revelación por la vida orgánica. 77
III.—El principio religioso en Babilonia y en Fenicia.—El sentimiento de lo infinito en el amor pagano. 97

LIBRO QUINTO

LA RELIGIÓN HEBRAICA

- I.—Jehová.—La revelación por el desierto. 105
II.—Los profetas. 115
III.—Principio de la poesía hebraica. 124
IV.—La filosofía hebraica.—Job. 130
V.—Comparación entre el escepticismo oriental y el occidental. 142
VI.—La esclavitud en sus relaciones con las religiones orientales. 154

LIBRO SEXTO

LAS RELIGIONES GRIEGAS

I.—El aspecto de la Naturaleza y de las ruinas.	163
II.—Lo divino en la humanidad.—Las religiones griegas en sus relaciones con la poesía y las artes.	170
III.—El drama en sus relaciones con las religiones griegas.	181
IV.—La historia.	192
V.—La filosofía en sus relaciones con la religión.—Caída del politeísmo.	207

LIBRO SÉPTIMO

LAS RELIGIONES ROMANAS

I.—La religión y la política.	217
II.—Roma y el mundo.	231
III.—Los Césares.—La religión del derecho.—Fin de la ciudad antigua.	247

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUEV
IOTEC